POESÍAS LÍRICAS

DE LA EXCMA. SEÑORA

D.ª ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE

CON UN PRÓLOGO

DEL ILMO. SEÑOR

D. JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO

SEGUNDA EDICIÓN

AUMENTADA CON LAS INÉDITAS, Y CON UNA CORONA POÉTICA

PRECEDIDA DE UN JUICIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO
DE LA AUTORA, POR EL SEÑOR

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ



TOMO II

SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1893


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817

POESÍAS LÍRICAS



POESÍAS LÍRICAS





POESÍAS LÍRICAS

DE LA EXCMA. SEÑORA

D.ª ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE

CON UN PRÓLOGO

DEL ILMO. SEÑOR

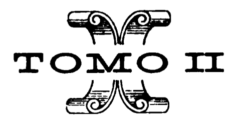
D. JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO

SEGUNDA EDICIÓN

AUMENTADA CON LAS INÉDITAS, Y CON UNA CORONA POÉTICA

PRECEDIDA DE UN JUICIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO
DE LA AUTORA, POR EL SEÑOR

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ



SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1
1893

POESÍAS INÉDITAS



CANTARES

GOTAS que vierte el rocío,
Átomos que arrastra el viento,
Palabras de la calumnia,
¿Quién alcanza á recogeros?

Ha dado en decir la gente
Que hay besos en la mirada:
Puñales hay en las tuyas,
Que me destrozan el alma.

Pobre rosa, pobre rosa,
Si inmundo reptil la mancha:
Pobre niña, pobre niña,
Si la calumnia te alcanza.

La flor que el gusano muerde
No recobra su belleza:
Los males de la calumnia
Remedio jamás encuentran.

Risa me da al escucharte
De rígido haciendo gala:
Para dar dignas lecciones
Obras sirven, nó palabras.

¿Qué importa que el hombre malo
Sepa dar buenos consejos,
Si lo que dice su boca
Lo desmiente con su ejemplo?

Al hipócrita comparo
Con los santones de yeso:
Grande perfección por fuera
Y polvo y nada por dentro.

No agrada jardín sin flores,
Ni agrada flor sin esencia,
Ni corazón sin virtudes,
Ni virtudes sin modestia.

Maldiciente, maldiciente,
De limosnero te precias;
Ten, aun más que en el bolsillo,
Misericordia en la lengua.

La piedra que el hombre arroja
De rechazo herirlo puede;
Quien sin caridad critica,
Quizá á sí mismo se hiere.

Cuando á los que están ausentes
Denigren en tu presencia,
Acuérdate al ausentarte
De la suerte que te espera.

Son el cariño y el odio
Árbitros de nuestra suerte;
Nos da el cariño la vida,
Y el odio nos da la muerte.

De flor que guarde ponzoña
Huye, aun cuando hermosa sea;
Huye del más bello libro,
Si errada doctrina encierra.

La esperanza y el deseo
Van cogidos de las manos;
Mas entre los dos, oculto,
Siempre vela el desengaño.

Ten constancia en obrar bien,
Ejercita la paciencia,
En Dios espera y confía,
Y deja venir las penas.

Orgullo por rico tienes,
Y en verdad no lo comprendo;
La caja en que el oro guardas
Rica es también, y es un leño.

Si con nobleza no obras,
¿Qué importa que noble seas?
Los más preclaros blasones
En el corazón se encierran.

Si al mirar tu ejecutoria
La vanidad te domina,
Ten presente aquel adagio
Que dice: «Nobleza obliga.»

Dices que es noble tu orgullo,
Pero sabe, y no te ofendas,
Que adorno de las virtudes
Es tan sólo la modestia.

Todo el que tira una piedra
La mano quiere esconder;
Mas, por mucho que la esconda,
La mano siempre se ve.

Los amores tienen celos,
Las rosas tienen espinas:
Siempre van dichas y males
Unidos en esta vida.

La gota orada la piedra,
Y el torrente no lo alcanza:
Siempre triunfa la humildad,
Si le ayuda la constancia.

Cuando claras centellean
De noche las estrellitas,
Parecen ojos benignos
Que desde el Cielo nos miran.

Todo el que quiera coger,
Antes tiene que sembrar:
Aquel que abrojos sembrare,
Espinas cosechará.

Las olas del mar se humillan
Ante la menuda arena:
La fiereza del orgullo
Ante la humildad se quiebra.

La más alegre campana
Siempre en Noviembre suspira:
No hay corazón tan dichoso
Que alguna vez no se aflija.

Campana que á muerto doblas
Y presto á vuelo repicas,
¿Te imitan á tí los hombres,
Ó tú á los hombres imitas?

Llaman mudable á la luna,
Y lo es sólo en apariencia:
De mi cariño no dudes,
Aunque mudable lo creas.

¡Qué alegre relumbra el mar
Si el sol sus rayos le envía!
¡Qué alegres brillan mis ojos
Si en ellos los tuyos fijas!

Si el vendaval los azota,
Muge el pino y llora el sauce:
Cada cual siente á su modo
En la tierra los pesares.

La aurora trae esperanza;
La luz del sol alegría;
Tras la noche de mis penas
Ni el sol ni la aurora brillan.

Por el mar de la esperanza
Navega siempre el deseo,
Y la realidad lo empuja
Á la playa del recuerdo.

No cargues mucho á la caña,
Por muy fuerte que la creas;
Que aun cuando al pronto resista,
Es débil, y al fin se quiebra.

No escojas en el mercado
Falsa joya en rico estuche;
Vale más la perla fina,
Aunque en el polvo se oculte.

No ambiciones hermosura,
Si alma noble Dios te ha dado:
La esencia no desmerece
Por estar en pobre vaso.

Amor que en desdén se cambia
Ya nunca más se reanima:
Es imposible que vuelva
Á ser fuego la ceniza.

Yo, si quiero, te aventajo,
Dijo la pluma á la espada;
Que tú herir puedes el cuerpo,
Mas yo puedo herir el alma.

Diz que humildad simboliza
La corona de violetas:
¡Dichoso el hombre si digno
Siempre de ceñirla fuera!

Deja que los mares rujan
Y que suspiren las auras;
Cada cual en su lenguaje,
En coro, al Inmenso alaba.

El Solano aja las flores
Y el Céfiro las anima;
¡Qué angustia, si no viniera
Tras del dolor la alegría!

Aun cuando amor hoy me jures,
Temo me olvides mañana;
Porque siempre son los hombres
Constantes... en la inconstancia.

Detrás va de la calumnia,
Veloz, el remordimiento;
Pero siempre llega tarde
Para corregir sus yerros.

En el rigor del Estío
¡Qué consuelo nos da el aura!
Cuando el dolor nos abruma
¡Qué aliento da la esperanza!

El corazón inocente
Por un desengaño herido,
Es flor que el hielo marchita,
Fuente que seca el Estío.

Al pie de las flores secas
Nuevos pimpollos se alzan:
Junto á los tristes recuerdos
Nacen también esperanzas.

No te burles si soy débil,
Porque de fuerte blasones;
Que en el vendaval resiste
Aun más la caña que el roble.

Sé cortés y generoso,
Que el gran Calderón lo ha dicho:
«El dinero y el sombrero
Son los que dan los amigos.»

La esperanza es una antorcha
Que hay encendida en el pecho;
Sus chispas son ilusiones,
Y su ceniza recuerdos.

No por verte tan erguido
Libre de riesgos te creas;
Que el rayo torres derrumba,
Y humildes chozas respeta.

Cuando los demás te miran,
Das al mendigo tu pan:
La limosna sigilosa
Menos habla y dice más.

Cual montoncillo de plumas
Son de este mundo las penas;
El viento las arrebata,
Y á todas partes las lleva.





LA FLOR DEL VALLE

(LEYENDA)

I

EL tamboril fiesta anuncia;
De bailar llega el momento;
Ya á la romería, alegres,
Llegan las hijas del pueblo.
En tanto la *Flor del Valle,*
La niña de ojos de cielo,
La dulce, gentil María
Sola vese en su aposento:
Y cuando allí de la danza
Llegan los lejanos ecos,
Melancólica sonrisa
Vaga por sus labios bellos.
Pausada un retrato saca,
En rico estuche encubierto,
Y en él los ojos fijando,
Murmura con triste acento:
«Ingrata llámanme todos,
Sospechando que mi pecho

No puede dar acogida
Ni al más leve sentimiento.
»¡Oh! tú, causa de mi gloria,
Causa tal vez de mis duelos;
¿No es verdad que sonrieras
Tal acusación oyendo?»
Dice, cruzando las manos,
Inclina la frente al suelo,
Y sus comprimidas lágrimas
Deja correr en silencio:
Mas entretanto en el baile
Al par jóvenes y viejos,
En són de queja, repiten
Con mal oculto despecho:
«Los desdenes de María
¿No están á gritos diciendo
Que es su corazón de roca,
Que el alma tiene de hielo?»

II

Grandes festejos aguarda
La multitud afanosa;
Que va el señor de la aldea
Pronto á celebrar sus bodas.
Aplazarla el Conde quiere,
Que aún es joven; mas lo estorba
De sus encumbrados deudos
La voluntad poderosa.
Deslumbrante comitiva
Ya por el pueblo se aloja
De la futura Condesa
Doña Blanca de Cardona.

Ya los ancianos del Valle
Aprestan, con mano pródiga,
Las ofrendas con que deben
Parias rendir á la esposa;
Y á ensayar alegres bailes,
Y á tejer lindas coronas,
Á las vecinas praderas
Llegan las jóvenes todas.
Todas nó; María falta,
Que en su albergue silenciosa,
Á lenta fiebre rendida,
Cuenta las pausadas horas.
Y sus amigas en tanto
Dicen con tono de mofa:
«Esquiva, la *Flor del Valle*
Aléjase de nosotras:
»El general regocijo
Jamás incitarla logra.
¿Tendrán razón los que dicen
Que el alma tiene de roca?»

III

Del buen Conde don Fadrique
La boda tan deseada
Con gratos ecos anuncian
El tamboril y la flauta.
Cuantos moran en el Valle,
Formando alegres comparsas,
Por su señor invitados,
Al castillo se adelantan.
De blanco visten las niñas,
Y con frondosas guirnaldas

Fingen cadenas de flores
En cien caprichosas danzas;
Mientras los mancebos todos,
Agitando verdes ramas,
Himnos de amor y de júbilo
De ellas en torno levantan.
Ya á la capilla se acercan,
Que encuéntrase engalanada
Con doseles de brocado
Y sitiales de oro y plata.
Entre acólitos y monjes
Digno Obispo allí se halla,
Que al Conde y su prometida
Debe unir al pie del ara.
Ya llegan. Altivos deudos
Junto á don Fadrique marchan;
Ceremoniosos hidalgos
En silencio le acompañan;
Y de albo encaje ceñida,
Cercada de ilustres damas,
Cual la luna entre luceros,
Aparece doña Blanca.
En las jóvenes del Valle
Fija el Conde la mirada
Inquieto, cual si entre ellas
Un sér querido buscara.
Fiero anciano, que lo observa,
Dícele en quedas palabras:
«Seguid, sobrino, adelante,
Que el Prelado nos aguarda.»
Ya abren paso los labriegos:
Ya en la capilla, pausada,
En su puesto designado
La comitiva se instala.
De los benditos Apóstoles

Ya las advertencias santas
Comienza á leer el Preste
Con voz temblorosa y baja.
  Profundo silencio reina:
Mas de pronto, hiriendo el aura,
Lento y fúnebre tañido
Suena en la ermita lejana.
  Fuera de sí, don Fadrique
Al pueblo vuélvese, y habla:
«Decid, mis fieles vasallos,
¿Por quién dobla esa campana?»
  «Que siga la ceremonia»,
Los nobles todos exclaman.
Acércase el más anciano
Labrador de la comarca,
  Diciendo: «Nada os aflija.
Buen Conde, la paz renazca;
Que la joven por quien doblan
De bronce tenía el alma.
  »Sola pasó su existencia,
Y á las súplicas ingrata
Fué siempre de los que, amantes,
Flor del Valle la llamaban.»
  Hondo gemido de muerte
De improviso el Conde lanza;
Con afán, cércale en vano
La multitud asombrada:
  Él á parientes y amigos
Con rudo encono rechaza,
Y, «¡Perdón!» gritando, aléjase
Por las vecinas estancias.
  En brazos de sus amigas
Desmáyase doña Blanca;
De terror sobrecogidos
Monjes é hidalgos se hallan.

Los deudos con el Prelado
En secreto unidos hablan;
Y, á los labriegos volviéndose,
Fiero magnate así exclama:
«¡Pluguiese á Dios que la joven
Por quien dobla esa campana
Hubiera en verdad tenido,
Cual decís, de bronce el alma!»

Á su buen señor ya nunca
Volvió á contemplar el pueblo;
Mas diz que por luengos años,
De la noche en el silencio,
Los moradores del Valle
Ronca y triste voz oyeron
En los pardos torreones,
«¡Perdón! ¡perdón!» repitiendo.
Hoy no existe ya el castillo;
Y sólo, como recuerdo,
Deteriorado sepulcro
Queda de su último dueño.
La efigie, tallada en piedra,
Mírase en él de un mancebo
Que, arrodillado, la vista
Clavada tiene en el Cielo;
Y de contrición tal aire
Tiene en el semblante impreso,
Que «¡Perdón! ¡perdón!» parece
Repetir en su silencio.





LA ROSA

(EN UN ÁLBUM)

EL Cielo te concede, flor galana,
Que al apacible rayo de la aurora,
Extendiendo tus pétalos de grana,
Reines en el pensil como señora.

Al elevar tu purpurina frente,
Áurea corona resplandece en ella,
Y la estación dulcísima y riente
Llámate de sus hijas la más bella.

Mas no el aura que plácida te admira
Ensalza ¡oh flor! tan sólo tu belleza;
Que entusiasmo y amor aun más le inspira
De tu grato perfume la pureza.

Así al tender su remontado vuelo
Baña en tu seno sus ligeras alas,
Y ufana esparce por el ancho suelo
El aroma suavísimo que exhalas:

Y cuando inclinas la gallarda frente
Y acaba presurosa tu existencia,
Aún, conducida por el manso ambiente,
Puebla el espacio tu divina esencia.

Que imagen eres tú de la hermosura
Cediendo al tiempo, que crüel la hiere;
Y tu fragancia, delicada y pura,
De la santa virtud, que nunca muere.

Joven, modesta flor, que celebrada
Eres como la rosa purpurina;
De la inocencia y la virtud sagrada
Guarda siempre la esensia peregrina:

Que si el tiempo, al seguir su raudo vuelo,
Graba en tu frente sus temibles huellas,
Ambas te acogerán bajo su velo,
Y eterno aplauso alcanzarás por ellas.



POESÍAS RELIGIOSAS



EN LA INAUGURACIÓN DE LA SOCIEDAD

TITULADA

JUVENTUD CATÓLICA DE SEVILLA

No triunfar el ateismo
Logra en la nación preclara
Que de católica lleva
Con noble orgullo la palma.
Acaso por torpes miras
La impiedad intenta osada
Sembrar inicuos errores,
Llevar la duda á las almas:
Mas tan vano afán ¿qué importa,
Si triunfadora se alza,
Eterno faro de vida,
Nuestra Religión sagrada?
¿Qué importa que el claro cielo
Enturbien nieblas opacas,
Si logra el astro del día,
Poderoso, disiparlas?

Mueren, al pasar los siglos,
Convicciones arraigadas;

Sucédense las ideas;
La faz de los pueblos cambia:
  Empero tú en las edades,
Santa Religión cristiana,
Sobre pedestal de gloria
Inmutable te levantas.
  Tú, que abates la soberbia;
Tú, que la humildad realzas
Y, por excelsa justicia,
Al rey y al mendigo igualas;
  Luz de la verdad eterna,
Fuente de amor y esperanza,
Que á toda virtud das premio
Y alivio á toda desgracia;
  ¿Cómo, acaso, tu reinado
Término en el mundo hallara,
Si en tí la ciencia se mira
De la humanidad cifrada;
  Si la razón recta y pura
Te presta sus ígneas alas,
Y en tu sagrada doctrina
El sello de Dios resalta?...
  ¡Oh! tú, Patrón de la Iglesia,
José, santo Patriarca,
Los ruegos, benigno, acoge
De la católica España.
  Astro de consuelo fuiste
En tempestad no lejana;
Ahora que funestas luchas
No ensangrientan sus comarcas,
  Haz que al puro sentimiento
De gozo que inunda el alma
De los buenos españoles,
Ante la paz deseada,
  Unidos todos se alcen,

Y los errores combatan
Que el brillo de sus creencias
Oscurecer amenazan.
  Haz, José, que del gran Pío,
De esta edad antorcha clara,
Siguiendo el constante ejemplo
De mansedumbre cristiana,
  Hoy, al combatir, levanten
Contra la impiedad infausta
La Caridad por bandera
Y las virtudes por armas.
  En ellas el bien estriba,
Y á tan noble y justa causa
Darán el triunfo seguro,
Honra al par dando á la patria.
  Plegue á Dios, Ciudad insigne
De María Inmaculada,
Que, los votos acogiendo
Que tus fieles hijos alzan,
  Entre las naciones todas,
Cual siempre, consiga España
Ostentar en noble triunfo
De católica la palma.





ASPIRACIÓN

PUBLICAN orbes mil tu poderío
Y tu gloria infinita;
Mas tu bondad sin límites ¡Dios mío!
Vive en mi pecho escrita.

Tú la conciencia del deber me diste
Desde mi infancia tierna,
Y santo amor al bien en mí infundiste
Y afán de dicha eterna.

En la creación inagotable fuente
Me diste de poesía,
Donde pude templar la sed vehemente
Que mi pecho encendía.

Rompió el alma sus lazos terrenales
Y, elevada á tu alteza,
Abrevóse en los mágicos raudales
De celestial belleza.

¿Qué importa que después, débil mi acento,
Nunca feliz consiga
Interpretar el hondo sentimiento
Que oculto en mí se abriga?

¡Oh! sí: del Cielo contemplar las galas
Con vivo afán creciente;
En la insondable inmensidad sus alas
Libre tender la mente;

Ver espacios sin fin de ígneas estrellas,
De soles mil, poblados,
Faros que alumbran las ignotas huellas
De mundos ignorados;

Llegar á Tí, de quien la dicha brota,
Por tu amor atraída,
Y la corriente que jamás se agota
Mirar de luz y vida.

¡Inefable placer! ¿Qué más ventura
Acaso consiguiera
El alma que en tu fe vive segura,
Y en tu bondad espera?

¡Oh! permite, Criador potente y sabio,
Que tus obras admire,
Aunque por siempre en mi aterido labio
Pobre mi canto expire.

Y cuando el coro universal te aclame
Omnipotente, Eterno,
Con profundo fervor mi voz te llame
Padre benigno y tierno.

Padre, Padre de amor, que al bien me guías,
Que mi sér ennobleces
El Cielo abriendo á las miradas mías;
¡Bendita tu bondad una y mil veces!





Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

EN SU SOLEDAD

QUÉ falta ¡oh Madre! á tu dolor profundo?
¿No basta la ansiedad y la amargura
Que tu amoroso corazón sufría
Al contemplar al Redentor del mundo
Que por los hombres en crüel suplicio
Su existencia ofrecía,
Hostia santa de paz, en sacrificio?
¿No viste al Hacedor Omnipotente
Inclinar cual mansísimo cordero,
De espinas coronada, su alba frente
Ante aquel pueblo, que, insensato y fiero,
Con bárbaro y horrible desvarío,
En torno de Él su sangre demandaba,
Cual turbulento mar, rugiendo impío?
Tú, derramando silencioso llanto,
Al Hijo amado con afán seguías,
Pálida y sin aliento:

Tal vez su fin cercano comprendías,
Y cien veces quizás en tu delirio
Lo miraste que, exánime y sangriento,
Llegaba al fin de su fatal martirio.
  Tú, entre duras afrentas,
En el Calvario padecer le viste,
Y su angustia crüel y sus dolores
En tu benigno corazón sentiste:
Y tú al pié de la Cruz, dulce María,
Escuchabas sus lánguidos clamores;
Y al lanzar expirante
Sus postrimeros ayes de agonía,
Inquieta, delirante,
Tus ojos en sus ojos se fijaron;
En ellos extinguida
Contemplaste la luz de la existencia,
Y trémula gemiste y dolorida.
  ¿Qué falta, pues, Paloma inmaculada,
Para que digna tu corona sea
De Reina de los mártires sagrada?
Mas falta, sí; que el Padre soberano
Quiere que en Tí reunida
El universo vea
La copia toda del dolor humano:
Y si en el Verbo se miró cumplida
Su voluntad suprema,
Tú como celestial Corredentora
Aun tienes que apurar hasta las heces
El cáliz del dolor; aun no es bastante
La angustia que padeces,
Ni que en duro patíbulo afrentoso
Vieras morir á tu Jesús amado,
Víctima santa de su amor profundo:
Queda que lo contemples sepultado,
Y en triste soledad te mire el mundo.

Y ese horrible momento,
Tan crüel para Tí, raudo se acerca;
Que ya con paso mesurado y lento
Descienden silenciosos del Calvario
Los piadosos varones, que conducen
Inanimado al celestial Cordero.
Tú en el blanco sudario,
Dulce Madre amorosa,
Trémula fijas la mirada incierta...
Ya la pesada losa se levanta;
Ya ves la tumba por tu mal abierta...
¡Oh! recibe gloriosa
De Mártir entre mártires la palma:
No hay dolor en el mundo
Que al dolor se compare de tu alma.
Mas ¡ah! que aún iracundo
Acrece tu pesar, cuando afligida,
Sola, sin esperanza y sin consuelo,
Tornas de nuevo á la ciudad deicida.
¡Ay! que con hondo duelo
Tu corazón en ella se estremece;
Que el duro azote que le guarda el Cielo
Á tu agitado espíritu aparece;
Y al par que por tus penas y dolores,
Acerbo llanto de piedad, Señora,
Derramas por los ciegos pecadores:
Que Tú como divina intercesora
Entre el mortal y la Justicia eterna
Á este valle de lágrimas viniste,
Y de la humanidad cual Madre tierna
En el Calvario designada fuiste.
Así ante el pueblo de Israel suspiras;
Que esclavo ya de las naciones todas
Y objeto vil de execración le miras.
Y lloras, si á tus ojos se presentan

Las edades futuras,
Al contemplar que en ellas se acrecientan
De los hijos de Adán las desventuras,
Cuando horrible, anublando
De la Fe celestial los resplandores,
Alza su frente la soberbia osada,
De dudas y de errores,
De injusticias y crímenes cercada.
Ves que las leyes en olvido dejan
Del Salvador divino,
Y de Tí ¡oh Madre! con desdén se alejan.
Entonces conmovida
Deploras nuestros males,
Y exclamas, suspirando enternecida:
«¿Y cediendo á funestos extravíos
Rehusar podéis, mortales,
Al título sagrado de hijos míos?
¡Oh! nunca os alejéis de mi presencia;
Yo soy el Arca nueva de alianza,
Yo soy fuente de gracia y de clemencia,
Y por Mí la Suprema Omnipotencia
Torna á daros la vida y la esperanza.
»Iris luciente y claro
Seré en oscura tempestad bravía;
Y en borrascoso mar, luciente faro,
Que á la inocencia servirá de guía.
Yo á la virtud ofreceré su palma,
Y seré, dando á vuestro mal consuelo,
La escala de Jacob por donde al Cielo
Pueda encumbrarse fervorosa el alma.
»Mas contemplad á mi Jesús amado,
Entre horribles afrentas y amarguras,
Humillado expirar en el suplicio;
Mirad mi soledad y desventura,
Y dignos sed de tanto sacrificio.»

Así la Reina Inmaculada dice;
Y al lucir en Salem la nueva aurora,
La Fe su acento celestial bendice,
Repitiendo su voz de gente en gente:
«María es en el suelo
De gracia y de virtud eterna fuente,
Y santa escala que conduce al Cielo.»





EL ALMA DESTERRADA

CRISTIANA Esperanza, raudal de consuelo,
¿Mi sed de ventura saciar lograré?
¿Mi patria es la tierra? ¿Mi patria es el Cielo?
Escucha mis ayes; responde á mi anhelo.
¿Qué numen acojo, la duda ó la Fe?

—Destierro es el mundo; mansión transitoria,
Do el alma entre abrojos cautiva se ve:
Verdad es su duelo; su dicha, ilusoria.
¡Ay triste si, ansiando su efímera gloria,
Acoges la duda, desdeñas la Fe!

Morada es el Cielo de eterna ventura;
La patria que al justo por siempre mostré.
Allí tu destino; mi voz lo asegura.
¡Dichosa mil veces si, férvida y pura,
Desdeñas la duda y acoges la Fe!

—Tu voz infalible responde á mi anhelo;
Mi sueño de gloria cumplido veré.
Cristiana Esperanza, raudal de consuelo,
Tu acento no engaña; mi patria es el Cielo...
¡Qué amarga es la duda! ¡qué dulce la Fe!





Á LA ESPERANZA CRISTIANA

NINFA de luz ceñida,
Que infatigable ofreces tu consuelo
Al alma dolorida
Que en las duras prisiones de este suelo
Alza sus ojos con fervor al Cielo;

¡Oh! vén, y ni un momento
Apartarás de mí tu rostro amigo:
Mi humilde pensamiento
Tu auxilio sienta, que en mi afán bendigo,
Y paz y dicha alcanzaré contigo.

No entre ilusiones bellas
Del mundo, vuelen mis floridos años;
Que al par ofrecen ellas,
Entre dulces y plácidos engaños,
La hiel de los acerbos desengaños:

Y apenas la ventura
Mentida que nos brindan desparece,
Doblada desventura
La realidad adusta nos ofrece,
Y el corazón gimiendo desfallece.

Mas no llora angustiado,
Celestial Esperanza, el que te admira.
¡Dichoso el que, olvidado
Del mundo y de su bien, por tí suspira,
Y entre tus sombras con amor delira!

Como el fresco rocío
Los macilentos campos resucita
Que agostara el Estío;
Así el mortal que en la aflicción se agita
Vive al sentir tu inspiración bendita.

Vén, santa mensajera
Que el Supremo Hacedor al alma envía:
Muestra tu placentera
Sonrisa, que difunde la alegría,
Y grata ahuyenta la ansiedad impía.

¿Qué es el poder mundano,
Y de sus glorias las mentidas galas,
Si al corazón humano
Acoges á la sombra de tus alas
Y la mansión eterna le señalas?

Leve, fugaz, cual humo,
La vida, con su encanto, desparece.
¡Oh! llega, y el bien sumo,
Que nunca el raudo tiempo desvanece,
Ante mis ojos con amor ofrece.

¡Oh mi Dios! ya te miro;
Ya en breve gozaré de tu presencia:
Ya acoges mi suspiro...
Apresure, apresure tu clemencia
Las horas de mi lánguida existencia.

En breve á tus umbrales,
Santa Sión... ¡oh dulce desvarío!
¡Oh sueños celestiales!
¿Vanos habréis de ser? ¡Oh! nó, Dios mío,
Yo espero en Tí, y en tu piedad confío.



EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ

EN LAS NAVAS DE TOLOSA

POEMA RELIGIOSO



CANTO PRIMERO

VÉN, musa del Jordán, vén y un momento
Hazme sentir tu inspiración sagrada,
Y al poder soberano de tu aliento
Se elevará mi mente entusiasmada:
Deja que de mi patria el ardimiento
Feliz pueda ensalzar, cuando humillada
El África dobló su altiva frente
Ante su noble esfuerzo prepotente.

Déjame contemplar el poderío
De Alfonso de Castilla el *Noble*, el *Bueno*,
Cuando en las Navas el furor impío
Rechazó del ejército agareno:
Muéstrame su fervor, y el alto brío
Con que ante el mundo, de entusiasmo lleno,
En triunfo alzó su victoriosa mano
La enseña salvadora del cristiano.

Y tú, madre del Cid, ínclita España,
Deja que admire la esplendente gloria
De esa suprema y memorable hazaña,
Página insigne de tu grande historia:
Deja que de Mohamed la ruda saña
Burlada mire; y la inmortal victoria
De Alfonso al contemplar, pueda un momento
En su alabanza levantar mi acento.

Ya con alta firmeza sacudías
El férreo yugo que dobló tu cuello
En la margen del Lete; ya rompías
De la ominosa esclavitud el sello;
Ya de nuevo en el mundo aparecías
Mostrando, acaso en su primer destello,
El esplendor supremo y peregrino
Que el Cielo reservaba á tu destino.

No tus heróicos hijos entregaban
Su ardiente corazón al ocio ledo;
Que á las lides intrépidos volaban,
Libres de torpe y vergonzoso miedo:
Ya tus perdidos pueblos recobraban;
Y, altiva y firme, la imperial Toledo,
Que cual astro lumbroso aparecía,
Respeto á las naciones infundía.

Iracundo hacia tí tornó sus ojos
Desde el seno del África el impío
Mohamed Aben Yacub, y con enojos
Contempló tu creciente poderío:
Á los suyos miró tristes despojos
Míseros ser del castellano brío;
Que al lado de la Cruz, nuncio de gloria,
Agitaba sus palmas la victoria.

Quizás por un momento abandonado
Temió ser de la próspera fortuna.
«¡Aláh!, gritó, ¿que pierda has decretado
Su claro brillo la triunfante luna?
Mas no será, que al solio me has alzado:
No habrá á mi arrojo resistencia alguna,
Y en España podré con mano fuerte
Sembrar de nuevo esclavitud y muerte.

»¿Qué importa, prosiguió, que á la defensa
Alfonso se disponga? por ventura
¿Podrá de Alarcos olvidar la ofensa
Que humilló de sus huestes la bravura?»
Dice; y seguido de la turba inmensa,
Que el eco aplaude de su voz impura,
De su falso Profeta el nombre invoca,
Y á sus guerreros á lidiar convoca.

No corre más la devorante llama
Por las secas llanuras en Estío,
Que la voz de Mohamed, que, ruda, inflama
De los funestos bárbaros el brío.
África entera se conmueve y brama;
Y alzando las banderas del impío,
Rauda al estrecho de Tarik avanza
Al grito de exterminio y de venganza.

Cual montañas de nubes, que al silbido
Vuelan de los soberbios aquilones,
Así á la voz del Musulmán temido
Avanzan en tropel sus escuadrones:
Europa escucha, atónita, el rugido
Que retumba en las béticas regiones:
Tiembla á su estruendo el solio castellano,
Y se estremece el alto Vaticano.

¡Ay, España, de tí! ¡Ay, sin ventura
Por tan fiero rigor amenazada!
¿Qué importan tu constancia y tu bravura
En defender tu libertad sagrada?
¿Y qué tu esfuerzo, y en la guerra dura
La sangre de tus hijos derramada,
Si hórridas turbas de espantosas hienas
Preparan para tí nuevas cadenas?

¡Ay Castilla, que, raudos, los infieles
Á combatirte llegan, conducidos
Por sus rencores hondos y crüeles!
Míralos por tus campos esparcidos;
Escucha el relinchar de sus corceles;
Escucha los rabiosos alaridos
Que al viento dan con formidable saña...
¡Ay de tu libertad, mísera España!

Mira cuál alza su orgullosa frente
El Atila crüel del Mediodía;
Cuál contempla su ejército potente,
Y en su infinito número confía:
«¿Quién, exclama con ánimo insolente,
Quién contrastar pudiera mi osadía,
Si al levantar mi alfanje sin segundo
Bajo mis plantas se estremece el mundo?

»Pronto, corramos, que el furor me ciega:
Vuestros héroes reunid, pueblos cristianos;
Veréis que Aláh implacable los entrega,
Cual tímidos corderos, en mis manos.
Ante las tribus que mi voz congrega
Todos vuestros esfuerzos serán vanos,
Y en prisiones veréis á vuestros reyes,
Y del Corán acataréis las leyes.»

»Y tú, Muphti de Roma, de mi armada
Diestra sabré los triunfos anunciarte;
Que en breve llegaré con planta osada
Á tus mismos estados á humillarte.
De tu templo en la cúpula elevada
Fijaré del Profeta el estandarte,
Y será por mi ejército aguerrido
Su pórtico en establo convertido.»

Así dice el infiel. Y tú, Dios fuerte,
¿Tú lo dejas gozar en su esperanza?
Árbitro de la vida y de la muerte,
¿Quién tus designios á medir alcanza?
¡Ah! su soberbia en humildad convierte.
¡Señor! de la justicia y la venganza
Tu diestra el rayo destructor fulmine,
Que el poder del sacrílego extermine.

Mas ya el ínclito Alfonso, al puro anhelo
Fiel respondiendo que su pecho inflama,
Infatigable muestra el noble celo
Sostén del pueblo que su nombre aclama.
En el duro peligro almo consuelo
Su presencia benéfica derrama,
Y su arrogante y bélica apostura
Tal vez el triunfo á su nación augura.

«Guerreros, dice, si con firme aliento
Alarde hacéis de heróica fortaleza,
Las armas disponed, que ya el momento
Se acerca de mostrar vuestra firmeza.
Ved cuál, de sangre y destrucción sediento,
Nuestros campos talando en su fiereza,
Hasta nosotros con segura planta
El Árabe soberbio se adelanta.

»Siglos hace que rudos invasores
Á nuestra patria, pérfidos, llegaron,
Y en pueblos y ciudades, triunfadores,
Luto, ansiedad, desolación sembraron.
Mas ya que sus instintos destructores
Nuestros padres, gloriosos, rechazaron,
Y en una y otra memorable hazaña
Pruebas de su valor dieron á España;

»¿Impasibles hallarnos puede ahora
El bárbaro Africano que acaudilla
La multitud que ruge asoladora
Contra el pendón sagrado de Castilla?
¡Oh españoles, jamás! La blanca aurora
De nuestra libertad fúlgida brilla;
Huya el vano temor, juntos volemos,
Y poder y esplendor á España demos.

»No os arredre, guerreros, esa impía
Y horrenda multitud que contemplamos;
Que á contrastar su bárbara osadía
Por la justicia conducidos vamos.
La sacrosanta Cruz es nuestro guía;
Por nuestra patria y nuestra fe lidiamos;
Al arma, pues, y el ángel de la gloria
Un triunfo más escriba en nuestra historia.»

Dice; y en breve presurosos vuelan
Á su lado los nobles infanzones,
Y en su ademán, intrépidos, revelan
El fuego de sus fuertes corazones.
Correr pronto á la lid todos anhelan;
Y, firmes, tremolando los pendones,
El caro nombre de su rey aclaman,
Y al pueblo hispano con su ejemplo inflaman.

Ya con su voz enardecido había
El ilustre arzobispo toledano
Á la vecina Galia, que corría
Á dar auxilio al pabellón hispano:
Ya el padre de los fieles dirigía
Sus preces desde el alto Vaticano
Al Sér Supremo, y la sagrada guerra
Férvido anuncia á la asombrada tierra.

Y alzáronse los pueblos; que de España
No es tan sólo la lucha que se enciende:
Es el África entera, que se ensaña,
Y á Europa avasallar, fiera, pretende:
Es el Corán, que con funesta saña
Ruge contra la Cruz... ¡Oh Dios! desciende
Y haz que Alfonso, cual nuevo Constantino,
Mire triunfar el lábaro divino.

Protégelo, Señor, y que no sea
Presa jamás del Árabe atrevido
Esa bandera que apacible ondea,
Donde el signo inmortal está esculpido:
¡La Cruz! Pueblo español, en la pelea
¿Cómo el inmenso ejército reunido
Pudiera de Mohamed intimidarte,
Si llevas de la Cruz el estandarte?

¡La Cruz, la santa Cruz! Pueblo guerrero,
Al brillar ese emblema sacrosanto,
Entre las filas del alarbe fiero
Pálido y mudo se alzará el espanto.
Corre, corre á lidiar; que el justiciero,
El supremo Jehová, tres veces Santo,
Con ese signo, para eterna gloria,
El lauro te dará de la victoria.



CANTO II

ESPAÑA, noble España, cuando unidos
Tus hijos alzan la triunfal bandera,
Indomables contrastan y aguerridos
Del mundo todo la arrogancia fiera.
¡Ah! que de *unión* al grito conducidos,
Caminen á la lid que les espera,
Y no de los funestos ismaelitas
Temerán á las huestes infinitas.

Alfonso, su mirada diligente
Volviendo hacia los príncipes hispanos,
«Á mi lado llegad, grita impaciente;
Unión, y á combatir, héroes cristianos:
No la discordia más ruja insolente
En un pueblo de amigos y de hermanos;
Corramos en unión, y en la campaña
Álcese en triunfo el pabellón de España.»

Pronto el gran Pedro de Aragón, seguido
De bravos é invencibles campeones,
En Castilla aparece decidido,
Presentando sus fuertes escuadrones:
Ya del clarín al bélico sonido
Del pueblo castellano los leones
Con férvido entusiasmo se levantan,
Y á defender su patria se adelantan.

Ya las heróicas huestes que congregan
Entrambos reyes, con ardor profundo
«¡Unión!» repiten, y en unión despliegan
El grande arrojo, admiración del mundo:
Ya presurosos y anhelantes llegan
Cien y cien extranjeros, que al fecundo
Acento del Pontífice se alzaron,
Y á defender la Cruz se encaminaron.

Ya el pendón soberano de Castilla,
Donde la imagen venerable y santa
De la Madre de Dios fúlgida brilla,
En la imperial Toledo se levanta:
Dobla el pueblo humildoso la rodilla
Ante la Virgen que con firme planta,
Por voluntad suprema del Eterno,
Las puertas quebrantó del hondo Averno.

¡Oh! no hay poder que al español asombre
Cuando eres Tú su misterioso guía,
Reina divina del querub y el hombre,
Gloria de la creación, Virgen María:
Férvido al invocar tu santo nombre,
En tu benigna protección confía,
Y en alas de tu célica esperanza
Á grandes hechos sin temor se lanza.

Míranse ya las huestes y adalides
Honra y orgullo de la madre España,
Que, siempre triunfadores en las lides,
Se aprestan á correr á la campaña.
De los grandes Pelayos y los Cides
Al emprender tan portentosa hazaña
Émulos son, y ofrecen su existencia
En aras de su patria y su creencia.

Llegan allí los bravos caballeros
De justo ardor y de entusiasmo henchidos,
Y llegan los humildes y pecheros
Por el fervor cristiano conducidos;
Y allí los santos monjes, que, guerreros
Al par que cenobitas decididos,
La Cruz empuñan y la férrea lanza,
Y ejemplo dan de indómita pujanza.

Y por rendir al Musulmán suspiran
Las Militares Órdenes sagradas;
Que en el cristiano ejército se miran
Al viento sus banderas desplegadas:
Mudo terror al enemigo inspiran
Esas huestes belígeras y osadas,
Que siempre, donde quiera que se hallaron,
Sus pasos por sus triunfos señalaron.

Quédese para tí, musa profana,
Aplaudir la admirable bizarría
Con que arrogante la milicia hispana
En pos de lauros con ardor corría:
Tú de sus héroes cantarás ufana
La gentileza al par que la osadía,
Contemplando en el ínclito guerrero
Á la vez al cumplido caballero.

Tu admirarás de emblemas y trofeos
Coronados sus armas y blasones,
Conquistados en justas y torneos
Ó en ilustres y bélicas acciones:
Tú la alteza verás de los deseos
Que aquellos esforzados campeones
En sus almas intrépidas sentían
Cuando hacia el campo del Muslím corrían.

Tú cantarás que del amor la llama
En sus inquietos corazones arde,
Y al invocar el nombre de su dama
No hay poder que sus pechos acobarde.
Verás que al brillo del honor se inflama
Más y más su valor: que en noble alarde
Por la gloria caminan conducidos,
En héroes invencibles convertidos.

Mas tú, cristiana musa, si un momento,
Bajo la sombra de tus ígneas alas,
Presentas á mi humilde pensamiento
El misterioso encanto de tus galas;
Si en el fuego me abrasas de tu aliento,
Y al ejército invicto me señalas
Que, al aire sus banderas tremolando,
Corre á humillar al enemigo infando;

Deja que sólo en mi entusiasmo vea
La poderosa Fe que los guiaba;
La Fe tan sólo ante mis ojos sea
El poder que sus pechos inflamaba:
Y éralo; que si firme á la pelea
Ese pueblo invencible caminaba,
De Dios las santas leyes defendía,
Y en su sagrado nombre combatía.

La Fe movió los grandes corazones
De los piadosos reyes denodados;
Ella juntó los nobles campeones
Y convocó los ínclitos prelados.
¡Oh! por la Fe cristiana, cual leones,
Corred, corred, intrépidos cruzados,
Y humillad la soberbia del aleve
Que á blasfemar de vuestro Dios se atreve.

Mas ya tiemblan de España los confines
Al rápido trotar de los corceles;
Ya retumban los bélicos clarines
Que infundirán terror á los infieles;
Ya avanzan los apuestos paladines,
Ganosos de alcanzar dignos laureles,
Y no hay vaga inquietud ó temor vano
Que detenga al ejército cristiano.

Sediento de luchar, rápido avanza,
Sin que el fiero poder del Sarraceno
Pueda amenguar la célica esperanza
Y el ínclito valor de Alfonso el *Bueno.*
Mas ¿qué voz ruda la discordia lanza,
Y en el campo español, antes sereno,
Hace que la traición ruja iracunda
Y el terror un instante se difunda?

El bienhechor, el poderoso acento
De «*unión*», que el entusiasmo repetía,
De improviso enmudece, y un momento
Alza la rebelión su frente impía.
¡Ah! que los extranjeros, sin aliento,
Olvidan su primera bizarría,
Y al eco vense del marcial estruendo
En vergonzosa deserción huyendo.

Es decreto de Dios, y la aureola
Á los héroes invictos reservada
Debe, nación magnánima española,
Ser sólo por tu arrojo conquistada.
Guardado queda á tu constancia sola
Que mire el monstruo á tu poder burlada
Su esperanza funesta, y que tu mano
Sola pueda humillar su orgullo insano.

Deja que los extraños que contigo
Se unieron para acción tan portentosa,
Trémulos al mirar al enemigo,
Huyan de las llanuras de Tolosa:
Déjalos ir; y Europa, que es testigo
De su fuga cobarde y afrentosa,
También testigo de tu gloria sea,
Y sola el triunfo conseguir te vea.

Y osada te verá, que Sancho el *Bravo*
Desde Navarra presuroso llega,
Y unido al inmortal Alfonso octavo,
Su inmenso arrojo y su valor despliega.
«Corramos, murmuró; jamás esclavo
Nuestro pueblo será de la ira ciega
Del funesto Mohamed; juntos volemos,
Y su infando poder exterminemos.»

Dice: más que ninguno ya impaciente
Por libertar á su nación suspira,
Ejemplo dando á su esforzada gente,
Que arde en los rayos de su justa ira.
Y el Castellano, que el afán vehemente
De aquellos héroes entusiasta admira,
En su oculta ansiedad halla consuelo,
Y gracias rinde con amor al Cielo.



CANTO III

Ya el iracundo Emir, que, alborozado,
Al castellano pueblo considera
Á su solo poder abandonado,
Triunfar en breve de su arrojo espera:
De sus huestes innúmeras cercado,
Tremolando arrogante su bandera,
«Que venga, dice, el español ahora
Á detener mi planta destructora.»

Y de Tolosa por los anchos llanos,
Espantosos rugidos dando al viento,
Extiéndense los tigres africanos,
Que de luchar anhelan el momento.
Atónitos los pueblos castellanos,
Aguardan de la lid el fin sangriento,
Y de Mohamed ante la horrible saña
Tiembla un instante, estremecida, España.

Tranquilo vese el enemigo impuro,
De inexpugnables peñas rodeado:
¿Cómo á su encuentro correrá seguro
El español ejército sagrado,
Si el paso de la Losa, de aquel muro
Única entrada, encontrará guardado
Por la turba de bárbaros inmensa,
Y allí hallará la muerte sin defensa?

Horribles inquietudes un instante
El ímpetu detienen del Cristiano.
¿Y seguirán osados adelante
Sin gloria á sucumbir ante el tirano?
¿Y atrás han de volver? ¡Cómo! ¿Triunfante
Saldrá sin combatir el Mahometano?...
Así entre dudas el Monarca lucha,
Y al par, acaso, en su interior escucha:

«¿Adónde vas? Las tropas agarenas
Te esperan con frenética arrogancia,
Roncas rugiendo cual sangrientas hienas.
¿De qué sirve ¡oh Alfonso! tu constancia?
¿No ves cuál, de temor y espanto llenas,
Mal ocultos tal vez, Italia, Francia
Y Alemania de tí raudas se alejan
Y en el peligro sin piedad te dejan?

»¿Qué importa de tus ínclitos guerreros
La admirable firmeza y la osadía,
Si el África sus hijos altaneros
Contra tus huestes, poderosa, envía?
¿No ves las tribus de almohades fieros?
¿No miras de los llanos de Etiopía
Cien turbas y otras ciento, que, alentadas,
Se alzaron contra tí desenfrenadas?

»¿No los viste soberbios y anhelantes
Á tu patria llegar precipitados?
¿No contemplas de lanzas y turbantes
Cubiertas las llanuras y collados?
Míralos cuál te esperan arrogantes,
De inexpugnables peñas resguardados;
Oye cuál trema con fragor la tierra
Á sus acentos hórridos de guerra.

»¡Ay, Alfonso, de tí! ¿Qué importa el brío
De tus bravos y fuertes castellanos,
Si exterminarlos, con rencor impío,
Juran los ismaelitas inhumanos?
¿No sabes de Mohamed el poderío,
Y que á sus ecos pérfidos é insanos
El África se ha alzado toda entera,
Y en derredor está de su bandera?»

Así tal vez en lo interior del alma
Profunda voz Alfonso escucharía;
Mas él, mostrando imperturbable calma,
Con marcial continente aparecía:
Que al que destina la suprema palma
Del triunfo la eternal Sabiduría,
No le inspira temor, aunque iracundo
Para rendirlo se levante, el mundo.

«¿Qué importa que perjuro el extranjero
Me abandone al poder del enemigo,
Si el Dios de las batallas justiciero
En el combate se hallará conmigo?»
Dice: y volviendo su corcel ligero
Al lado del ilustre don Rodrigo,
Osado el corazón y alta la frente,
Grita con voz segura y elocuente:

«Voy á lidiar, Prelado, ya que el Cielo
Para empresa tan alta me destina:
Él inspiró mi incontrastable anhelo;
Él mis inciertos pasos encamina.
Sí, corro sin temores ni recelo;
Que el estandarte de la Cruz divina
Contra el rigor del bárbaro sañudo
Habrá de ser mi impenetrable escudo.

»Las sombras de mis ínclitos mayores
Sostienen mi valor. Ellos se alzaron
En cien y cien batallas triunfadores,
Y de su raza el deshonor borraron.
¡Oh! ¿presa de alevosos invasores
Los pueblos que propicios me legaron
De nuevo habrán de ser, y mi memoria
Será un borrón para la hispana historia?

»Nó; nó. Lavemos la ominosa afrenta
Que pesa sobre el solio de Castilla;
Que al recuerdo de Alarcos, más se aumenta
De la rota del Lete la mancilla.
Si de nuevo en los nuestros se ensangrienta
Del alarbe soberbio la cuchilla,
¿Qué importa, si sabremos á sus manos
Cual héroes sucumbir y cual cristianos?»

«¡Sucumbir! nó, jamás, con inspirados
Acentos le responde don Rodrigo;
Que el Dios de los ejércitos armados
Hoy os verá triunfar del enemigo.
En nombre de la Virgen ¡oh cruzados!
Á combatir, que vuestro ardor bendigo.»
Dice; y avanzan todos con estruendo,
«¡En nombre de María!» repitiendo.

La tierna Madre del Amor Divino
Oye sus voces en la excelsa altura;
Y llegando hasta el trono diamantino
Donde de Dios la majestad fulgura,
«Padre, dice su acento peregrino,
¿Y dejarás que la opresión impura
Del Alcorán los españoles sientan,
Cuando en mi nombre con ardor alientan?

»Mis hijos son: si en tu presencia halla
Gracia, Señor, mi súplica ferviente,
De esos guerreros la ansiedad acalla,
Premio dando á su fe grande y ardiente:
Triunfe, triunfe la Cruz en la batalla,
Hunda en el polvo la impiedad su frente,
Y álcese coronado de alegría
El escogido pueblo de María».

Así dice la Reina santa y pura;
Y el Supremo Hacedor del firmamento
«Triunfe la Cruz», repite, y de ventura
Se inunda el orbe al escuchar su acento.
«Triunfe la Cruz», con mágica dulzura,
Dice el querub; y en plácido concento
Grata voz en el Cielo repetía:
«Triunfen los escogidos de María».

Ya, sin tocar los héroes aguerridos
Al formidable paso de la Losa,
Por un ángel caminan conducidos,
Y llegan á los llanos de Tolosa (1).
Frente á frente ya están de los temidos
Guerreros de Mohamed... ya la espantosa
Ira en ambos ejércitos estalla;
Ya rugen por llegar á la batalla.

Jamás, desde el momento infortunado
En que un conde vendió con saña fiera
Al África la España, congregado
Ejército mayor de moros fuera:
En su número inmenso confiado,
Invencible el Emir se considera;
Y nada contener su orgullo puede,
Al ver que en fuerzas al cristiano excede.

Mas ¿qué importó á David el poderío
Del rudo Goliat, y que insolente
Desdeñase su ardor, si él del impío
Arrogante humilló la altiva frente?
Tú al débil fortaleces ¡oh Dios mío!
Con la luz de la Fe. Jehová potente,
¿Ante tu Fe qué pueden en la guerra
Los incrédulos héroes de la tierra?





CANTO IV

TRES veces pura la rosada aurora
Su clara lumbre difundió en Oriente,
Y ambos pueblos, con calma aterradora,
Inmóviles se miran frente á frente:
Mas del combate al fin sonó la hora,
Y el español ejército, impaciente,
Alentado por célica esperanza,
Contra las huestes del Emir avanza.

Ya el eco de los bélicos clamores
Llena el espacio y ensordece al viento,
Y al són de los clarines y atambores
Horrísono retumba el campamento.
Míase ya á cristianos é invasores
Correr al par con ímpetu violento,
Y al choque de la fuerte acometida
Cien y cien agarenos dan la vida.

El gran López de Haro es el primero
Que de España el valor heróico sella,
Y sin temor, indómito, ligero,
Las filas ismaelitas atropella:
Entre las turbas árabes su acero
Vese brillar cual fúlgida centella;
Que acá y allá terrible va corriendo,
Desolación y muerte despidiendo.

Síguenle los apuestos caballeros
De las sagradas Órdenes, y osados
Corren, hienden y arrollan á los fieros
Muslimes, que suspiran humillados.
Á tan altos ejemplos los guerreros
Todos se precipitan alentados,
Y corren entusiastas, y á porfía
Ostentan su admirable bizarría.

Braman los hijos de Ismael en tanto,
Y rudos y terribles se defienden;
Que ante el poder de España, por encanto,
Con nuevo ardor satánico se encienden:
Y aunque en sus filas el horrendo espanto
Y el pálido terror las alas tienden,
Ellos «¡venganza!» delirantes gritan,
Y unidos á lidiar se precipitan.

Alfonso ve la nube asoladora
Que hacia los suyos formidable avanza;
Mas no en su noble pecho se aminora
La lumbre celestial de su esperanza:
Y enristrando con diestra vengadora,
Altivo y firme, ponderosa lanza,
«¡Á ellos!» grita con ímpetu, y ligero
En las filas preséntase el primero.

En vano el pueblo contenerlo anhela;
Él á sus ruegos en su afán no atiende,
Y osado sigue, y en su ardor revela
El fuego sobrehumano que lo enciende:
Cual héroe insigne poderoso vuela;
Aquí infunde valor, allí defiende
Á los guerreros que en peligro mira,
Y alto entusiasmo por doquier inspira.

Al ejemplo del fuerte Castellano
Los Monarcas intrépidos batallan
De Aragón y Navarra, y el insano
Furor de los muslimes avasallan.
¡Oh! para contener al pueblo hispano
Poder las turbas del Emir no hallan,
Y trémulas, y humildes, y sin brío,
Ceden á su grandioso poderío.

Mas cual las olas de la mar, que apenas
Se estrellan en la orilla y desparecen,
Otras y otras en pos, de rabia llenas,
Ruedan y amenazantes aparecen;
Así al caer las huestes agarenas
Terribles otras ciento se embravecen,
Y avanzan al ejército cristiano,
Rugientes cual el férvido Oceáno.

¡Oh! sólo la firmeza, patria mía,
De tus heróicos hijos sostuviera
El peso enorme de la rabia impía
De aquella tropa desbordada y fiera:
Ellos solos, con ínclita osadía,
Elevando la espada justiciera,
Firmes lograran, con serena frente,
El ímpetu parar de aquel torrente.

Muestra, patria del Cid, muestra tu historia
Con noble y digno orgullo á las naciones,
Y esa brillante página de gloria
Bendigan los ardientes corazones.
Haz que viva perpetua la memoria
De esos bravos y nobles campeones,
Que del Muslím hollando la grandeza,
Te libran de su indómita fiereza.

Alfonso, Pedro, Sancho, yo os contemplo:
Vuestros augustos nombres esculpidos
Entre ígneas palmas en el alto templo
De la inmortalidad veránse unidos.
Vosotros, que á los fuertes dais ejemplo,
Seréis por las edades aplaudidos,
Pues, á la vez que reyes denodados,
Combatís cual intrépidos soldados.

Y tú, que al Islamita infundes miedo,
Gloria, Rodrigo, á tí, gloria mil veces;
Prelado insigne de la gran Toledo,
Tú cual astro en la lucha resplandeces.
Loor también á tu inmortal denuedo
¡Oh Domingo Pascual! tú que apareces
Armado de la Cruz, con alto brío
Arrollando las huestes del impío.

Y vosotros, terror de los infieles,
Haros, Romeus, Zúñigas, Girones,
Villegas, Pardos, Góngoras, Corneles,
Y tantos y tan ínclitos varones;
Coronados de fúlgidos laureles
Recibid los aplausos y ovaciones
Que habrán de consagrar á vuestra gloria
Las páginas eternas de la historia.

Y vosotros... Mas ¿cómo del sagrado
Ejército el esfuerzo contaría,
Si en la sangrienta lid cada soldado
Es un guerrero que la gloria ansía;
Cada guerrero un héroe, que alentado
Batalla por la Cruz, en Dios confía,
Y suspira con místico delirio
Por alcanzar la palma del martirio?

Y mártir de su celo sucumbiera
Esa nación suprema y arrogante,
Aunque á la faz del mundo la bandera
Brillase en ella de la Cruz triunfante:
Mas el sagrado Apóstol, que en la fiera
Lid de Clavijo apareció radiante,
Dice, humilde postrándose en presencia
De la Suma y Eterna Omnipotencia:

«El triunfo de la Cruz Europa entera
En breve mirará; que así lo implora
La casta Virgen que en el Cielo impera
Y es de los españoles protectora:
Mas ¡ah! triunfen, Señor, sin que los hiera
La temida guadaña destructora;
Libra, Dios justo, de la muerte impía
Al escogido pueblo de María.

»Puede el valor del español guerrero
Hacer que en triunfo su estandarte brille;
Que fuerza no ha de hallar el mundo entero
Que el lustre de sus armas amancille:
Mas ¿qué poder humano, Juez severo,
Habrá que firme y poderoso humille
Esas impuras turbas agarenas,
Si innumerables son cual las arenas?

»¿Qué importa, acaso, que triunfante y fuerte
Dé fin el Español á tal hazaña,
Si la implacable y despiadada muerte
Apresta para herirlo la guadaña?
¡Inmenso Dios! si velas por la suerte
De tu constante y religiosa España,
Haz que humildes se rindan á su brío
Las huestes infinitas del impío.»

Dijo Jacobo: y en la excelsa altura
Recaredo y Pelayo suspiraron,
Y por el bien de España y la ventura
Sus preces al Eterno levantaron.
Isidoro y Leandro con dulzura
«¡Piedad! ¡piedad!» dolidos exclamaron;
«¡Piedad! ¡piedad!» los ángeles decían,
«¡Piedad! ¡piedad!» los santos repetían.

Á sus ruegos Jehová tiende la mano;
Y la muerte fatal, que ya rugía
En las heróicas filas del cristiano,
Detiene un punto su segur impía:
Al par, ante el ejército africano
La que es Reina del orbe y alegría,
La que en la cumbre del cenit se asienta,
Cercada de querubes se presenta.

«¿Quién es esa Mujer? de espanto llena,
La turba exclama de Ismael impura:
Quién es, que, cual la aurora más serena,
De luz llena el espacio y hermosura?
De toda mancha de pecado ajena,
Honra de la creación, álzase pura,
Y al eco blando de su dulce acento
Ledo se para y asombrado el viento.

»¿Quién es esa Mujer? Resplandeciente
El claro Sol la cerca y la ilumina;
Las estrellas se agrupan en su frente,
Y nuestra Luna ante sus pies se inclina.
De los cristianos la esperanza ardiente
Nace al reflejo de su faz divina,
Y ella su aliento y su valor inflama
Cuando con dulce voz «hijos» los llama.

»Vedla, guerreros: misteriosa brilla
Cual antorcha suprema y sacrosanta
En el pendón sagrado de Castilla,
Y, grande, nos deslumbra y nos espanta.
¡Aláh! ¿y una Mujer es la que humilla
Al respetado Islam bajo su planta?
¿Y Ella á su arbitrio nuestro ardor sujeta?
¿Adónde está la gloria del Profeta?»

Dicen: y en vano con afán, en tanto,
Mostrar firmeza y altivez pretenden;
Que de sus manos yertas, por encanto,
Los temidos alfanjes se desprenden:
Fiero hiela sus pechos el espanto,
Al combate marcial, ciegos, no atienden,
Y del pueblo español á los aceros
Entréganse cual tímidos corderos.

Esplendente á la vez, como la aurora,
Que horror profundo á la ignorancia ofrece,
De roja luz el cielo se colora
Y el signo sacrosanto resplandece.
Es la Cruz inmortal, la salvadora
Enseña, que entre nubes aparece
Para dar fin á la espantosa guerra
Y su triunfo anunciar sobre la tierra.

¡La Cruz!... Al verla, de entusiasmo lleno,
Corre el cristiano ejército impaciente;
Ya los hispanos son hijos del trueno
Que dispara la diestra Omnipotente:
Ya los fuertes del bárbaro Agareno
Doblan humildes la orgullosa frente,
Y suenan, por los vientos repetidos,
Cien horrendos y lúgubres gemidos.

Y alza la muerte su segur insana
Y en los hijos de Agar... mas ¡ay! tu velo
Tiende por compasión, musa cristiana,
Y oculta el llanto y el dolor del suelo:
Déjame ver tan sólo cuando ufana
Mi patria, alzando su mirada al Cielo
Y agitando gloriosa sus pendones,
Anunciara su triunfo á las naciones.

«¡Victoria!» los Monarcas denodados
Con firme voz gloriosos prorumpieron;
«¡Victoria!» repitieron los collados,
«¡Victoria!» las llanuras repitieron.
Pronto, en alas del viento arrebatados,
Los ecos de victoria se esparcieron,
Y el mundo todo prorumpió anhelante:
«Por España la Cruz brilla triunfante.»

Empero al rudo Emir ancha muralla
De etïopes sin número rodea,
Y tras aquella inexpugnable valla
Aún del Islam el estandarte ondea.
Medios tal vez el Español no halla
Para que roto y desbandado sea
Aquel negro escuadrón horrible y fuerte
Que á las iras resiste de la muerte.

Presto el Rey de Navarra, poderoso,
Con héroico ademán se precipita,
Y rompe y desbarata impetuoso,
Cediendo á la impaciencia que lo agita,
El palpitante muro, y, victorioso,
De los guerreros el valor excita;
Que ejemplo tal intrépidos siguiendo,
Raudos avanzan con furor y estruendo.

Bajo rico dosel de seda y grana,
Aun ignorando su derrota fiera,
El pérfido Muslím, con faz insana,
El fin dudoso de la lucha espera:
Mas de improviso se levanta ufana
Ante sus ojos la triunfal bandera,
Y trémulo, y cobarde, y angustiado,
Míraséle correr precipitado.

Y huye y huye veloz de la campaña
En alas del terror que le amedrenta,
Y abandonando para siempre á España,
Corre al Desierto á devorar su afrenta:
Y solo va con su impotente saña;
Que allí quedaron en la lid sangrienta,
Rendidos al poder de los cristianos,
Los iracundos tigres africanos.

En medio de los míseros despojos
Del espantoso ejército enemigo,
Entusiasmado póstrase de hinojos
El ilustre arzobispo don Rodrigo:
Y al contemplar con asombrados ojos
De los árabes fieros el castigo,
Cediendo al fuego que su pecho inflama,
Al Cielo mira, y fervoroso exclama:

«*Á Tí, Señor, los hombres alabamos* (2);
Á Tí, en unión del universo entero,
Los fieles españoles te aclamamos
Dios grande, poderoso y justiciero.
Contra las fieras huestes que miramos
Tú apareciste cual varón guerrero (3),
Y á tu poder ¡oh Padre Omnipotente!
Mudos bajaron la orgullosa frente.

»Inquebrantable, murmuró el impío,
Levantaré mi espada triunfadora (4);
Despojo de mi inmenso poderío
Será ese pueblo que á la Cruz adora:
Mas Tú sobre sus haces ¡oh Dios mío!
Extendiste tu diestra vengadora,
Y los hijos de Agar se conturbaron (5)
Y, cual piedras, inmóviles quedaron (6).

«¿Quién semejante á Tí (7), Tú, que te asientas
Aun más alto que el Sol, y eterno brillas,
Y ante los orbes, sin cesar, presentas
Tus grandes, tus inmensas maravillas?
Tú, que al humilde compasivo alientas;
Tú, que al soberbio poderoso humillas;
¿Quién semejante á Tí, santo Dios fuerte,
Árbitro de las iras de la muerte?

»Dios uno y trino, protector del bueno,
Tú nuestro amparo y fortaleza fuiste (8);
Sonó tu voz cual formidable trueno,
Y al universo entero estremeciste:
Tembló el poder del bárbaro Agareno,
Pavor en sus entrañas infundiste,
Y sucumbió su ejército sangriento,
Desmenuzado como polvo al viento (9).

»Y Tú, de paz y amor cándida Aurora,
Gloria del mundo, Emperatriz del Cielo,
Madre de la inocencia protectora,
Tú sostuviste nuestro ardiente celo:
Tú fuistes en la lid aterradora
Luz pura de esperanza y de consuelo.
Cruzados, exclamad con alegría:
«¡Gloria al Sumo Hacedor! ¡Gloria á María!»

Dijo: y el grande Alfonso suspiraba,
Ardiendo en fuego misterioso y santo,
Y al justo Cielo con amor tornaba
Sus ojos, que vertían dulce llanto.
«¡Gloria, gloria al Altísimo! clamaba,
¡Gloria á la Reina celestial!»; y en tanto
El ejército entero repetía:
«¡Gloria al Sumo Hacedor! ¡Gloria á María!»

Triunfó la santa Cruz. Absorto el mundo,
La grandeza admiró de tus pendones
¡Oh cara patria! y con amor profundo
Recordados serán tus campeones.
Tu constancia, tu arrojo sin segundo,
Siempre asombro serán de las naciones.
¡Noble Alfonso! por tí fué la victoria.
¡La Fe te dió el valor; la Cruz, la gloria!

FIN DE LAS POESÍAS





Imágen del Pastor milagroso que guió á las huestes cristianas en la batalla de las Navas de Tolosa.



Cruz primacial que D. Rodrigo, Arzobispo de Toledo, llevó en la batalla de las Navas de Tolosa.

DESCRIPCIÓN DE LA CRUZ PRIMACIAL

QUE DON RODRIGO, ARZOBISPO DE TOLEDO,

LLEVÓ EN LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA

Entre los muchos prodigios que obró el Todopoderoso en la siempre célebre batalla de las Navas, no fué el menor el que refieren unánimes todos nuestros historiadores y coronistas, sin exceptuar los extranjeros que hablaron de esa memorable jornada. Fué el caso, que en lo más fuerte de la acción se le desbocó el caballo al canónigo D. Domingo Pascual, que llevaba la Cruz primacial de D. Rodrigo, y pasó con ella levantada por los más espesos y fuertes escuadrones mahometanos sin lesión alguna; lo que fué cosa tan singular y digna de notarse, que mereció referirse por el mismo D. Rodrigo y por D. Alonso VIII en la carta que con motivo de aquella batalla escribió al pontífice Inocencio III, que traen copiada Aguirre y Mondéjar.

En atención á esto mismo, invitó luego el Prelado á don Alonso que labrase unos palacios y una iglesia en el sitio de este milagroso triunfo. Estos proyectos no pudieron verificarse, por la corta vida del Rey, hasta los tiempos de San Fernando, que se perfeccionó esta obra, dedicando la iglesia á Santa Elena, adonde se colocó la citada Cruz primacial, que hasta entonces había estado depositada en el lugar de Vilches. Además de esto erigió D. Rodrigo en la referida iglesia una cofradía titulada de la Santa Cruz, á cuyo cargo y custodia ha estado el milagroso guión y la celebración del triunfo de las Navas con gran solemnidad.

Destruída la fábrica material de este antiguo templo, fué renovada por el año 1553, á devoción de un tal D. Fernando, cuyo apellido y demás circunstancias se contaban en una inscripción de letra gótica grabada en el arco de su portada, en dos renglones medio circulares, que apenas pueden ya leerse, por estar casi borrados. Sobre esta misma ermita trae Martín Ximena en sus *Anales de Jaén* una carta que la ciudad de Baena escribió al príncipe D. Enrique en 1447 sobre que concediese franquezas para la población de un lugar en este sitio, que por yermo y montañoso estaba sujeto á muchos peligros. Ultimamente, cuando la fundación de las nuevas poblaciones de Sierra Morena en tiempo del inmortal Carlos III, en aquel mismo valle,

para aprovechar aquella antigua ermita, se fundó un lugar con la advocación de Santa Elena.

En esta iglesia permaneció la Cruz primacial de que vamos á hablar hasta el 1645, que los vecinos de Vilches, temerosos de que se hurtase aquella reliquia por lo despoblado que había quedado el sitio de la iglesia, la trasladaron con gran pompa, el 28 de Julio, á la iglesia parroquial de su villa, donde le hicieron una hermosa capilla y altar al lado de la epístola del mayor, y se conserva con gran decencia y seguridad, pues está colocada en lo interior del retablo dorado, que forma como un escaparate cerrado con una puerta de dos hojas, todo muy hermoseado y curioso.

Tiene esta Cruz dos varas de larga; su materia es hierro; los brazos, cabeza y cuerpo floreteados, de manera que forman como cuatro cruces, y se continúa con el asta, enmedio de la cual está fija una plancha, de hierro igualmente, que parece servía de escudo, en la que hay algunos agujeros, que se harían de saetazos que en ella dieron; y debajo de esta plancha ó escudo están algunos faldones de la misma materia, todo para defensa y guarda de la persona que llevaba la Cruz. Sobre aquella plancha ó escudo está un brazo con la mano cerrada, tendido el índice, como en actitud de señalar alguna cosa, y dispuesto de modo que se vuelve fácilmente á una y otra parte; lo cual parece haberse puesto para que el cruciferario mostrase con él la parte donde se necesitaba socorro en la batalla, para que acudiesen las tropas á darlo.

El fin del arzobispo D. Rodrigo para usar guión primacial de hierro en la jornada de las Navas, parece sería efecto de la orden expedida poco antes por D. Alonso VIII, relativa á la reformación del lujo y superfluidad en trajes, vestidos y preciosos muebles, para tener de ese modo más propicio al Señor. Orden fué ésta que, como dice el mismo Arzobispo en su historia, fué exactamente cumplida por todos, desde el mismo Monarca al más ínfimo vasallo; pues el mismo D. Alonso mandó que su real cetro se labrase de hierro; el cual, según Martín Ximena, parece se conservaba (y no sé si ahora estará) en la ermita de Nuestra Señora del Castillo de Vilches, colgado con otros hierros extraordinarios que en el lugar de la batalla de las Navas se han hallado: y en atención á esto, nada tiene de extraño que el Prelado mandase hacer su Cruz de materia tan humilde, para dar ejemplo en la reformación al Monarca y demás súbditos.

El dibujo de la citada Cruz que aquí se presenta está exactamente sacado de su original, monumento en verdad de gloriosos recuerdos, y antigüedad digna de conservarse con esmero.

(Del *Semanario Pintoresco Español.*)

NOTAS

(1) La aparición del pastor que guía á las huestes cristianas se tuvo por milagrosa; y muchos caudillos y soldados, y hasta el mismo Rey, creyéronlo enviado del Cielo. Hé aquí cómo refiere este suceso un erudito historiador:

«En esta irresolución se presenta en el campo un anciano, á quien servía de sostén un cayado; parecía un pastor, de traje humilde, de presencia noble.—¿Quién eres y á qué vienes? le preguntó al instante D. Alonso.=Vengo á ofrecer mi ayuda en la cuita y aprieto en que os halláis: nacido en estas sierras, donde han pacentado mis ovejas, conozco sus fragosas veredas y muy ocultos atajos. ¿Queréis dominar la cumbre? Pues bien, seguidme; el Dios que todos adoramos es testigo de la verdad de mis palabras.—Anciano, ¿sabes lo que prometes? repuso admirado el Rey.=¡Oh Príncipe! lo sé; y, en nombre del Cielo, no dilatéis el partir.

»D. Diego de Haro y D. García Romero fueron de exploradores, guiados por el pastor, á descubrir la senda, que vieron ser accesible y segura. Llenos de júbilo, quieren dar gracias al misterioso guía; mas éste no parece, ni se le supo el nombre, ni pudo nadie encontrarle. «Es un ángel, dijo atónito D. Alonso: »el Todopoderoso dirige con prodigios nuestros pasos.»

(2) Primer verso de la traducción del *Te-Deum.*

(3) *Dominus quasi vir pugnator.*—Exodo.

(4) *Evaginabo gladium meum.*—Id.

(5) *Tunc conturbati sunt principes Edom.*—Id.

(6) *Fiant inmoviles quasi lapis.*—Id.

(7) *Quis similis Tui?*—Id.

(8) *Fortitudo mea.*—Id.

(9) *Et comminuam eos, ut pulverem ante faciem venti.*—Psalmo 17.

HOMENAJE Y RECUERDO

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE



HONRA señaladísima me ha dispensado mi excelente amigo el Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa confiándome el encargo de allegar materiales para formar la corona poética que recuerde los méritos y las virtudes de la que fué su amante esposa, su fiel compañera en las alegrías y en los dolores de la vida, de la ilustre poetisa andaluza D.ª Antonia Díaz y Fernández. Yo me limito á dar las gracias á los poetas extranjeros y nacionales, deferentes á mi súplica; y reservo al Sr. Lamarque de Novoa la satisfacción de expresarles su reconocimiento y el mío.

Pero si he cumplido ese encargo como gratísimo deber, no me sucede lo mismo con el que ahora me impone, obligándome á decir en público y letras de molde mi juicio acerca de las poesías inéditas que avaloran la colección presente. Á mejor entendimiento y á pluma más desahogada y discreta pudo y debió fiar ese cuidado, que viérame yo libre de él y con el cambio ganara no poco mi buen amigo. Mucho ha de echar de menos, en esta ocasión, la sabia doctrina del maestro Sr. Fernández-Espino, la variada cultura del Sr. Asensio, la erudición y la autoridad del señor Rubió y Ors, y la atinada y profunda crítica del Sr. Vi-

dart, prologuistas de las colecciones dadas con anterioridad á la estampa por la Sra. D.ª Antonia Díaz (1). Mas si sólo ha buscado quien proclame la verdad con independiente franqueza, quien á la libertad de sus opiniones una el español y castizo respeto para la dama, la sincera afección para la amiga y la admiración para la escritora, no quedará descontento el Sr. Lamarque de Novoa, pues en todo esto ninguno había de aventajarme.

Y ya que he de tratar de las obras de una poetisa, parece este lugar apropiado para advertir que la condición de la mujer española en los pasados siglos no fué la más propicia para el cultivo de las letras; debiérase á la educación que recibía, ó á la burla y animosidad con que la mujer literata era combatida por los escritores. Salváronse del general anatema algunas religiosas como la extática doctora Santa Teresa de Jesús y monjas de distintas órdenes; y apenas si hay memoria de D.ª Feliciana Enríquez de Guzmán y de otras poetisas que sacrificaron en los altares de las musas profanas. Y mientras esto acontecía en nuestra España, en las reducidas y florecientes cortes de los Estados italianos, en Francia é Inglaterra se tributaban homenajes á las mujeres que se distinguían por su espíritu literario y artístico y por el despejo con que manejaban los inextricables negocios de la política. La fama viene repitiendo sus nombres, y consignarlos aquí sería alardear de vana y fácil erudición al alcance de todos.

El siglo XIX, tan grande, y tan calumniado injustamente, que ha destruido preocupaciones sin cuento, que ha confirmado el principio de la igualdad de inteligencias y aptitudes en el hombre y en la mujer, aunque sea todavía cuestión litigiosa la igualdad de derechos políticos (2), ha facilitado á aquélla el estudio de las ciencias y de las letras: el áspero dictamen de los que sólo le permitían la lectura de los libros de rezo va siendo substituido por una idea de justicia que ya no acapara exclusivamente para el hom-

bre la educación y la enseñanza. Por eso, como la literatura, y con especialidad la poesía, son hijas predilectas de la civilización, aumenta el número de las escritoras á medida que la mujer aprende y se ilustra. Muchas hemos contado, y contamos, en este siglo, que atestiguan el talento y la inspiración de las mujeres españolas.

Entre ellas hay profesoras de ciencias morales, Concepción Arenal, para quien es pequeña toda alabanza; novelistas insignes, Fernán-Caballero (Cecilia Bohl de Fauer y Larrea), inimitable por la ingenuidad y la sencillez, Patrocinio de Biedma, María del Pilar Sinués (3) y Emilia Pardo Bazán, sectaria de Zola hasta donde lo consienten los pudores del sexo, émula de la noveladora rusa Tola Dorián, y de Carmen Sylva, la reina de Servia, que separada de la patria y del trono consuela con las galanuras del ingenio sus melancolías de reina y de mujer; autoras de dramas y comedias, Gertrudis Gómez de Avellaneda, que figura entre los primeros dramáticos, y Rosario de Acuña; correctas prosistas, Joaquina García Balmaseda y Ángela Grassi, que siguen á nuestros clásicos, y poetisas, Carolina Coronado, Concepción de Estevarena y Mercedes de Velilla, que enaltecen la literatura castellana. Á otras no menciono, deplorándolo, porque resultaría interminable la enumeración (4). Y aunque dejo aparte á las escritoras regionalistas, catalanas ó gallegas, se escapa de mis labios el nombre de la gran Musa, honor de Galicia, el nombre de la dulce Rosalía de Castro.

Brilla, entre tantas, con luz propia y como estrella de primera magnitud, D.ª Antonia Díaz y Fernández, nacida en la villa de Marchena el 31 de Octubre de 1827, casada en Sevilla con el Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa en primero de Abril de 1861 y muerta en su alquería de *El Pilar* el 19 de Mayo de 1892, á la edad de sesenta y cinco años. Ardua lucha sostuvo en los de su juventud entre la vocación que la impulsaba al estudio de la poesía, que re-

bosaba de su alma, y el temor á la sátira y al sarcasmo con que en aquella época se abrumaba á las escritoras, y particularmente á las poetisas. Aun resuelta su vocación irresistible, aun decidida por el justo medio de dedicar á las letras sólo sus ocios y esparcimientos, aquel temor influyó de manera constante sobre su vida literaria, y únicamente después de larga y fatigosa labor obtuvo la merecida nombradía; si bien cimentada con tal firmeza que ha de resistir al tiempo y al olvido.

Nunca pude leer sus poesías sin experimentar honda emoción; porque creo que ninguna poetisa española ha reflejado su carácter y su personalidad, en sus versos, con tanta fidelidad como D.ª Antonia Díaz de Lamarque. Obsérvase siempre en ellos cierto pudor, cierta graciosa timidez, como si la autora quisiera hacerse perdonar el que sin duda juzgaba atrevimiento de pulsar la lira, el ruido de su nombre, el eco de los aplausos; y por eso huía de las vanidades y exhibiciones mundanas, como si la flor, aun escondida en las espesuras del seto, no delatara su existencia con el aroma al viajero que pasa por el camino.

El Sr. Asensio, en el prólogo de AVES Y FLORES, nos dice de D.ª Antonia Díaz: «Para nosotros su principal mérito, el mayor de sus méritos consiste en unir á tan alta inteligencia toda la sensibilidad y dulzura de un corazón de mujer. El confundirla con los hombres que piensan, sería hacerle la mayor de las injusticias.» En tan breves términos ha tenido el Sr. Asensio la fortuna de condensar cuanto puede escribirse para fijar la personalidad literaria de la Sra. de Lamarque.

Pertenece por el fondo y la forma de sus composiciones á la escuela poética sevillana, y mejor á la moral y filosófica de Rioja que á la arrebatada y grandilocuente de Herrera. Ha espigado en todos los géneros de la lírica, presintiendo ó adivinando la belleza por sus resplandores, como los navegantes adivinan la proximidad de la tierra por los

perfumes que traen las brisas, según la feliz expresión de Teófilo Gautier. Sorprenden la pulcra y extremada corrección de los versos de Antonia Díaz y la candorosa naturalidad de los afectos que agitan su ánimo: encantan los asuntos que caen bajo el dominio de su pluma; seducen y persuaden sus consejos, apólogos y advertencias; enamoran las aspiraciones de su fe cristiana, nacidas de un corazón creyente y puro; y después de leer sus poesías y de cerrar el libro que las contiene, hay que exclamar, pensando á un tiempo en la autora y en la mujer: ¡qué buena!

Así es que cuando ella, por excepción, intenta esgrimir las armas de la sátira ó de la ironía, acude una sonrisa á los labios del embebecido lector, porque la bondad de la escritora ha embotado las flechas y el suave golpe sirve para avisar y no para herir. Abeja trabajadora, fabrica sus panales con las mieles de las flores que crecen en las faldas pintorescas del Himeto y nó con las savias amarguísimas de las que brotan en las adelfas y los jarales. El acre saborcillo de Heine, el ímpetu profético de Víctor Hugo, la nostalgia de Bécquer y el humorismo volteriano de Campoamor han pasado desapercibidos para la Sra. Díaz de Lamarque, sin que por esto haya sido extraña á la evolución realizada en la estética y en el gusto literario, pues su razón, equilibrada perfectamente, no rehusaba asentir á las novedades aceptadas con general consentimiento. En literatura, como en los lances de la guerra, los que van en las avanzadas ocupan siempre la noche antes el campo que ha de ser teatro de la batalla al día siguiente, y cuando suena la hora de la victoria, ó han muerto, ó están lejos de los lugares que fueron los primeros en explorar.

La Sra. Díaz de Lamarque siente el amor patrio con verdadero españolismo; su oda *Á la destrucción de Numancia* es un modelo de poesía heróica, y produce asombro que la poetisa, toda ternura y sensibilidad, haya encontrado tan fácilmente el vigoroso aliento que hace resonar la trom-

pa épica. La guerra de África, tradicional entre los españoles, que desde la rota del Guadalete nunca han dejado de combatir contra los moros, también arrancó patrióticas notas á su lira, tan española como cristiana. Sus leyendas *El ave prisionera* y *El alma de Garibay* son interesantes como las de Zorrilla y tiernas como las de Larrañaga.

En las composiciones inspiradas por un sentimiento político, y que por fortuna son muy escasas, se descubre la bondad ingénita de que nunca se desposee la autora. Pavorízala el fragor de los combates, la atribulan los estremecimientos y las reivindicaciones de los pueblos, la espanta la lucha por el derecho y por la existencia, y sólo desea la paz y la fraternidad. ¡Ah, sí, todos las deseamos como ella, visionaria y soñadora del bien, fuera de la realidad humana! Pero toda fecundidad es dolor: el hijo, al nacer, desgarra el cuerpo de la madre; el labrador las entrañas de la tierra para depositar las semillas; las ideas, como un fuego sagrado, abrasan y consumen á los que las concibieron; las sociedades se regeneran todavía por medio de la espada y la civilización se abre camino engrasando con sangre las ruedas de la locomotora que la conduce á las más apartadas regiones. *¡Dura lex, sed lex!* ¿Ley forzosa, inevitable, á la que el hombre no tiene más remedio que obedecer? ¿Ley arbitraria, forjada por las pasiones y la ambición del hombre? No lo sé; pero hay que acatarla, aunque con profunda tristeza, toda vez que la destrucción y la muerte son gérmenes de renovación y de vida, la cual se mantiene y reproduce con el continuo morir y renacer de las cosas y de los seres.

Hallábame en París en 1889 y visité un día *La exposición histórica de la Revolución francesa,* instalada en el Louvre, en el pabellón de la izquierda, llamado de Flora. Allí se amontonaban los despojos y las reliquias de aquellas terribles escenas y de sus actores; y si tenía señales de lágrimas la tapicería bordada por la inocente hija de

Luis XVI y María Antonieta, en la cautividad del Temple, también las tenía el chaleco de Camilo Desmoulins que bordó la apasionadísima é infortunada Lucila, á quien la guillotina reunió con el marido idolatrado; y de igual modo me conmoví ante la labor de la princesa que ante la labor de la esposa del convencional.—Bustos, estampas, autógrafos, banderas, picas, fusiles, joyas, dijes, adornos, vestidos, cerámica, cuanto puede representar una sociedad y una época se mostraba allí á los ojos del visitante, como sombría resurrección del gran drama revolucionario, evocando sus visiones apocalípticas. La cerámica ofrecía una importante colección de platos, y por sus letreros y dibujos podía seguirse paso á paso la marcha de la Revolución, desde sus primeros movimientos nobles y generosos hasta los días nefastos y aborrecibles del Terror, pasando por la corrupción del Directorio y acabando con la gloriosa tiranía imperial. Había platos del tiempo de la Constituyente y de la Convención, y otros posteriores que revelaban el cansancio y el deseo de la paz: en uno se leía *paix;* [a] en otro *la paix, qui regne ici;* [b] y otro cuyo dibujo del lado derecho figuraba una casa con una bandera y en ella la inscripción *Hotel de la Paix,* [c] tenía á la izquierda esta leyenda: *je desire y arriver.* [d]—Compréndese que la sociedad hondamente perturbada suspire por el reposo y el sosiego, que sólo son altos para reponer las fuerzas y proseguir luego la marcha con nuevos bríos. Los dolores se olvidan, la sangre se borra, disípanse las tinieblas, la luz resplandece y queda reconocido el derecho humano.

Trazados los caracteres generales, bastará individualizarlos y resultará hecho el juicio que merecen las poesías inéditas de la insigne escritora andaluza. Corresponden á

(a) Paz.
(b) La paz, que reine aquí.
(c) Hotel de la Paz.
(d) Yo deseo llegar allí.

varias y distantes fases de su vida, y nótanse las influencias que dominaban en cada una de ellas. Es delicadísima la que con el título *Enigma* dedicó al popular novelista Fernán-Caballero, y digna de superior encomio aquella en que ensalza *El Progreso y la Religión*. Los cantares y las rimas becquerianas ofrecen una apacibilidad filosófica que trae á la memoria las estancias de Fr. Luis de León. Las traducciones, en verso castellano, de dos poesías francesas, una de Lamartine y otra de Menessier, de una catalana, de Rubió y Ors, y de otra portuguesa, de Soares, manifiestan el acierto y la exactitud con que vencía empeños tan dificultosos.—El himno, el cántico de Lamartine *Á Dios,* está vertido de mano maestra: la traductora, en vez de parafrasear, ha conservado los pensamientos, la forma poética, el metro alejandrino ó de arte mayor, tan pomposo entre los franceses, la disposición y estructura de las estrofas, y logrado que cada verso de la traducción encaje en otro del original.

Entre las poesías religiosas resaltan las tituladas *Á la Santísima Virgen María en su soledad, El alma desterrada* y el poema *El triunfo de la Santa Cruz en las Navas de Tolosa,* con el que finaliza esta colección. Podrá discutirse si es un poema ó un canto épico; pero son indiscutibles las bellezas literarias que atesoran sus nutridas y valientes octavas. Mohamed Aben Yacub, el tremendo Emir de los almohades, está retratado con fiereza verdaderamente africana, y el rey Alfonso de Castilla con los tonos guerreros y piadosos del héroe cristiano, que alcanzó tan memorable victoria en premio de su valor y de su constancia. Acaso el lector escrupuloso repare en el olvido de las proezas que hizo en aquel día D. Diego López de Haro, y de las hazañas de otros caballeros navarros, castellanos y aragoneses; pero háse de tener en cuenta que la autora escribe un poema religioso y que sólo invoca á la Musa cristiana para cantar la poderosa fe que guiaba á los paladines, la inter-

cesión del apóstol Santiago, la milagrosa aparición de la Virgen Inmaculada, que puso cobardía y espanto en los corazones de los musulmanes, y la de la Santa Cruz, signo visible del divino favor acordado á los que por ella combatían.

¿Para qué he de citar aquí los rasgos principales de tantas composiciones poéticas, si el lector las ha saboreado, sin duda con deleite, antes de llegar á este punto? Por eso creo que conviene omitirlos, no por el temor de enojar con las repeticiones, pues el que pudiera asaltarme sería el de que tuviéraseme por devoto y parcial de la autora; y no por mi descrédito sino porque redundara en su perjuicio. Mas yo protesto de que la rígida verdad ha guiado mi ánimo y movido mi pluma, y de que la digo tal como la entiendo, sin que la comezón de la crítica me lleve á rebuscar ó inventar manchas en el sol, en el que aseguran que las ven los astrónomos.

Así como Tácito daba testimonio de su imparcialidad afirmando que no había conocido á Othón, Galba y Vitelio ni por sus agravios ni por sus beneficios, yo declaro, en testimonio de la mía, que sólo he conocido á la Sra. Díaz de Lamarque en sus años postreros, habitando la deliciosa alquería de *El Pilar,* y minada por incurable dolencia. El Sr. Lamarque de Novoa, eximio poeta y literato, político honrado y leal, cualidades que van siendo inapreciables por su rareza, resolvió huir de las ciudades y del *mundanal ruido* y gozar de la *descansada vida* que cantó el lírico castellano. Como por ensalmo formó en Dos-Hermanas, frente á la estación del ferro-carril, á dos leguas de Sevilla, la magnífica propiedad donde los primores del arte se juntan á los de la naturaleza: la casa, que semeja antiguo castillo, se levanta, con sus torres almenadas, entre arboledas y jardines, al fin del paseo que á ella conduce, bordeado por erguidos álamos que cimbrea el viento con un manso susurro: los naranjos, en primavera, esmaltan el

verde color de sus hojas con el blanco del azahar, rico en olores, y en otoño con el rojizo de sus refrescantes y apetecibles frutos: más lejos, el umbroso pinar resguarda de los ardores del estío, y rústico asiento rodea el tronco de un olivo centenario, que ha quedado solo entre los pinos: la ría, surcada por sutil barquichuelo, circunda la isla del faro, cuyo fulgor aparta de las fingidas sirtes á los nocturnos navegantes: grutas de estalactitas aparentan las maravillosas construcciones de las aguas subterráneas: las flores que cría el terreno medran por todas partes al aire libre, y las begonias, las nejelias y otras plantas, que parecen de terciopelo al tacto y á la vista, desterradas de los climas tropicales, viven en la prisión de los invernaderos, prestándoles la industria el calor del suelo nativo. Un Museo de Historia Natural, que guarda valiosos ejemplares de los reinos que la constituyen, y un castillejo con los muros aportillados, mochas las almenas y las gradas invadidas por los matorrales, nos dicen que en la alquería de *El Pilar* se harmoniza el estudio de las ciencias con el culto español y caballeresco á las tradiciones venerandas.

Un risueño día de primavera, hará ya cinco años, visitamos la alquería cuatro amigos: Luis Montoto, envidiable poeta y prosista clásico, Manuel Cano y Cueto, que ha heredado el estro legendario del Duque de Rivas, Francisco Ruiz Estévez, discretísimo y laureado poeta, y el que escribe estas desmañadas líneas. Yo era el único, de entre ellos, que por vez primera iba á presentar el homenaje de mis respetos y de mi admiración á la poetisa D.ª Antonia Díaz de Lamarque.

Los álamos, con la movible bóveda de sus hojas verdes y plateadas, nos protegían contra los activos rayos del sol; los pájaros, en numerosos y nunca perseguidos bandos, nos daban la bienvenida con sus gorjeos; las flores y los naranjos cubiertos de azahar embalsamaban el aire tibio; reflejábase la luz solar en las perezosas aguas de la ría, y

los peces, asomando á la superficie, se agolpaban hacia el embarcadero, desde el cual una mano amiga solía regalarles con el pan desmigajado que era para ellos alimento sabrosísimo.

Al entrar en la casa encuéntrase á la derecha la Biblioteca, compuesta de escogidos volúmenes, y á la izquierda el salón en cuyas obscuridades centellean el acero de las espadas, pendientes de las panoplias, y las armaduras que como inmóviles guardianes ocupan los ángulos. Este salón comunica con la capilla, de estilo gótico, con un altar en el que se adora la efigie de la Concepción, copiada de la que pintó el inmortal Murillo. En todos los aposentos de la casa se ven esmeradas labores debidas á las hábiles manos de la dueña hacendosa, lienzos de celebrados pinceles, muebles antiguos y objetos de gran valor, que demuestran el desprendimiento y el gusto artístico de los señores de aquella morada. Y si no fuera indiscreción y faltar al secreto que la caridad exige, yo diría también las lágrimas enjugadas, los dolores consolados y las miserias socorridas desde la alquería de *El Pilar*.

Nos recibió amistosamente el Sr. Lamarque de Novoa, y pasamos luego á saludar á la insigne poetisa. Mientras subía la amplia y bien decorada escalera, recordaba yo el retrato que María del Pilar Sinués había trazado de Antonia Díaz en *El Correo de la Moda*, correspondiente al 24 de Junio de 1861, en las siguientes palabras: «Antonia Díaz, hoy señora de Lamarque, es de estatura mediana y de formas llenas de encanto y delicadeza: sus ojos rasgados y negros, sus cabellos obscuros y sedosos, su tez blanca y rosada, su diminuta boca y su despejada frente hacen de Antonia Díaz de Lamarque una bellísima joven, al mismo tiempo que su talento la ha hecho una de nuestras más eminentes poetisas, y su hermoso carácter un modelo de virtudes.»

Aun no había acabado de delinear con la imaginación

este retrato, cuando me hallé en presencia del original. Pero el tiempo no pasa en vano, y de aquella Antonia, descripta tan al vivo por María del Pilar Sinués, sólo quedaban un cuerpo débil, enfermizo, y un rostro dulce y pálido, cercado de cabellos grises, en el que brillaban los ojos, grandes, negros, rasgados, reveladores de la vida, de altísima inteligencia y del dolor sufrido con resignación cristiana. La ilustre señora tuvo para nosotros acentos cariñosos, inflexiones casi maternales, irradiándonos y envolviéndonos en el amor inmaterial y purísimo que consagraba á la poesía: habló, seguramente sin quererlo, como maestra, por la enseñanza, y, por el afecto, como madre; y nosotros la escuchábamos respetuosos como hijos y admirados como discípulos.—Yo, en silencio, recordaba haber visitado á Fernán-Caballero y á Gertrudis Gómez de Avellaneda cuando entrelazaban los laureles del genio con la corona de la ancianidad venerable.

Cuatro años corrieron, y la poetisa andaluza entregó su nombre á la posteridad y su alma al Creador. El sol de Mayo, el cantar de las aves y los aromas de las flores, que tantas veces inspiraron su mente, la acompañaron en el misterioso y supremo tránsito, esclarecido para ella por la antorcha vivísima de la Fe, agitado con el batir de las alas y rumoroso con el alegre clamoreo de los espíritus celestiales, que la llamaban al seno de Dios! ¡Alegrías del cielo, lágrimas y bendiciones de la tierra!

En estos días últimos del otoño he vuelto á la alquería: un viento frío azotaba mi rostro, las ramas escuetas y blanquecinas de los álamos, desnudas de follaje, y los pinos que vibraban con un són doliente: las hojas secas, crujidoras y quebradizas, tapizaban las sendas y los caminos y tendían un lecho amarillento sobre las aguas, sin ondas ni murmurios, del humilde riachuelo: las aves habían enmudecido, y muerto las flores, como seres y cosas inútiles, desaparecida la que oía sus cantos, la que aspiraba sus perfumes, la que

espera en el cementerio de la villa de Dos-Hermanas la hora de reposar en la capilla gótica de su alquería. Allá en la casa, dormida en una quietud y un recogimiento de claustro, todo habla de la dueña ausente: el saloncito donde ella trabajaba ó escribía conserva los muebles y objetos de su uso, convertidos en sagradas reliquias: iluminábalo un rayo del sol poniente, que penetraba por los balcones, acariciando un retrato de Antonia Díaz que la representa en la plenitud de su hermosura y de sus años juveniles. En el muro opuesto, obscurecido por la sombra, otro retrato reproduce sus facciones ya marchitas por la edad y por las dolencias. Creyérase que el Sr. Lamarque de Novoa ha erigido en aquella estancia el altar de sus lares domésticos, presidido por su virtuosa y llorada compañera, la poetisa que podía decir con inefable sinceridad: «mi lira es mi alma.»

¡Lira gloriosa, y alma justa!

JOSÉ DE VELILLA.

Sevilla 26 de Noviembre, 1893.



NOTAS

(1) Son éstas: POESÍAS, un volumen: FLORES MARCHITAS, dos volúmenes: AVES Y FLORES, un volumen: POESÍAS RELIGIOSAS, un volumen.

(2) En Noviembre de 1893 se ha aprobado en Inglaterra, por la Cámara de los Comunes, un proyecto de ley concediendo á la mujer el voto en asuntos municipales. Dúdase de que lo sancione la Cámara de los Pares.—En el Colorado, uno de los Estados Unidos de América, acaba de votarse la ley que iguala á la mujer y al hombre en el goce de los derechos políticos.

(3) Muerta el 20 de Noviembre de 1893, el día mismo en que escribo esta página.

(4) Recuerdo las siguientes, á más de las que se refieren en el texto: María Amalia de Sajonia, Reina de España, casada con Fernando VII y muerta en 1829; Francisca Larrea (madre de Fernán-Caballero), Margarita López de Morlá, Amparo López del Baño, Robustiana Armiño, Emilia Mijares, Micaela Silva, Rosa Butler, Elena G. de Avellaneda, Isabel Villamartín, Emilia López, Julia Asensi, María Baraibar, Concepción Jimeno, Eulalia B. Patier, Emilia Calé Torres, Josefa Estévez, Blanca de Gassó (víctima de infeliz tragedia), Isabel Cheix, Susana Lacasa, Amalia Domingo, Carolina López de Letona, Enriqueta Lozano de Vílchez, María Mendoza, Ermelinda Ormaeche, Sofía Pérez Casanova, Amalia Fenolloza, Carlota del Riego Pica, Blanca de los Ríos, Faustina Sáez de Melgar, Josefa Ugarte Barrientos, Sofía Tartilán, Elisa Luxán, Clemencia Larra, Isabel Camps, Esperanza Gallego, Dolores Cabrera, María Josefa Massanés, Dolores Moncerdá, Ángela Mazzini, Antonia Rodríguez de Ureta, Dolores Rodríguez de Tió, Isabel E. de Marassi, Vicenta García Miranda, Aurora Lista, Rosa Aparici, Matilde Gómez, Elisa Marín Baldo, Josefa Gutiérrez, Carolina Soto y Corro, Filomena Datto de Muruais, la Serma. Infanta de España D.ª Paz de Borbón, Sor María de los Ángeles (en el siglo Victorina Sáenz de Tejada), Sor Felisa (monja en Zaragoza, premiada en el *Congreso Eucarístico* celebrado en Valencia, Noviembre, 1893) y Carolina Valencia. Perdónenme y ténganse por nombradas las que haya omitido por ignorancia mía ó flaqueza de la memoria.

CORONA POÉTICA

Para la colocación de las composiciones que siguen se ha observado el orden alfabético de las iniciales de los apellidos, con excepción de las suscriptas por señores sacerdotes, á los que se ha dado preferencia por la dignidad de su carácter.



Á LA ILUSTRE MEMORIA

DE MI PREDILECTA AMIGA Y DISTINGUIDA MADRINA

LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

SONETO

Extiende el Ángel de la Muerte, en vano,
Sus alas de crespón sobre tu frente,
Aunque apagó con hálito inclemente
De tu mirada el brillo soberano;

Que no puede alcanzar su imperio insano
Á un mundo superior, todo esplendente,
En que, de sacra inspiración fulgente,
Tu numen se elevó, rico y galano.

Vive tu imagen cándida y bendita
De nuestro tierno amor en la memoria,
Y en tus obras virtud, que al bien excita:

Viven, con lauros de preclara historia,
Tu forma, en rayos de la Fe descrita,
Y tu espíritu en Dios, vida de gloria.

Sor M.ª de los Ángeles.





ANTONIA

ERA en tí el ideal, como en el alba
Las nacaradas tintas,
Que en ondulantes vibraciones llevan
Los reflejos del día.
Se ocultaba en tu sér el sentimiento
Como esencia exquisita
De una flor invisible, que del alma
Al calor generoso se entreabría.
Era tu corazón altar preciado
Donde culto tenían
La verdad, el amor y los recuerdos,
El bien y la justicia.
Tu alma era santuario que guardaba
Las virtudes sencillas
Que hacen tan fuerte á la mujer cristiana,
Que en ellas se sublima.
La pureza, la fe, la mansedumbre,
La caridad bendita,
La lealtad, la modestia, el entusiasmo,
Norma eran de tu vida.

Amabas á las aves y á las flores
Porque ellas simbolizan
La inocencia, la gracia, lo inefable
Que hallabas en tí misma.
Las flores y las aves semejaban,
Para tí, notas vivas
De ese himno que hasta Dios desde la tierra
Se eleva cada día.
Y en su ritmo de esencias y colores,
En la eterna harmonía
Que vibra con la luz en el espacio
En ondas fugitivas,
Se anegaba tu noble pensamiento,
La inspiración sentías,
Y á cuanto bello y puro hay en la tierra
Consagrabas tu dulce poesía...

Calló tu voz en el mutismo eterno,
Mas tu palabra vibra
En las preciadas hojas de tus libros,
Á los que diste inextinguible vida.

PATROCINIO DE BIEDMA.





AVES Y FLORES

Á LA MEMORIA DE MI BUENA Y QUERIDA AMIGA

LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

DESCANSE en paz el corazón humilde,
Tan delicado y tierno,
Que sólo para amar tuvo latidos,
Que sólo para amar vino á este suelo!
¡Descanse en paz la noble inteligencia,
El inspirado genio,
De aquella que las *Aves y las Flores* (1)
Por hermana dulcísima tuvieron!
Almas como la suya son palomas
Mensajeras del Cielo,
Y cruzan por la tierra sólo á darnos
De modestia y virtud grandes ejemplos.

¡Buena amiga! Los rayos de tu gloria
Son vívidos reflejos,
Y forman como estela refulgente,

(1) Título del segundo tomo de sus poesías, recientemente pu[illegible]

Que va tus pasos por do quier siguiendo.
Violeta de humildad, tu dulce nombre
Hoy repite la fama en altos ecos;
Justo premio del mérito, que ignora
Lo que merece su valor inmenso.
¡No logrará la muerte tu memoria
Borrar de nuestro pecho;
Que el que vive cual tú no muere nunca,
Antes vive por siempre su recuerdo!

Flores que en el Edén donde vivía
Á su sombra crecieron,
Mirándola inclinarse cariñosa
Para besar los matizados pétalos;
No era el rayo del sol quien impulsaba
Á doblar vuestros cálices soberbios
Y sacudir las perlas de rocío
Como llanto de amargo desaliento,
Cuando de vuestra dueña idolatrada
Visteis pasar el fúnebre cortejo;
¡Al perder la más tierna protectora,
Era justo, y bien justo, vuestro duelo!

Aves que de sus manos generosas
Recibíais alimento,
Y encantabais las horas de su vida
Con vuestros dulces, tímidos gorjeos:
Cuando el espacio azul ibais cruzando,
Y á los rayos de un sol vivo y risueño
Visteis pasar de vuestra dueña amada
El enlutado féretro;
¿No es verdad que un temor grave y profundo,
Un triste desconsuelo,
[illegible]s cantos de amor y de alegría
[illegible]ar en funeral concierto?

¡Descansa en paz! repiten nuestros labios,
Y de amargura llenos,
Al par, los corazones que te aman
Viven sin luz, sin paz y sin consuelo:
El llanto del dolor nuestras mejillas
Escalda como fuego,
Y si flores queremos ofrecerte
Le sirven nuestras lágrimas de riego.
¡Aun tu sombra querida contemplamos,
Aun nos parece percibir tu acento;
Y es que seres cual tú no mueren nunca,
Porque vive en las almas su recuerdo!

¡Estrella de suaves resplandores,
Tan puros y tan bellos,
Que con rayos de luces eternales
Iluminas del mundo los senderos;
Paloma que á otros valles más dichosos
Has levantado el vuelo;
Ruega por los que lloran y al perderte
Su ventura perdieron!
¡Bendita sea la fe que nos alienta
Al pensar en los muertos,
Y nos hace del polvo de su tumba
Alzar los ojos y mirar al Cielo!

ISABEL CHEIX.

20 Mayo 1892.





AN ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

WIE ein Geschöpf aus fernen Himmelszonen
Bist du, seit ich dich kenne, mir erschienen,
So körperlos mit deinen sanften Mienen
Schienst auf der Erde kaum du noch zu wohnen.

Ich sah im Geiste dich schon jenseits thronen
Zur Seite Gottes, um ihm stets zu dienen
In jener Schaar von hehren Cherubinen,
Die jauchzend ihn umringen durch Äonen.

Drum hat der Tod auch nimmer dich getroffen
Gleich einem Blitz, der jäh zu Boden strecket,
Nein, wie ein Strahl, der Dich erst recht erwecket.

Zur wahren Heimath, die dem Gläub'gen offen
Du bist jetzt dort, wir dürfen nimmer klagen,
Da wir als Heil'ge Dich im Herzen tragen.

LOUISE FASTENRATH
GEB. GOLDMANN.

Köln 18. 8. 1892.



TRADUCCIÓN DE LA POESÍA ANTERIOR

Á ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

COMO divina aparición del Cielo
Á mis ojos, Antonia, te ofreciste,
Gentil y pura, y de la tierra triste
Dispuesta siempre á remontar el vuelo.

Te imagino, y me sirve de consuelo,
Allá en el coro que al Eterno asiste,
Donde no hay tiempo ni la noche existe,
Y el alma cumple su ferviente anhelo.

No ha sido, Antonia, para tí la muerte
El rayo que destruye y nos espanta;
Chispa ha sido que en ángel te convierte.

La patria celestial huella tu planta...
¡Envidia, y no dolor, causa tu suerte,
Y será tu recuerdo el de una santa!

J. DE V.

Colonia 18. 8. 1892.





Á LA MUERTE DE LA ILUSTRE POETISA SEVILLANA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

CÓMO cantar, en reposada calma,
Lo que no existe, quien lo amaba tanto?
¡Oh, dejad por los cauces de mi alma
Juntos correr la admiración y el llanto!

Nó, no era Antonia la locuaz cantora
De las hadas, las perlas y la brisa,
Ni la vulgar, anémica poetisa,
Que, sin fe ni vigor, suspira y llora.

Dueña del habla y del pensar señora,
Con dobles alas remontando el vuelo,
Siempre á la luz su inspiración guiaba,
Siempre su pensamiento se elevaba,
Como la llama de la antorcha, al Cielo.

Mas para verte, Antonia, como vives
Dentro del pensamiento que te admira,
Donde suena tu voz como una lira

Y eterno culto y oblación recibes,
Fuerza es que el alma sus miradas vuelva
De la vida al Oriente y se resuelva
Los campos á cruzar de la memoria,
Campos hoy de dolor si ayer de gloria,
Donde en la tumba de mi madre helada
Y en tu recién abierta sepultura
Toda mi juventud yace enterrada!

¡Mas puede revivir! Tu imagen pura
La estrella fué de mi primer aurora:
Hecha de amor, de sueño y de ternura,
Todo tu sér cantaba y esplendía.
Cuando hablabas, tu labio se encendía,
Tu palabra sonora
Rayos de viva lumbre despedía;
Y no eras, nó, la tierna rimadora,
Sino la misma inmaterial Poesía!

¿Quién sabe? ¡Acaso en la noción primera
La esencia de las cosas se percibe,
Acaso el alma al despertar recibe
La impresión de la vida verdadera!

¡Todo era entonces luz, todo harmonía,
Y hasta las mismas tristes realidades,
Perdiendo su aspereza de verdades,
Se esfumaban en vaga lejanía!
Entonces, todo en derredor tenía
Resplandor de crepúsculo indeciso,
Y, ave del Paraíso,
Cantaba junto al sol mi fantasía!

¿Qué mucho, si escondida y misteriosa
La inspiración divina revolaba

En torno de mi cuna y se albergaba
De mi madre en el alma generosa!
¡Mi madre, que mis sueños arrullaba
Con versos de Zorrilla y de Espronceda
Y en su viril espíritu llevaba
El estro de la insigne Avellaneda!

¿Qué mucho, si al sentir mi alma inocente
Esa callada iniciación sublime
Que el puro beso maternal imprime,
Como abriendo sus cauces á la mente,
Sentí en mis venas el amor del Arte;
Qué mucho que al mirarte
Hecha de luz, de gracia y de belleza,
De todas las virtudes caudalosa
Y amadora de toda gentileza,
Viendo tu frente hermosa
Bañada por el sol de Andalucía,
Y en luz de inspiración transfigurada,
Qué mucho que entusiasta el alma mía,
Dijese: «¡Esta mujer, cifra y modelo
De todos mis eternos ideales;
Este sér todo luz, todo harmonía,
Todo amor y transportes celestiales;
Este espíritu augusto, es la Poesía!

BLANCA DE LOS RÍOS
DE LAMPÉREZ.

Madrid, 24, Diciembre 92.





Á LA MEMORIA DE LA DULCE POETISA

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

NACIÓ al arrullo de blanda brisa
Cerca del Betis murmurador,
Y de sus labios casta sonrisa
Surgió al materno beso de amor.

El sol brillante de su alborada
Vióse en su frente resplandecer,
Dando á sus ojos lumbre sagrada
Y á sus mejillas el rosicler.

Rica en colores su fantasía,
De la ignorancia rompió el capuz,
Y el sacro fuego de la poesía
Dió á sus ideas fúlgida luz.

En la fecunda Castalia fuente
Su numen claro fertilizó,
Y con acento puro y ardiente
Lo más sublime tierna cantó.

Cantó el misterio de lo infinito,
Cantó lo hermoso de la virtud,
La fe cristiana, ¡culto bendito!
Y de los Cielos la excelsitud.

Cantó las glorias de los que, un día,
Justa la fama con lauro ornó,
Y en el sosiego de su alquería
Aves y flores, dulce, cantó.

Y así, del mundo cruzó el sendero,
Con sus endechas sembrando el bien,
Feliz al lado del compañero,
Que el plectro de oro pulsó también.

Juntos cantaron de sus amores
Tiernos idilios en el laud,
Como pareja de ruiseñores
Trinan amantes en su quietud.

Pero la impía mano, alevosa,
De la que mata sin compasión,
Aquellos lazos cortó envidiosa
Y de la musa la inspiración.

Á los espacios sones suaves,
Del alma esencia pura y sin fin,
Dió la cantora, como las aves,
Como las flores de su jardín.

Así, entre aromas y entre harmonías,
Su noble espíritu, que ardió en la fe,
Otras fragancias y melodías
Á las alturas buscando fué.

Cese el amargo, doliente lloro,
Que la poetisa, de gloria en pos,
¡Ya, coronada con nimbo de oro,
Mora en el Cielo, cantando á Dios!

CAROLINA DE SOTO Y CORRO.

Madrid, 1892.





Á LA MEMORIA DE LA ILUSTRE POETISA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

PASASTE sobre el mundo
Cual águila altanera,
Sin abatir tus alas
Al polvo de la tierra,
Ciñendo la aureola
Divina del poeta,
Cantaste las virtudes,
La gloria y la belleza...
Tu musa, enamorada
Del Cielo, mal pudiera
Bajar de las pasiones
Á la candente arena,
Ni celebrar, cantando,
La terrenal miseria.

Como ave enamorada,
Viviste junto al soto;
Y poseyendo el trino
Del ruiseñor canoro,

Alzaste tus endechas,
Tus cánticos de gozo,
Tus trovas regaladas,
Tus himnos religiosos,
No del revuelto mundo
Entre el bullicio ronco,
Sino en el centro umbrío
Del bosque nemoroso...

Hoy, huérfana, enmudece
La lira que pulsaste,
Y á la que en dulces notas
De rústicos cantares
Contaron sus secretos
Las flores y las aves.
Dejémosla que llore
Sus tristes soledades;
Y solitaria y muda
Colguémosla del sauce
Que de tu huesa helada
Cobije los umbrales.

Allí, donde por ella
Tu sombra amiga vele,
Sin permitir que manos
Profanas la descuelguen,
Arrullará tus sueños,
Con música solemne,
Cuando en sus cuerdas vibren
Los céfiros campestres,
En tanto que otros vates
Á tu memoria ofrecen
En túmulos de palmas
Coronas de laureles.

CAROLINA VALENCIA.



Á LA MEMORIA DE LA EMINENTE POETISA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ Y FERNÁNDEZ

SONETO

VIBRÓ en su lira la postrera nota,
Y en sus labios el último gemido;
Su espíritu, del polvo desprendido,
Surcó feliz la inmensidad ignota.

El cuerpo inerte, con el arpa rota,
Al fondo de la tumba ha descendido:
Tesoro de virtud desparecido,
Raudal de inspiración, que ya no brota.

Ella, al partir hacia el divino puerto,
Dejó cerrado al bien y á la alegría
El templo de su amor, su hogar desierto;

Mas si lo cierra la desgracia impía,
Otro á su nombre resplandece abierto:
El templo de la gloria y la poesía.

MERCEDES DE VELILLA.

Sevilla: Mayo, 1892.





Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

EMINENTE POETISA

SONETO

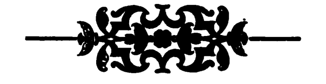
La dió el Señor espíritu creyente
Y corazón del bien apasionado;
Miró al pobre, del mundo abandonado,
Con caridad activa, diligente.

La llama de su genio refulgente
Halló en la flor, de aroma regalado,
Y de las aves en el trino harpado
La enseñanza moral más elocuente.

Entre honores y lauros fué modesta,
Cual la violeta, que su gracia oculta;
Modelo de la esposa amante, honesta,

Supo ser á la vez, la Dama culta,
Honrando de las Musas la floresta,
Do su ciencia y virtud nos deja esculta.

Francisco Bermúdez
de Cañas, Pro.





Á LA POETISA EMINENTE
GLORIA DE ESPAÑA, PREZ DE SEVILLA,
EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

EPITAFIO

Non est mortua... sed dormit.
S. Luc., c. VIII, v. 52.

No lloréis, que no está muerta!
Brilló en celestes *Loores,*
Cantó con los *Ruiseñores,*
Se adormeció entre las *Flores*
Y... en la eternidad despierta,
Coronada de esplendores.

Cayetano Fernández, Pro.





AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

EN LA SENTIDÍSIMA MUERTE DE SU ESPOSA
LA EXIMIA POETISA

EXCMA. SRA. D.ª ANTONIA DÍAZ

VUELVO á pulsar la lira abandonada,
En expresión de mi dolor acerbo,
De la insigne, dulcísima poetisa,
En el profundo, imponderable duelo.
Del morir el problema pavoroso,
Con nueva faz, surgió en mi pensamiento,
De tan dulces acordes y harmonías
Ante su mudo, fúnebre silencio.
Que quien la vió y la amó, mira extinguidos
La viva luz de su preclaro ingenio,
El ritmo incomparable de su lira,
La dulce inspiración que le dió el Cielo;
Y aquel celeste engarce, triste, evoca,
De opuestas dotes que, en feliz acuerdo,
Un alma excepcional, juntas, formaron,
De grandeza y candor dechado egregio.
. . . .
¡Sentir reverberar dentro del alma
La irradiación espléndida del genio,

Que lo vulgar y lo inferior desdeña,
En nativa impulsión y desapego;
Y del pecho arrancar el noble orgullo,
Que revela al espíritu selecto,
Su augusta distinción, luz y horizontes
Sólo á las almas de elección abiertos;
Y mientras brilla en los velados ojos
La excelsa lumbre, reflejada en ellos,
Cruzar la vida, su radiante estela
En modestia y piedad obscureciendo!
Dulce, creyente, retirada y pura,
Los efluvios del numen lisonjeros
Nunca á la casta, á la cristiana esposa
En sueño halagador desvanecieron.
Hoy, tras su muerte inolvidable y santa,
Con asombrada admiración contemplo
Del poeta y esposo inconsolable,
El escogido, abrumador tormento.
En el frondoso, encantador retiro,
De donde á Dios se alzara, en raudo vuelo,
En donde estancias, árboles y flores
Vivos evocan punzador recuerdo;
Donde los ojos encontrar esperan
Su trasparente sombra, recorriendo
El bosque amado y el verjel riente,
Que cuidó con solícito desvelo;
Donde, en la fuente, como en nido y flores,
Impreso queda el venerable sello
Del sér querido, que, en reposo mudo,
Dejó cuanto sus manos removieron;
Vive, con estos ecos animando
El adorado y torcedor recuerdo,
Su amante admirador y egregio vate,
De su vida el ilustre compañero.
Cuando el hirviente sol su luz envíe,

Los días transparentes y serenos,
En leve lluvia, como polvo de oro,
Con que fecunda el palpitante seno
De la tierra del astro enamorada,
Y abre la flor sus pétalos de fuego
Para embriagarnos con su dulce aroma,
Y murmura la fuente en ritmo bello,
Y aturdida y feliz el ave canta
Entre las flores del pensil ameno,
Y la crespa melena de las frondas
La brisa mueve en harmoniosos ecos,
Y brota en corazones juveniles,
Aun al dolor y al desencanto ajenos,
Himnos de alborozada primavera,
Cantos de amor renovador y eterno,
Y con luces, colores y harmonías,
Hada prestigiadora del deseo,
Naturaleza, la eternal sirena,
Robarle quiera al fervoroso duelo,
Á la tristeza, permanente huésped
Del solitario, dolorido pecho,
Del vate y del esposo inconsolable
Habrá de responder el sentimiento:
«Su desposada fiel, mi alma creyente,
Perenne culto en su orfandad rindiendo,
Con la cristiana fe, firme levanta
Sobre el roto prestigio de sus sueños,
Sobre luces, colores y harmonías,
Sobre toda la vida, su recuerdo.»

ELOY GARCÍA VALERO, PRO.





EN LA MUERTE DE LA INSPIRADA Y EMINENTE POETISA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

SONETO

Espíritu inmortal, alma que al Cielo,
Fuente de inspiración y de harmonía,
De torrentes de luz y de poesía,
Rica en virtudes remontaste el vuelo:

De allí bebiste en fervoroso anhelo
La viva llama, que en tu pecho ardía,
La dulce paz, la sólida alegría,
El santo amor y celestial consuelo.

Y el ángel fuiste del hogar bendito,
Cantora, á cuyas plácidas canciones
Himnos Iberia de loor entona.

Mientras en trono excelso el Infinito,
Entre delicias de inefables dones,
Da á tus virtudes eternal corona.

Luis Herrera, Pro.





VÉN Á MI LADO

EN LA MUERTE DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Los rítmicos acordes de su lira
Cantaron de las *Aves y* las *Flores*
Los tiernos y purísimos amores,
Sin mezcla de vileza ni mentira.

Si el fuego sacro de la Fe la inspira,
Es su pluma pincel que, con fulgores,
Como nimbos de gloria, los dolores
Pinta del mártir que por Dios espira.

Y al ver el Hacedor que en esta esfera,
Albergue sólo de miseria y duelo,
Moraba un ángel que cantar debiera

Con los que en su redor tienden el vuelo,
Á un querube mandó que descendiera,
Y entre sus brazos lo llevase al Cielo...

JOAQUÍN ALCAIDE Y ZAFRA.

Sevilla, Enero de 1893.





ANTONIA

La madre Tierra me llama, como antes te ha llamado á tí, mi buena amiga: te dirijo, pues, la palabra, por la última vez, desde la región de los que lloran, porque nos hemos de ver pronto, y entonces te contaré historias de este mundo, que desconoces, afortunadamente, por completo. Perdona que coloque mi pobre pensamiento entre tantos hermosos y bien expresados: el mal dejó mi cerebro torpe y más torpe aún el brazo con que te saluda *hasta luego* tu antiguo y respetuoso amigo,

ROMUALDO A. ESPINO. (*)

(*) El insigne poeta y docto catedrático del Instituto de Cádiz, doliente de una grave parálisis, dedica á la ilustre finada este recuerdo, que, aun escrito en prosa, colocamos entre las poesías. Sirva de explicación, y de conocimiento del estado del Sr. A. Espino, la siguiente carta:

Cádiz, 24 de Enero de 1893.

Sr. D. José de Velilla.

Apreciable amigo: Supuesto que lo que quiere V. es mi firma, ahí va para que su humildad se enaltezca al contacto de otras más excelsas, y entre ellas la de V. Siento no poder hacer nada mejor ni más largo, que son muchos los méritos de la finada y no menos los de su inconsolable viudo; pero no puedo: estoy agotado y, á más, ya V. me vió, enfermo. Discúlpeme V. con el Sr. de Lamarque: y reciba las gracias por su afectuosa visita.

Afectos á todos igualmente, y mande en lo que pueda servirle á su desdichado amigo

Q. B. S. M.

ROMUALDO A. ESPINO.



Á LA EMINENTE POETISA SEVILLANA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

CRUZANDO por el mundo, refulgente
Luciera por doquier en tu camino
El fuego celestial, fuego divino
Que reflejara tu grandiosa mente.

De tu virtud el delicioso ambiente,
Cual genio seductor y peregrino,
Trocaba de los seres el destino,
Siendo de Dios el poderoso agente.

Saliste de este valle de dolores,
Y, exhalando quejido lastimero,
Con religioso amor, *Aves y Flores*,

Darte creyeron el adios postrero;
Mas, siguiendo tus huellas, paso á paso,
Te hallaron inmortal en el Parnaso.

MIGUEL ARENAS DEL ESPINO.

Alicante, Diciembre de 1892.





RECUERDO

I

Como invisible flecha disparada
Que silba, llega y atraviesa dura
El corazón del fuerte;
Así, en carta fatal, de negro orlada,
Á penetrarme vino de amargura
La nueva de tu muerte.

II

¡Oh Antonia, oh santa, oh musa verdadera,
De noble corazón y entendimiento
Y noble poesía!
Dentro de tí, como en su propia esfera,
Forma y color, sonido y pensamiento
Palpitaba y vivía.

III

Arpa colgada de laurel frondoso,
Que al soplo de los vientos vibra y canta,
En tu retiro fuiste.

Ecos del campo y del amor hermoso,
Rugidos fieros de la lid que espanta,
Todo lo repetiste.

IV

Cantaste del hogar los goces puros,
La escondida virtud del inocente,
Sin nombre y sin historia.
Por tí también, de entre sus rotos muros,
Alza Numancia la serena frente,
Coronada de gloria.

V

Y vemos de una parte el no domado
Valor, y la fortuna de otra parte
Y el éxito vencido:
El triunfador confuso y humillado,
Y el ancho escudo del sangriento Marte
Dando sombra al caído.

VI

Que era tu inspiración, oh poetisa,
Por tus sonoros versos derramada,
Bálsamo de consuelo;
Dulce como el susurro de la brisa,
Grande como la mar ilimitada
Y pura como el Cielo.

VII

Has muerto, sí; mas no vieron mis ojos
Tu lindo rostro por la edad surcado,
Ni cana tu cabeza;

Ni tus mejillas sin sus tintes rojos,
Ni tu ligero pie ya fatigado,
Ni mustia tu belleza.

VIII

Así, por siempre, en la memoria mía,
Joven, gentil y difundiendo amores,
Permaneces y vives:
Y pienso, Antonia, verte todavía
Que en tu ameno jardín, rico de flores,
Vagas, sueñas y escribes.

IX

Allí, bajo la sombra fresca y verde,
Meditación, lectura, pensamiento,
Sondear lo futuro!
Amistad que ni olvida, ni se pierde,
Y de invisibles alas movimiento
Sobre árboles y muro!

X

¡Ay! Si es el alma eterna peregrina
Y vida nueva en el sepulcro toma,
Y ve lo que ya es ido....
De la suprema esfera cristalina
Tú bajarás, con vuelo de paloma,
Á tu jardín querido.

XI

Está lleno de tí: rumor, frescura,
Viento ligero que el ramaje orea
Y bullidora fuente;

Sitios de clara luz y sombra obscura,
Aves y flores... todo te desea
Y nombra dulcemente.

XII

Que no es posible haberte conocido
Y olvidarte después: naturaleza
De lo deforme y bello
Las líneas borra; mas en tí ha querido
Grabar muy hondo de moral grandeza
El indeleble sello.

XIII

¡Cómo se lleva las marchitas hojas
El viento, y luego en polvo las convierte!
¡Qué mudar incesante!
¡Cómo á la sima de lo eterno arrojas
Nuestros rápidos días, dura muerte,
Sin parar un instante!

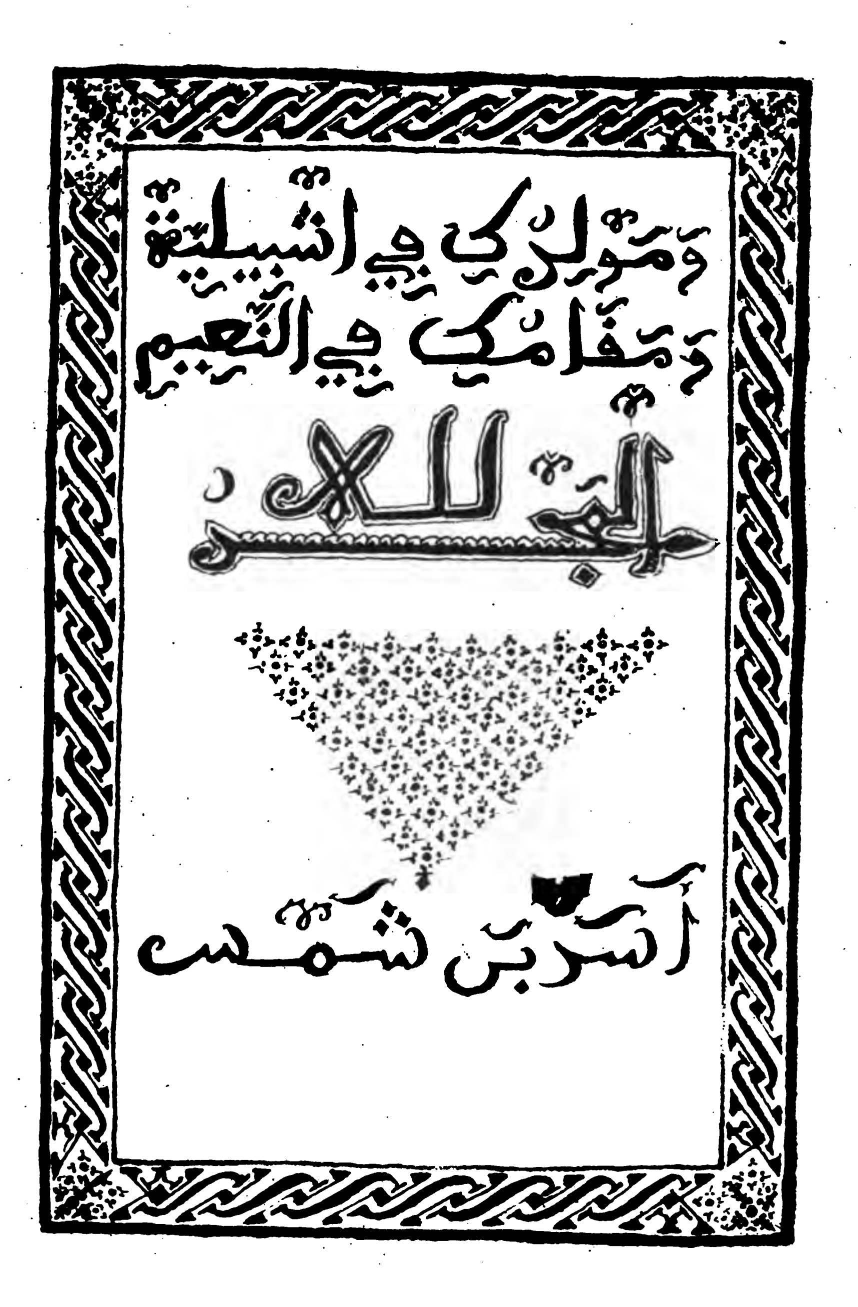
XIV

¡Cuántos amigos de la infancia mía
Detuvieron, por siempre, el pie cansado!
¡Cuántos, cual tú, murieron!
¡Ellos felices en su tumba fría!
¡Han soñado, han escrito y han amado,
Y en Sevilla vivieron!

NARCISO CAMPILLO.

Madrid, 13 Febrero 1893.




ومولدك في اشبيلية
ومقامك في النعيم
آسر بن شمس

وجاءتك كلمات الله
فأبلغه تفرمي إلى
ونزلت جثتك مربوطة
بروابط أوجاع الأرض
وبلغت إلى حضرة الله الرب
نفسك لابسة لحلي الفضائل
وأبصرك الله وأسعدك
وأنت في حجر الله


وأشعاري كعطر الأزهار
وكشعاع الشمس في قطرات الندى
وكأنغام همسات الملائكة
في فمك الحق
في قلبك الجودة
في عقلك السمو
في أعمالك الحسن


شعر شرقي بلسان عربي قديم
أعطتك الأزهار أطيابها
أكرمتك الأصداف بلؤلؤها
أعطاك الفرح ألوانه
أضافتك الملائكة بربابها الحانية
أعطتك الشمس شعاعها
لما أنك كنت شاعرة مؤلفة



TRADUCCIÓN DE LA POESÍA ANTERIOR

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Oriental en árabe literal.

LA ALABANZA Á DIOS

Las flores te dieron aromas:
Las conchas te dieron perlas:
El Iris te dió colores:
El sol te dió su luz:
Los ángeles te dieron sus arpas.

Y fuiste poetisa; y tus poesías fragancia de las flores en coronas de la inocencia.

Y como collares de perlas en el cuello de la hermosura;

Y como rayos del sol en las gotas del rocío;

Y como las harmonías de los coros angélicos.

En tu boca la verdad, en tu corazón la bondad, en tu mente la sublimidad, en tus obras la belleza.

Y vino á tí palabra del Señor Dios que decía:—«¡Vén á Mí!»

Y tu cuerpo, ligado con ligaduras de dolores, bajó á la tierra.

Y subió á la presencia del Señor Dios tu alma, vestida con la túnica de las virtudes.

Y te vió el Señor Dios y te bendijo.
Y tú en el seno de Dios:
Tu cuna, en Sevilla;
Tu trono, en el Cielo.

GLORIA Á DIOS.

(ASAD BEN SCHAMS.)
LEÓN CARBONERO Y SOL.





Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO

EL EMINENTE POETA

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ

QUE ME INVITÓ Á COLABORAR EN ESTA CORONA POÉTICA

NUNCA mi lira de hierro
Apoyé en fúnebres losas,
Ni con elegiacos sones
Evoqué tristes memorias.
Sólo para los que quise
Tengo rezos en mi boca,
Y lágrimas, que á mis ojos
Del hondo del alma brotan.
Yo, al llorar los infortunios,
Lanzo suspiros, no trovas:
Yo no sé las amarguras
Vestir de galas retóricas.
No extrañes, pues, caro amigo,
Que mi voz resuene bronca,
Si unida va á los arpegios
De ruiseñores y alondras.
Una flor quieres que engarce
Á la espléndida corona
Que han de tejer los poetas

Sobre el sepulcro de Antonia.
¿Flores para Antonia Díaz?
Verjel es Sevilla toda,
Que rinde á su nombre excelso
Lauros y mirtos y rosas.
¿Cómo no cubrir de flores
Tumba, que es altar de gloria
Por esconder las cenizas
De un sol, que aun muerto, es aurora?
¡Flores?... Yo tengo en el alma
Una que no se deshoja;
La que nunca se marchita;
La que siempre esparce aromas:
¡La triste flor del recuerdo!
Su fragancia misteriosa
Me llena el alma y disipa,
Con luz del cielo, mis sombras.
Esa flor que da consuelos
Y, al par, produce congojas,
No del corazón se arranca,
Va en él, y con él se agosta.
De esa flor, entre el perfume,
Se alza la imagen hermosa
De aquella mujer sublime,
De hispalenses damas honra,
Orgullo de poetisas,
Preclaro ejemplo de esposas,
Que fué madre de los pobres,
De la Fe cristiana, antorcha,
Consuelo del afligido,
Paz y amor, virtud y gloria.
Siempre, yo escucho en sus labios
Los rezos y las estrofas,
Siendo la oración y el himno
Plegarias arrobadoras.

Siempre, en su hogar, miro, absorto,
Templo, nido, amor, victorias:
Allí, el águila ascendía
Y arrullaba la paloma:
Allí, el Ángel y la Musa
Tuvieron un alma sola.
Y ¡qué tierna y qué sencilla,
Qué dulce y qué candorosa
Fué aquel alma, en la que puso
Dios lo mejor de sus obras!
Por su caridad, sentía
Ser, cual era, vencedora;
Y horror le daba el aplauso,
Y el triunfo infantil zozobra.
¡Era fragante azucena,
Y sensitiva medrosa!
Al borde de su sepulcro
Mi alma de hinojos se postra:
Hay tumbas que son altares,
Y es un altar la de Antonia.

MANUEL CANO Y CUETO.





EN LA MUERTE DE LA EMINENTE POETISA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Se acabó tu cantar: gimen las brisas;
Ya no susurran del verjel las hojas;
El alba no derrama sus sonrisas,
Los trinos de las aves son congojas.

Ya no surge en la atmósfera el encanto,
Ni los aromas, ondeando en giros,
Nos brindan el placer; que sólo llanto
Se percibe doquier entre suspiros.

Melancólico cisne, tus cantares
Eran ecos de gloria y de delicias;
Llegaban al oído, entre azahares,
Penetrando en el alma sus caricias.

Teresa enamorada, sus ternezas
Eran sólo corrientes de consuelo,
Aspirando la gloria y las riquezas
Purísimas y angélicas del Cielo.

Aquí en la tierra su cantar llevaba
El sello virginal de la ventura,
Y donde quiera que su voz llegaba
Desterraba el dolor y la amargura.

En caridad y fe resplandecía,
Y en virtudes de amor y de inocencia;
Porque todo su sér en harmonía
De un ángel semejaba la presencia.

Celestes eran sus divinos cantos,
É inundaban la tierra sus fulgores,
Repartiendo en las almas sus encantos
Y purísimos, célicos dulzores.

Sus versos, grumos de apiñadas perlas,
Bajaban desde el seno de las nubes,
Y se vieron los ángeles cogerlas
Para tejer corona á los querubes.

Y Dios, al recorrer, en su desvelo,
De la ancha tierra el limitado espacio,
Con su sublime amor te alzó á su Cielo,
Para habitar su celestial palacio.

DÁMASO DELGADO LÓPEZ.





DESCANSA EN PAZ

I

Escuché amargos sollozos,
Sentí doblar las campanas,
Con ecos que resonaron
En el fondo de mi alma.
Pensé en fúnebres historias,
Lloré, sin saber la causa,
Y, rezando por el muerto,
Me recliné en la almohada.

II

Llegó el fantasma del sueño
Entre lúgubres fantasmas,
Y ví sombras en la tierra,
Cubierto el suelo de lágrimas.
En cambio el azul del cielo
Radiante sol alumbraba,
Y cien voces se fundieron
En un himno de esperanzas:
El ángel de la poesía
Tornó al Cielo, que es su patria,

Y un alma cruzó el espacio
De sus virtudes en alas.

III

Al despertar, en mi mente
Aquellos sueños pesaban,
Y el corazón me decía
Lo inmenso de la desgracia.
—¿Quién murió?—dije, á mis solas,
Y de nuevo las campanas
Con sus dobles resonaron
En el fondo de mi alma.

IV

Supe, al fin, que, en hora triste,
Te hizo la muerte su esclava,
Y comprendí, en el instante,
Por qué el Cielo se alegraba,
Mientras, dejando la tierra
Llena de sombras y lágrimas,
El ángel de la poesía
Siguió hasta el Cielo á tu alma.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

Málaga, 26 Noviembre 1892.





ENDECHAS

La cruz redentora
Abriga y sombrea,
Regada la losa
De obscuras violetas,
La lira callada
Tendida sobre ellas:
¡Cuán alta otros días
La voz de sus cuerdas!

¡Cuán alta vibrando,
Cuán suave, cuán tierna,
Cantaba la patria,
Decía sus penas!
¡Y cómo en las almas
Hería derecha,
Del Cielo mostrando,
Siguiendo, la senda!

Al pie de las aras
Dejaba una oferta

Que el Dios de los buenos
Acoge y compensa.
Internos dolores,
Martirios sin queja,
Tormentos llevados
Con santa paciencia.

Veíala, absorta,
La hispálica tierra,
Tejióle coronas
De rosas y hiedra;
Y luego la Fama
Llevóla doquiera
Castilla sus metros
Alígeros lleva.

¡Oh espíritu! ¡oh lira
Callada, no muerta,
Gloriosa en los orbes
Del arte resuenas,
Vestigio sonoro
De un alma selecta,
Que alarga en el tiempo
Su humana carrera!

Suspiro, ó sollozo,
Plegaria, ó querella,
Si en lo alto procuras
Más alta diadema,
Acaso, rasgadas
Sublimes esferas,
Oídos el Cielo
Te da cual la tierra.

AMÓS DE ESCALANTE.

Santander, Diciembre de 1892.



ZUM ANDENKEN

AN DIE HOCHVEREHRTE FREUNDIN

DIE BERÜHMTE ANDALUSISCHE DICHTERIN

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Es klang ein Seufzen, ach, ein tiefes Stöhnen
Durch Spaniens liederreichen Sängerhain:
Sie, die in tiefen Stunden Herzenstönen
Von Gott, von Blumen sang und Vögelein
Die nur gelebt dem Reinen und dem Schönen,
Antonia ging in's Reich des Todes ein.
Wär's möglich denn? In Andalusiens Auen
Wär' nicht Sevilla's Engel mehr zu schauen?

Die Menschen klagen und die Bäume streiten,
Wer als der Würdigste der Todten dien'.
Der Lorbeer spricht: Von allen Herrlichkeiten
Die Herrlichste ward wahrlich *ihr* verliehn,
Unsterblichkeit, drum soll mein Baum sich breiten
Ob ihrer Gruft, zu der die Valler ziehn
Als zu der Stätte, draus noch Töne klingen
So wundersüsz wie eines Cherubs Singen.

Da haust die Trauerweide die die Zweige
Voll Demuth niederbeugt: Vergönnt, dasz ich
Mich über sie in tiefem Schmerze neige
Und klage, dasz die Edelste verblich.
Recht ist's, dasz Jeder Ehren ihr erzeige,
Ich hab' den Schmerz' nur, laszt denn klagen mich
Um sie, die war dem Land ein Himmelssegen,
Und laszt mich stets die Gruft der Theuren hegen!

Da hat die hehre Palme sich erhoben:
Geschwister, allebeide dienet Ihr.
Auf Erden Ihr, ich schmücke sie da droben
Mit meinen Zweigen als der Heil'gen Zier.
Die als die Dulderin die Engel loben,
Erwarb den Ehrenkranz von mir, von mir!—
Und Lorbeerbaum und Trauerweide schweigen
Und ehrfurchtsvoll sich vor der Palme neigen.

JOHANNES FASTENRATH.

Köln im August 1892.





TRADUCCIÓN DE LA POESÍA ANTERIOR

Á LA MEMORIA

DE LA MÁS VENERADA AMIGA

LA CÉLEBRE POETISA ANDALUZA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

AYES vagan y gemidos
Por la española floresta,
Resonante con las dulces
Canciones de sus poetas.
La que con voces del alma
Cantó de Dios la grandeza,
Y las aves y las flores,
Símbolos de la inocencia,
La pura, la hermosa Antonia,
Abandonando la tierra,
En el reino de la muerte
Y de la sombra penetra.
¡Ay, es cierto!... En los jardines,
Que el Betis copioso riega,
Aquel ángel de Sevilla
No puede estampar sus huellas!

De su suerte los humanos
Con justa razón se quejan,

Mientras disputan los árboles
De la encantada floresta
Cuál de ellos será el más digno
Para ofrecerse á la muerta.
Habla el laurel orgulloso:
—La inmortalidad excelsa
Se le concedió, y por eso
Mis hojas, que representan
Inmortalidad y gloria,
Serán hoy las que se extiendan
Sobre su tumba, que un día
Quizá visitada sea
Por cantores peregrinos,
Como lugar donde aun suenan
Maravillosos arpegios
De celestiales esferas.—

Dice el desmayado sauce,
Que el vuelo á sus ramas quiebra,
Postrándolas hasta el polvo
Que, á veces, humildes, besan:
—Dejad, dejad que me incline
Sobre la tumba de aquella,
Tan noble como inspirada,
Que ya en el mundo no alienta.
Honrarla podéis: yo tengo
El dolor y la tristeza:
Dejad, pues, que me lamente
Y llore solo por ella,
Que ha sido para su patria
Bendición y providencia,
Y dejad que siempre guarde
Esa tumba que la encierra.—

Yérguese la palma augusta,

Agita su cabellera,
Y exclama:—¡Hermanos, vosotros
Podéis honrarla en la tierra:
Yo la corono en el Cielo,
Que mis ramas son emblemas
De santidad y martirio,
Y ciñen su frente bella!
¡Yo le he dado esa corona,
Que es la mejor y la eterna!—
Laurel y sauce enmudecen,
Los duros troncos cimbréan,
Y ante la palma se inclinan
Con humilde reverencia.

J. DE V.

Colonia, Agosto de 1892.





ESCENA FINAL

AL pie de la magnífica Giralda,
Y en tu místico amor cantando el nuestro,
Tú, con la lira de David y el estro,
Te coronas de espléndida guirnalda.

Agostando praderas de esmeralda
Llega un Ángel fatídico y siniestro,
La terrible segur al brazo diestro
Y entre nubes las crenchas á la espalda.

—¡Nadie del exterminio se liberte—
Dice:—todo sucumbe á mi venida
Y en lágrimas de sangre se convierte!—

Oye tu canto, y, la segur rendida,
Despídese, por símbolo de vida,
Con el beso del Ángel de la Muerte.

ENRIQUE FUNES.

Sevilla, Febrero, 1893.





ANHELO

AL EMINENTE POETA

EXCMO. SR. D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

con motivo de la muerte de su insigne esposa
y laureada poetisa

D.ª ANTONIA DÍAZ

Y con sus ojos señalóme el Cielo;
Y me dijo al morir, *Allá te aguardo;*
Y el alma suya, en esplendente vuelo,
De este mundo partió. ¿Por qué retardo,

Si fuiste, Antonia, de mi vida, vida,
Y es hoy tu ausencia, de mi vida muerte,
Y no olvido tu tierna despedida,
El goce inmenso y celestial de verte?

¡Horrible esclavitud! De la materia
Romper no debo el deleznable lazo
Que me une á este mundo de miseria
Hasta cumplirse de mi vida el plazo.

¡Ay! si mi amante esposa ya no existe;
Si enmudeció su voz, dulce y suave,
Que tierna copia, modulando triste,
En los laureles escondida el ave;

Si del Guadalquivir la fresca brisa,
Por los valles vagando, arrulladora,
De la dulce y cristiana poetisa
La triste muerte, murmurando, llora;

Si sus cantares á la Virgen pura,
Bordados de bellísimos primores,
Al pie de su gloriosa sepultura,
Repiten laureados trovadores,

Y del Genio gloriosos los pinceles
La copian, la retratan, agrupando
Sobre su pura frente los laureles
Que en este mundo conquistó, cantando;

Si, afortunado, incliné mi frente
Sobre su amante y cariñoso seno;
Si dulce y puro respiré el ambiente
Del grato olor de sus virtudes lleno;

¿Qué valen, para mí, noble victoria
En el combate artístico alcanzada,
Oro, poder y bienestar y gloria,
Si Antonia es todo, y lo demás es nada?

El mundo es, para mí, noche sombría,
Cárcel estrecha, cenagoso lago,
Solitario arenal, y tumba fría,
Lugar de angustia que asoló el estrago.

¡El rubicundo Sol, sin resplandores,
La Aurora matinal, tinte sombrío,
Tristes, ajadas, sin color, las flores,
Y negro el mar azul, y negro el río!

Y es que la nube de mi angustia inmensa
Más negra y grande y colosal se vuelve,
Y con su manto de tiniebla densa
La tierra, el mar y el firmamento envuelve.

Acaben de una vez tantos pesares,
¡Morir! ¡ese es mi afán, ese mi anhelo!
Murmurando de Antonia los cantares,
Morir, por verla en la mansión del Cielo.

EDUARDO GÓMEZ MAZPARROTA.

Sevilla, 18 Diciembre 1893.





EN LA MUERTE

DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

EL AMOR Y LA MUERTE

MUERTE, profundo, impenetrable arcano!
¿Ejecutor insano,
Siegas la humana mies, con gozo eterno,
Ó, cual la egipcia diosa, sonrïente,
En su regazo tierno,
El sueño arrullas de dolor ausente?

¿Eres esa fatídica osamenta
Que al vulgo aún amedrenta,
Ó eres ángel, que bate leves alas,
Y, que despliega, al descender al suelo,
Ante el mortal sus galas,
La nostalgia inspirándole del Cielo?

¡Quién sabe! Ante el espíritu medroso,
Al grito pavoroso
De la conciencia, horrible te apareces;
Mientras que al alma de virtud henchida
Sobre tus alas meces,
Y aun le murmuras recompensa y vida.

Mas ¡ay del triste, que á su seno estrecha,
Con el alma deshecha,
Al sér todo su amor y su ventura,
Y un grito lanza de terror y duelo,
Soledad y locura
Venir sintiendo en tu callado vuelo!

Grita Amor: «¡Tuya no es! ¿Qué al hierro importa
Averiguar qué corta?
¡De una centella, Dios, de amor divino,
Creara esta mujer y, como estrella
Que dora su camino,
Senda hacia Aquél al hombre trazó ella!»

—«¡Basta ya, ciego Amor!—la Muerte dice:
¡Quiero hacerla felice!
¡Del olvido arrojárasla en la sima,
Marchito el rostro y extinguido el canto!
¡Egoismo te anima,
Aunque se esconde en tu encendido llanto!»

—«¡Vén, noble poetisa, en quien contemplo
De Dios un sacro templo!
¡Este valle de lodo y desventura
Vas, al fin, á dejar! Tu lira de oro
Á encordar te apresura:
¡Vén del Empíreo al esplendente coro!»

—«¿Quién tu excelsa misión en este suelo,
Quién tu divino anhelo
Jamás á comprender, necio, ha llegado?
¡Ya que en el vicio con placer se sume,
Deja al mundo entregado
Á impura fiebre que su sér consume!»

—«¿Qué es el poeta en él? ¡Su voz se escucha,
Cuando, ajeno á la lucha
En que su alteza natural le empeña,
Del mártir la existencia le acobarda,
Y la virtud desdeña,
Y abre el santuario á la pasión bastarda!»

—«¿Ves su triste sonrisa, Amor? ¡Tú mismo
La Tierra crees su abismo!
Crees que á este astro caduco Dios la ha dado
Como fulgente y redentora estrella.
¡Al espacio azulado
Vuela hoy; que él siga su encendida huella!»

—«Si el hastío no labra en tí infecundo;
¡Oh amor! si eres profundo,
Sueña en lo eterno, y oye: ¡Cada aurora,
En aquel astro que, velado, aún arde,
—«¡Te espero!»—seductora
Mirándote, dirá,—«¡Vén!»—cada tarde!»

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAS.

Alicante, 10 Enero 1893.





EN LA MUERTE

DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ Y FERNÁNDEZ

CANOROS ruiseñores de la Alquería,
Que os arrobáis cantando vuestros amores:
Cese por mucho tiempo vuestra alegría,
Que ha expirado la autora de *Aves y flores.*

La consorte modelo, tierna y sincera,
Por sus méritos digna de loor eterno;
La que, muriendo en días de primavera,
Con su muerte ha dejado sombras de invierno;

La que el plectro de oro cuando pulsaba,
Saturada su alma de sentimiento,
Su grata melodía tierna vibraba,
Como los dulces sones que forma el viento.

Junto al mármol que cubre su cuerpo helado
Plantemos azucenas y blancas rosas;
Puras como su alma, que odió el pecado
Y ensalzó las acciones más generosas.

Flores siempre risueñas de la Alquería,
Las que ostentáis radiantes, vivos colores:
Plegad vuestras corolas, que, en triste día,
Ha expirado la autora de *Aves y flores.*

JOSÉ GUERRA OJEDA.

30 de Mayo de 1892.





Á MI MUY QUERIDO AMIGO

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

ERA un bello y claro día:
Tras del aterido invierno
Mayo sus galas vestía,
Y su perfume subía
Hasta el trono del Eterno.

En tu espléndida mansión,
Cercada de dulce encanto,
De las campanas al són
Se oyó una tierna oración
Entre lastimero llanto;

Y á los vivos resplandores
De una celestial aurora,
Voló á esferas superiores
El alma de la cantora
De las AVES y las FLORES.

Ya, sin los despojos vanos
De los míseros humanos,
Llegó del Cielo á las puertas,
Que le tenían abiertas
Los ángeles sus hermanos.

—Vén, dichosa, á recibir,
Le dijeron, la corona
Que te supiste adquirir,
Y que en tu frente, al lucir,
Tus méritos galardona.

Dios, con su divino aliento,
Ya desde tu juventud,
Te dió, por rico ornamento,
La inspiración, el talento,
La belleza y la virtud.

Todo en tí fué pöesía;
Todo, culto á la verdad:
El tesoro que en tí había,
En *dos hermanas* lucía:
La ciencia y la caridad.
. . . .
¿Estás llorando? ¿Por qué,
Si es ya eterna tu ventura?
—Aunque esta dicha alcancé,
Lloro por los que dejé
En el valle de amargura.

Venid, conmigo, á implorar
Para ellos gracia infinita;
Que en aquel revuelto mar
Es muy fácil zozobrar,
Si la gracia no lo evita...—

Y, llenos de compasión,
Alegres la acompañaron,
Y, en humilde adoración,
Repitieron la oración
Que en sus labios escucharon.

Tén, amigo, ese consuelo:
El alma noble y querida
De la que fué, con desvelo,
Tu compañera en la vida,
Es tu abogada en el Cielo.

JOSÉ M.ª GUTIÉRREZ DE ALBA.

Alcalá de Guadaira, 16 de Octubre de 1892.





UN RECUERDO

Á LA POETISA DOÑA ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

No existe ya: su espíritu tranquilo
Voló á regiones plácidas, serenas,
En las que eterna dicha goza el alma
Que tantos sufrimientos
Apenan de continuo en este mundo.
La muerte la llevó, con dura mano,
De aquel hogar donde pasó la vida
En esa paz que al triste solitario
Hondo suspiro arranca de su pecho.
Allí, alejada de miseria y luto,
Vió deslizarse venturosas horas,
Y en estrofas, tan bellas como dulces,
Fáciles y sinceras,
Cantó, inspirada de la fe más pura,
De la naturaleza los encantos
Y de cristiana religión las glorias;
Y las suaves notas de su lira
Fueron tan gratas para el padre Apolo,
Que la tuvo por hija predilecta...

Pero el esposo, que la llora ausente,
Á su pesar encontrará un consuelo,
Mirando que, con él, también hoy lloran
Las hispalenses liras
Por la que honró las letras de la patria.

MANUEL CHAVES.

Sevilla, 1893.





Á LA MEMORIA DE LA INSPIRADA POETISA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

ELEGÍA

De esas dos liras que, en feliz morada,
Unieron á la vez sus vibraciones,
Una yace en silencio y enlutada.
No suspende y cautiva con sus sones
Á los que el arte y la belleza admiran:
Ya el eco se extinguió de sus canciones;
Las que el saber y la virtud inspiran;
Las que el moral ejemplo hacen patente,
Y á sublimar el pensamiento aspiran.
Si es el lenguaje del cantor creyente
Inspiración del Cielo; si es movido
Por la fe y el amor que el alma siente,
¡Oh tú, la que, sin duda, has ascendido
Á la excelsa región de tus anhelos,
De tu existencia al término cumplido,
Al dejarnos tu espíritu en sus vuelos,
Sabedor era ya, desde la tierra,
Del divino lenguaje de los Cielos!

¡Ay, en verdad que al corazón aterra,
Y sume en hondo duelo y desventura,
La deidad contra el hombre siempre en guerra!
Impasible y crüel, hace insegura
La humana dicha, y de repente cava
Al sér de nuestro amor la sepultura:
Pero, al hacer la humanidad su esclava,
¿Es crüel ó benéfica? ¿La vida
No empieza, acaso, cuando aquí se acaba?
Esa ausencia del mundo, tan sentida
Del Betis en las márgenes amenas,
Á otra patria, á la eterna, es la partida.
Éste, pues, el consuelo de tus penas,
¡Oh buen amigo! en tu viudez doliente;
Ella vive en regiones más serenas.
Ella, al menos, dejó, en el puro ambiente
De tu hogar, el perfume inextinguible
Que donde habita la virtud se siente;
Ella el eco, á la vez, dulce, apacible,
De su inspirado acento, para gloria
Del híspalo; esa gloria inmarcesible
Que graba en nuestras almas su memoria.

ÁNGEL LASSO DE LA VEGA.





PENSAMIENTO

. . . .

EN más altas y fúlgidas regiones
Las cuerdas de su lira resonaron:
¡Y pasó á nuestros mustios corazones
El luto que los ángeles dejaron!

AMANTE LAFFÓN.





EN MEMORIA
DE LA EMINENTE É INOLVIDABLE POETISA
EXCELENTÍSIMA SEÑORA
D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

I

DIFÍCIL es enlazar
La modestia y la grandeza;
Mas de su unión, la belleza
Se ve espléndida brotar.
El mismo Dios, al crear
Las maravillas del mundo,
Reveló el valor profundo
De esa misteriosa unión,
Siempre que á humilde creación
Dotó con un bien fecundo.

II

La violeta, que, humillada,
Vemos besando la tierra,
Un rico tesoro encierra
De fragancia delicada:
En débil tallo agobiada,

Su faz sencilla ocultando,
Va de su seno exhalando
Ese aroma delicioso
Que por el valle espacioso
Van las auras propagando.

III

Y el tímido ruiseñor,
Entre el ramaje escondido,
Con pobres plumas vestido
Del más modesto color,
Al cantar, luego, su amor
Y expresar, con dulce acento,
Su elevado sentimiento,
Llena, en la arboleda umbría,
El espacio de harmonía
Y de ternuras el viento.

IV

Nuestra razón no concibe
Ese misterio insondable.
¿Cómo un poder admirable
El humilde sér exhibe?
De Dios esa unión recibe
Divina luz, que del cielo
Fulgura sobre este suelo,
Do vive el hombre proscrito,
Destellos de ese infinito
Que adora el cristiano anhelo.

V

En tí, la feliz poetisa
De fecunda inspiración,
Realizó Dios esa unión
Para tu eternal divisa.
Se siente, no se improvisa
La modestia bondadosa
Que en tu lira religiosa,
Y al cantar *Aves y Flores,*
Reflejó los resplandores
De un alma humilde y grandiosa.

VI

¡Mas se apagó tu existencia!
Fuiste lo eterno á gozar,
Y nosotros á llorar
De un sér querido la ausencia.
Las violetas con su esencia
Besan hoy tu sepultura,
Y del bosque en la espesura
Gime el ruiseñor cantando,
Aves y flores llorando
Nuestra común desventura.

ENRIQUE LÓPEZ LACARRA ASME.

Utrera, 31 Enero 1893.





Á LA MEMORIA

DE LA EXIMIA POETISA

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

EN un rincón callado
De la andaluza tierra,
Donde el social murmullo
Del siglo nunca llega,
Como en su nido el ave,
Vivió la artista excelsa
Que honró, con sus canciones,
Las sevillanas letras.
   Oculta en su alquería,
Cual oficiosa abeja,
Que en celda retirada
Destila sus esencias,
Para formar, paciente,
Su cristalino néctar,
Así la dulce Antonia
Cuajaba sus ideas
En versos, que son mieles
De espiritual colmena.
   Cantó, como Rioja,

Las flores y las selvas;
Cantó el honor de España,
Como el ingente Herrera;
Como Rodrigo Caro,
Con sin igual nobleza,
Lloró de los vivientes
Las múltiples miserias;
Y, al pie de los altares
De solitaria iglesia,
Vibrar del arpa hizo
Las más sonoras cuerdas,
Para orientar las almas
Á superior esfera.
Como el juglar arcáico,
Contó historias añejas
Por divertir los ocios
De la abrasada siesta;
Y, en rústicos apólogos,
Prestó á la inteligencia
Reflejos que iluminan
De la virtud la senda.

Venid, los escogidos,
Los que en la hispana tierra
Gozáis de los favores
De Apolo y de Minerva,
Venid; y en el sepulcro
De la cantora excelsa,
Posad vuestros laureles,
Alzad vuestras endechas;
Tejed, con vuestro ingenio,
Espiritual diadema,
Y el beso de las musas
Consagre vuestra ofrenda.

ÁLVARO L. NÚÑEZ.



EN LA MUERTE
DE LA
AUTORA DE AVES Y FLORES

CANTAD, aves, delicia y ornamento
Del jardín que os sirvió de paraíso:
Himnos de gratitud lanzad al viento
Á la que tanto en este mundo os quiso.

Llorad, flores, amor de su alma pura;
Creced en torno de su cuerpo helado:
Humedezca de hoy más su sepultura
Rocío en vuestro seno atesorado.

Vista de luto, celestial poesía,
Por su muerte crüel tu corte entera,
Que ya cesó la dulce melodía
De ese laud, que nuestro encanto era.

GUILLERMO MAC-PHERSON.

Barcelona, 19 Diciembre 1892.





ANTE EL SEPULCRO DE LA INSIGNE POETISA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

SONETO

Yo quisiera hoy rendir á tu memoria
Oblación tan cumplida y soberana,
Que en Sol trocando tu moral cristiana
Cual Sol brillase en tu prisión mortuoria.

Sólo en tus libros aprendí tu historia,
Mas tan rica virtud la afiligrana,
Que injuria fuera de pasión insana
No elevarte á la cumbre de la gloria.

Diótela aquí tu fama enaltecida;
Cual prez divina, tu ferviente anhelo
Halló la excelsa al mundo prometida:

¡Dichosa tú, que, libre de hondo duelo,
Corona de laurel ceñiste en vida,
Y en muerte ciñes la que otorga el Cielo!

S. El Marqués de Dos-Hermanas.





Á LA MEMOIRE
DE MADAME
ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

QU'ELLE fit resplendir l'éternelle Beauté,
Donnât au sol natal ses vers patriotiques,
Ranimât dans les cœurs les vertus domestiques,
Exaltât la justice avec la vérité.

Sa voix charmait toujours: ses accents magnifiques,
Qu'inspirerènt la foi, l'espoir, la charité,
Nous semblaiènt un écho des hymnes séraphiques,
Telle était leur ferveur, telle leur puretél

Ah! la mort a brisé sa lire de poëte;
Sa bouche harmonieuse est désormais muette,
Mais pour nous seulement: ses chants n'ont pas cessé;

Celle dont ella aimait à dire les louanges,
La Vierge en souriant l'écoute, avec les anges,
Achever le cantique ici-bas commencél

ACHILLE MILLIEN.





TRADUCCIÓN DEL ANTERIOR SONETO

Á LA MEMORIA

DE

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Sus gratos versos la eterñal belleza
Y las virtudes del hogar cantaban,
La verdad y la Patria; y exaltaban
De la justicia augusta la entereza.

La Esperanza y la Fe, con su grandeza,
La dulce Caridad los inspiraban,
Y ecos de himno celeste semejaban...
¡Tal era su fervor, tal su pureza!

¡Ah! su lira rompió la muerte impía;
Antonia enmudeció; mas si ha callado
Para el mundo, ella canta todavía.

La Virgen, cuyo amor ha celebrado,
Óyela terminar, con alegría,
El cántico en la tierra comenzado!

J. DE V.





DOS-HERMANAS

Dos-Hermanas! calme bourgade!
Dans le plus beau de tes jardins
Sais-tu qu'Ibère Abantiade
Penche un front dolent dans ses mains?...
Il erre seul, l'âme brisée,
Dans ce paradis toujours vert
Qui, sans Euphrosine Elisée,
Désormais lui semble un désert...
Dos-Hermanas!

Et sais-tu que, désabusée
Du Ciel même et de ses splendeurs,
L'âme d'Euphrosine Elisée
Qu'attirent les tendres odeurs
De tes jardins, la nuit s'évade
Du Paradis de Dieu si beau
Qui, sans Ibère Abantiade,
Pour elle est froid comme un tombeau...?
Dos-Hermanas!

Pourquoi d'Ibère Abantiade,
Parmi les fleurs de tes jardins,
L'âme est-elle morne et malade?...
Pourquoi, parmi le séraphins,
L'âme d'Euphrosine Elisée
Est-elle en peine des douceurs
De la Terre qu'elle a laissée?...
—C'est que ces âmes sont deux sœurs:
«*Dos-Hermanas!...*»

LEON MONTENAEKEN.

Escrito en la villa de Dos-Hermanas, el día cuarto de las calendas de Diciembre del año mil ochocientos noventa y dos, y dedicado á mi eminente amigo el Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa, en memoria de su inolvidable esposa, la insigne poetisa D.ª Antonia Díaz (entre los Arcades de Roma: Ibero Abantiade y Eufrosina Elísea).





¡DOS-HERMANAS!

(TRADUCCIÓN)

¡Dos-Hermanas! apacible
Y deliciosa comarca,
¿Sabes que Ibero Abantiade,
La frente al suelo inclinada,
El pecho al dolor rendido,
Triste y silencioso vaga
De tu pensil más hermoso
Por las sendas solitarias;
Y que este Edén, siempre verde,
Ve cual desierto su alma,
Desde que Eufrosina Elísea
Voló á la eternal morada?
¡Dos-Hermanas!

¿Y sabes tú que Eufrosina,
Á quien ni aun el Cielo encanta,
De tus huertos deliciosos
Por el perfume halagada,
Entre las nocturnas sombras

Huye las brillantes galas
Del celestial paraíso,
Que aunque en hermosura nada
Le supere, para ella
Es cual tumba solitaria,
Porque de Ibero Abantiade
Allí siente la nostalgia?
¡Dos-Hermanas!

¡Ah! ¿por qué de tus pensiles
Entre las flores gallardas,
Está triste y macilenta
De Ibero Abantiade el alma?
¿Por qué entre los serafines
La de Eufrosina aún se afana
Por las terrenales dichas?...
Es que gemelas son ambas.
¡Dos-Hermanas!

El traductor,
J. LORENZO.





Á LA GRATA MEMORIA

DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

INSIGNE POETISA

Si es muerte que del árbol
Caigan las hojas secas,
Hojas que el leve polvo
En polvo leve trueca,
Cuando aterido invierno
Sus vientos de tristeza
Sobre el dormido mundo
Fatídico despliega;

Si es muerte que las nieves
Coronen los volcanes,
Bordando los contornos
De los quebrados cráteres,
Y súbito los ríos
De hirviente lava apaguen,
Con manto de cenizas
Cubriendo monte y valle;

Si es muerte que la rosa
Se incline sobre el tallo
Y triste cierre el cáliz,
Do aroma delicado
Solícita la abeja
Libaba, sin descanso,
Para labrar ufana
Panales regalados;

Si es muerte que en el bosque
No cante la avecilla,
Y esté desierto el nido,
Emporio de su dicha;
Si es muerte que la noche
Suceda al claro día
Y el sol su lumbre apague...
¡Moriste, dulce amiga!

¿Moriste?... Ví tu frente,
Que iluminaba el genio,
Marchita como lirio
Tronchado por el viento;
Y ví sin luz tus ojos,
Ayer vivos luceros,
Y cárdenos tus labios
Por la oración abiertos.

Tu hogar estaba mudo...
¡Qué calma! ¡Qué tristeza!
Allí el amante esposo
Que espera... en vano espera
Que arroje el cráter lava,
Que el día resplandezca,
Que dé la rosa mieles,
Que el ave al nido vuelva.

Mas si es vida, en las almas
Tener asiento y trono,
Rigiendo voluntades
Cual hábil el piloto
Que libra al frágil barco
De sirtes y de escollos,
Cuando la noche cubre
Los mares tenebrosos;

Tú vives, dulce amiga,
Tú vives en las almas
Que con el sacro fuego
De la virtud inflamas,
Librándolas de sirtes
Que altivas se levantan
En los revueltos mares
De la existencia humana.

Tú vives, como el ave
Que vive en sus canciones,
Aunque, desierto, el nido
Colúmpiese en el bosque;
Como en las mieles vive
La flor, aunque la noche,
Celosa de hermosuras,
De galas la despoje;

Como en el árbol vive
La savia, aunque el invierno
Las hojas arrebate
Á impulso de los vientos;
Como la hirviente lava
En el profundo seno
Del volcán, aunque nieves
Lo cubran con sus velos.

¡Tú vives! En tus libros
Palpita un alma entera,
Asilo de virtudes
Y fuente de belleza.
¡Tú vives! Nunca mueren
En mundanal contienda
Las almas que á los Cielos
Elévanse ligeras.

LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH.





LAS TRES CORONAS

EN LA MUERTE DE LA EMINENTE POETISA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

I

CORRED, corred, mis lágrimas,
En triste desconsuelo;
Salid, salid, suspiros,
Del apenado pecho;
Exhala, lira mía,
Tus más fúnebres ecos;
Que la dulce poetisa,
Del Parnaso ornamento,
La que entendió del *ave*
El amante gorjeo,
La que arrancó á las *flores*
Sublimes pensamientos,
La que ciñó á sus sienes
La corona del genio,
«Adiós, al mundo dice,
Mi *morada es el Cielo*» (1).

(1) *Meditación,* por la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque.

II

¿Os deja abandonados,
Pobres, ancianos, huérfanos,
La que á tantos dolores
Prestó siempre consuelos?
¡Aquellas dulces manos
Que inagotables fueron,
No irán ya presurosas
Sus dones repartiendo!
Mirad ya á vuestra madre,
Desgraciados y enfermos;
Corona de virtudes,
De cristianos afectos,
Ostenta en su cabeza,
Y alegre sonriendo,
«Adiós, al mundo dice,
Mi *morada es el Cielo*».

III

Acallad un instante
Mundanos sentimientos,
Y ved ya que MARÍA,
Cual merecido premio,
La corona de Santos
Á sus sienes ciñendo,
«Vén,—le dice—cantora
De mi dolor inmenso;

Vén, pues has comprendido
Cuanto *sufrió mi pecho* (1).
Ya alcanzó *tu alma pura*
El plácido momento
De contemplar mi Edén (2).
Vén amante á mi reino:
Vén, poetisa cristiana,
Tu morada es el Cielo!»

E. M. TURENA.

(1) *María al pie de la Cruz*, por la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque.

(2) *El último momento de la vida*, por la misma señora.





AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

DESDE la egregia Cádiz donde habito,
Frente á frente del mar que, en sus murallas,
Late con manso ruido eternamente;
Bajo la inmensa bóveda del Cielo
Que enturbia rara vez ronca tormenta,
Te dirijo esta carta.
Si es que ansías
En ella ver sublimes concepciones
De un ingenio sereno, no detengas
En ella tu atención. La pena invade
Mi pensamiento, y el dolor se exhala
No en sonoras estrofas, sino en quejas.
Quiero exhalar las mías á tu lado;
Quiero decirte, cariñoso amigo,
Cuánto me duele tu mortal congoja.
¡Perdiste aquella que ante el ara un día
Fundió en la tuya su alma de querube,
Aquella que llenó de luz y encantos
La senda de tu vida, que hoy recorres,

Buscando ya su término, abatido
Y solo y triste!...
En mi memoria vive,
¡Y siempre vivirá!, la tarde aquella
En que á orillas del Lérez nos hallamos.
¿Lo recuerdas?... El sol, ya moribundo,
Alumbraba el paisaje; el puro ambiente,
Cargado de perfumes, nuestros pechos
Ensanchaba; delante de nosotros
Las góticas rüinas de una iglesia
Hablaban de otra edad y de otra raza;
Brillando tibiamente algún lucero
En medio del espacio, parecía
Lágrima de la luna macilenta
Que en vano va tras Endimión ansiosa.
La yedra en los vencidos capiteles
Y en los rotos calados se extendía,
Sudario de los muros, acogiendo
Entre sus verdes hojas á las aves
Que con varios gorjeos profanaban
El solemne silencio que los siglos
Dejaron á su paso en aquel templo,
Antes lleno de santas harmonías...
Y nosotros allí. Tú, recordando
Otras edades de esplendor y gloria;
Ella, pensando en las volcadas aras
Y el extinguido culto; yo, embebido
Ante aquellas rüinas y ante el tiempo
Que Antonia y tú, rasgando lo pasado,
Me hacíais admirar plácidamente.

. . . .

Pasó tiempo. La ausencia y la distancia
No borraron en mí vuestra memoria;
Y la dulce amistad, ese amor casto
Sin egoismo ni esperanza, unidos

Nos dejó para siempre.
Luego... luego,
Cuando llegué á la hermosa Andalucía,
Copia del Paraíso; cuando al lado
Del turbio Betis levanté los ojos
Para extasiarme en el tranquilo cielo
Que cobija grandezas inmortales,
Y digno es de cobijarlas; cuando
Sentí correr por todas mis arterias
Sangre que el entusiasmo enardecía,
Y desfilaban ante mí pecheros
Y reyes, y, en revuelto torbellino,
Un mundo de leyendas y de historias;
Cuando á través de los canceles pude
Admirar los oasis que resguardan,
Y en la morisca reja ví enlazados
Claveles y jazmines protegiendo
Al ángel del amor y la poësía,
En vosotros pensé. Tu voz sonora
Aún evocaba bélicas grandezas
De la Patria feliz; la *suya*, dulce
Y apacible y serena é inspirada,
Hablábame de Dios, de la hermosura
Del campo fértil, de la flor abierta
Á la primer caricia del rocío,
Del pardo ruiseñor, cuyas canciones
Acompañan, temblando, la corriente
Y el rumor de jardines tropicales...
¡De cuanto llega al corazón, le inunda
De santa paz y lo levanta al Cielo!...

Pero ¡ya enmudeció!... con yerta mano
Cerró sus labios la implacable muerte;
Ya no la oiremos, nó, llena de afecto,
Derramando en raudales de harmonía,

Que intentaba esconder con su modestia,
Á ninguna otra igual, los deslumbrantes
Conceptos de su espíritu; ya sólo
Los ojos, anublados por el llanto,
Su tumba logran ver!...
Hoy, que me pides
Una flor, un recuerdo que reunas
Á los mil que obtendrás de los que saben
Con noble aliento idealizar la vida,
Trocar la noche en refulgente aurora
Y eterna fama dar á los que ensalzan,
Consiénteme que yo vierta en silencio
Mi llanto junto á tí. La Poesía
Ha perdido en tu esposa ¡bien lo sabes!
Sublime guardadora de su culto,
Lleno de paz y amor. Ya oscila el fuego
En la pira sagrada; ya, cubierto
De injusta burla, y desdeñado, y solo,
Muere el romanticismo... ¡el siglo quiere
Encerrar un problema en cada estrofa
Entonando á la duda cantos épicos!...
Lloremos cada lira que enmudece,
Cada nota dulcísima que apaga
El frenético hervir de las pasiones...
Y mientras en el templo majestuoso
Se adore á Dios; mientras la Cruz bendita
Se eleve en un camino solitario;
Mientras haya una reja á donde suenen,
Con ese acento tenue y misterioso
Que no más que el amor oye y modula,
Ternezas y esperanzas; mientras vibre
Una guitarra en la andaluza fiesta
Y en vívido torrente los luceros
Iluminen llanuras y montañas;
Mientras quede una página que diga,

Narrada por Antonia, una leyenda,
¡Habrá romanticismo!...
Y ella ha muerto,
Mas su virtud, su ingenio, no concluyen.
Si Dios la arrebató de nuestro lado,
Durará su memoria; ¡que el sol llega
Á hundirse entre las brumas de Occidente
Y, después de ocultarse á nuestros ojos,
Aun deja mucha luz en el espacio!!

JOSÉ M.ª DE ORTEGA MOREJÓN.

Cádiz, 22 de Diciembre de 1892.





Á LA BUENA MEMORIA

DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

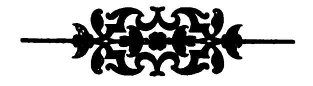
CRISTIANA, del extraño los pesares
Consoló y fué sostén del desvalido;
Huyó del mundanal, vano ruïdo;
Siempre ofreció del bien en los altares.

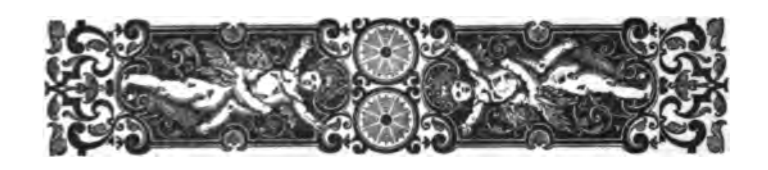
Esposa, llevó dichas á millares
Al noble corazón del elegido:
Cual de avecilla mansa fué su nido;
Nido de amor y plácidos cantares.

Poetisa, *scripta legito:* su canto,
Ora de ruiseñor fué melodía,
Ora arrullo sencillo de paloma.

Murió... ¿Morir...? Esposo, acabe el llanto;
Que, sobre nacer ella á mejor día,
Si se agostó la flor, vive el aroma.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.





EN LA MORT

DE LA EXMA. SRA.

D.A ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Á SON ESPÓS D. JOSEPH LAMARQUE DE NOVOA

PARAULAS DE CONSOL

> ¿Si veig l' aucell que vola,
> Perqué tinch que mirat la flor que cau?
> CASAS Y AMIGÓ.

Io comprench ton dolor. Io la he sentida
La fonda llaga que obra dins lo cor
Veure al que l' angel fou de nostra vida
Per sempre més robat al nostre amor.

¡Oh! si, amich meu, com tu jo la he plorada;
Com tu encara la plor' la qui del cel
De ma ditxa un temps fou l' estrella aymada,
Com del cel teu ta aymada fou l' estel.

¿Y cóm no la sentir la que nos deixa
Ferida sangueixant en nostre pit,
¡Ay! quant com tela que cruixint s' esqueixa,
Dos cors se apartan que l' amor ha unit?

¡Oh! sí, la cal sentir aquella llaga.
¡Oh! sí, encongit lo cor, oprés pel dol,
Just es que done al dol deguda paga;
Just que busque en lo plant suau consol.

¿Y cóm no, si fins Cristo en sa agonía
Dava al seu en tribut de sanch suhor;
Si en lo Calvari dava á doll María
Tribut de plors amarchs á son dolor?

¡Mes ah! aixis com Jesús del etern Pare
Rebi 'l que li envíá cálser de fel:
Com en sos dols cruels la Verge Mare
Rendía son volé' al *fiat* del cel;

Tu, ab aquells mots divins, «no com jo vulla
Sino com vullau Vos se fasse en mí»,
Fent de ton cor nafrat santa despulla,
Sutmís clával de Cristo al lleng diví.

Y aíxis com qui enlayrat en alta serra,
Mentre 's banya del sol en los raigs d' or,
Tranquil mira á sos peus en aspre guerra
Desfogar las tempestas llur furor,

Tu en Tabor convertit lo actual Calvari,
Veurás cambiarse á sas divinas llums
En santa pau ton neguitós desvari,
Tas espinas en flors de richs perfums.

Llavors més que plorar la flor cayguda
L' ángel veurás que al cel aixecá 'l vol:
La de ahir en la pols larva perduda,
Papalló avuy brillar als raigs del sol.

Papalló al sol sas alas nacaradas
Banyant, per de la mel qu' en los sarsals
Del mon cullí un jorn ab sas besadas,
Fer ne ofrena al Etern en richs panals.

Llavoras la memoria de ta esposa,
Umplint las soletats de son esprit
De las dolsas visions de los que gosa
Celichs goigs en lo sí del Infinit;

Recordant que dels fruys que aqui cullía,
Llavors de santas flors sembrant arreu,
Coronas d' or son angel li teixía
Perque ab ellas son front cenyís son Deu:

Que 'ls rims que de sa lira s' exhalavan
De amor y patria y fe richs en perfums,
En espirals d' encens al cel pajavan,
Ahont fonentse en las eternas llums

Que brollan en fils d' or de raigs suavíssims
A doll dels increats fulgors divíns;
Dels cants angélichs en los chors puríssims,
Y 'ls flamereigs de amor dels serafins,

Ensemps que de Deu sia á major gloria,
Jan que son front cenyescan nous llorers,
Ni caduchs com aqui 'ls teixeix la historia,
Ni á esfullarse exposats d' enveja al cers.

Y quant un jorn fineixe la anyoransa
De aquells de ta estimada immortals llors,
En goigs sens fí cambiada sa esperansa,
—Puig son al cel sens fí 'ls goigs dels amors,—

Renovarse veurás en mistichs llasos,
De nou encendres entre eterns cantars,
Sos de aquí interromputs castos abrasos,
Los del Himen aquí apagats altars.

JOAQUIN RUBIÓ Y ORS.

Barcelona, 25 de Febrer de 1893.





TRADUCCIÓN DE LA ANTERIOR POESÍA

EN LA MUERTE

DE LA EXCMA. SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

PALABRAS DE CONSUELO

Á SU ESPOSO D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

COMPRENDO tu pesar: sentí esa herida
Profunda, que lacera el corazón:
¡Ver al que el ángel fué de nuestra vida
Por siempre arrebatado á nuestro amor!

Llanto, amigo, cual tú, vertí por ella,
Cual tú lo vierto aún por la que fué
Del cielo de mi vida pura estrella,
Cual fué tu amada para tí también.

Y ¿cómo no sentir al separarse
Sangrienta herida? Gritos de dolor,
Cual crujidos de tela al desgarrarse,
Lanzan las almas que el amor unió.

¡Oh! sí; que al fuego de la viva llaga
El corazón opreso, en duro afán,
Es justo dé al dolor debida paga,
Y temple con el llanto su pesar.

Y ¿cómo no?... Hasta Cristo en su agonía
Tributo al suyo dió con su sudor,
¡Sudor de sangre!... El Gólgota María
En tributo con lágrimas regó.

Mas ¡ah! si el Verbo, del Eterno Padre
El cáliz aceptó de amarga hiel
Como, humilde, acató la Virgen Madre
El *fiat* del Cielo en su dolor crüel;

Tú dices con Jesús: «No cual yo quiera
Hágase en mí, sino cual plazca á Vos»,
Y das tu corazón, con fe sincera,
Como ofrenda, en la Cruz al Salvador.

Y como aquel que, en elevada sierra,
Del sol gozando, en deliciosa paz,
Bajo sus pies, tranquilo, en cruda guerra
Ve desatarse fiera tempestad;

Tú, en Tabor tu Calvario convertido,
Verás trocarse, al divinal fulgor,
En paz la angustia de tu pecho herido,
Y tus espinas en fragante flor.

Y ya, en vez de llorar la flor caída,
Ángel que voló al Cielo admirarás;
La que en polvo fué ayer larva perdida,
Hoy mariposa al sol verás brillar,

Sus níveas alas en su luz bañando,
Y con sus besos del zarzal la miel
Libando pura, y el panal formando
Que dió, en ofrenda, al Sempiterno Sér.

Y entonces, la memoria de tu esposa
De tu alma la triste soledad
Llenando, y presentándote gloriosa
La visión de su gozo celestial,

Recordarás los frutos que cogía
De santas flores, que ávida sembró,
Y con las cuales su ángel le tejía
Áureas coronas que le ciñe Dios;

De su lira la harmónica dulzura,
Perfumada en amor de Patria y Fe,
Que, cual nube de incienso, allá en la altura
Vese entre eternas lumbres ascender

Hasta el raudal que vierte hilos de oro,
Luz increada de inmortal fulgor,
Á los cantares del celeste coro,
Del Serafín al hálito de amor;

Y que siendo de Dios á mayor gloria,
Laurel nuevo á su frente ceñirá,
No viejo, cual lo teje aquí la historia,
Ni deshojado por la envidia audaz.

Y cuando llegue ya de tu tristura
Y de tu llanto el suspirado fin,
Viendo en gozo cambiada tu amargura
De santo amor en la mansión feliz,

Renovarse verás, en dulces lazos,
Y á los célicos cánticos brillar,
Los que ella interrumpió castos abrazos,
Del himeneo el apagado altar.

El traductor,
J. LORENZO.





Á LA MEMORIA DE LA ESCLARECIDA POETISA

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

DESIERTA está la Alquería,
Y los pájaros cantores
Ya no ensayan, á porfía,
Tiernas endechas de amores
En la arboleda sombría.

Todo respira quietud
Del feudal castillo en torno:
Ya no resuena el laud
En cuanto abarca el contorno
De aquel templo de virtud.

Del poético instrumento
Se apagó la última nota,
Y el alma finge que aun flota,
En las regiones del viento,
La dulce canción remota.

Llena indecible tristeza
El frondoso laberinto,
En que á columbrar empieza
La mente el alto recinto,
Do está la eterna belleza.

Parece que su corola
Ya inclina la flor galana,
Que á la luz no tornasola,
Y que, al verse triste y sola,
Truécase en ceniza vana.

Desde el castillo al verjel
No se oye una voz siquiera
Que turbe el silencio aquel...
¡Ahuyentó á la primavera
Helado invierno crüel!

Y es que hasta la fuente pura,
Que sus linfas desataba
Por la florida llanura,
Del hielo mísera esclava,
Ni se mueve, ni murmura.

Y ¿cómo nó, si una nube,
Denunciadora de duelo,
De aquel edén manchó el cielo,
Y á su más bello querube
Hizo trasponer el vuelo?

Y ¿cómo nó, si la noche
Se avecinó tanto al día,
Que, presa de suerte impía,
La flor, al abrir su broche,
Perdió aroma y lozanía?

Aves y flores y brisa
Su destino lamentaron,
Y con voz ténue, indecisa,
Es fama que propalaron:
«Ha muerto nuestra poetisa;

»La que nuestro encanto era,
La que era nuestra señora
Y nuestra fiel compañera;
La que nos daba una aurora
De perpétua primavera:

»La que copiaba el matiz
Del lirio y la clavellina;
La que, con fuerza divina,
Los vuelos siguió, feliz,
De la parda golondrina:

»La que nos prestaba aliento
Con su mirada, crisol
De su casto pensamiento;
La que era nuestro sustento,
Nuestra vida y nuestro sol.»

Sí, murió de la Poesía
El más preciado decoro,
Su más preciosa valía;
Y por eso vierte lloro
De dolor la patria mía.

Óyese triste canción,
Que el ángel de la aflicción
Cunde con alas livianas,
Y es que tocan las campanas
Á muerto en el corazón.

Llora, sí, llora, Sevilla,
La perdida maravilla
Que tanta gloria te dió;
Llórala, que no es mancilla
Honrar á quien nos honró.

FRANCISCO RUIZ ESTÉVEZ.

Sevilla, 3 de Enero de 1893.





Á LA MEMORIA

DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

EXIMIA POETISA

Si se pudo romper de tu existencia
La síntesis preciosa;
Si pudo enmudecer la dulce lira,
Que hizo vibrar tu inspiración creadora;
Si se apagó tu acento,
Que en raudales de plácida harmonía
Cantó la *Fe*, las artes, las virtudes
En sentidas poesías;
Si dejaste de ser para las letras,
Y si al amor y á la amistad moriste,
Para la gloria, reservada al genio,
Eternamente existes.

FÉLIX VÁZQUEZ Y CANO.

Sevilla, 19 de Enero de 1893.





EN LA MUERTE

DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

INSPIRADA POETISA

No es la muerte el dolor de los dolores,
No es la vida el placer de los placeres;
La muerte es el consuelo de los tristes,
La vida es el camino de la muerte.

Misterio es el morir, hondo misterio
Que la razón no explica, ni comprende;
Sólo la fe del alma religiosa
Trueca el sepulcro en cuna del creyente.

Tú, que creiste, Antonia, en mejor vida,
Después de la mortal vida terrestre,
En tránsito glorioso convertiste
La horrible angustia que al morir precede.

Feliz tú, la inspirada poetisa,
La que el amor de Dios, en santas preces,
Supo cantar, en acordado acento,
Con dulce frase y expresión vehemente.

¡Desdichados de aquellos que, en la tierra,
No ven el resplandor de luz celeste!
¡Desdichados de aquellos que en la nada
El término del mal hallar pretenden!

Si en la nada acabase el sér humano,
Fuera el nacer escarnio de la suerte.
¿No es cierto, Antonia, que tamaña infamia
De Dios la providencia no consiente?

Lloren hoy tu partida el tierno esposo,
Que tu amor en el alma lleva siempre,
Y el fiel amigo que admiró tu ingenio,
Y halló en tu trato singular deleite.

Ya en el tercio final de mi existencia,
Mis muertos no son muertos, son ausentes,
Que, en plazo corto, dejarán de serlo:
¡Grata esperanza que mi fe mantiene!

LUÍS VIDART.

Madrid, 31 de Diciembre de 1892.



HOMENAJE DE LA PRENSA

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Los artículos comprendidos en esta sección, van colocados por riguroso orden de fechas.



LA ANDALUCÍA MODERNA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

STA insigne poetisa, honra de las letras sevillanas, falleció anteayer en la *Alquería del Pilar,* encantadora finca situada enfrente de la inmediata villa de Dos-Hermanas.

Ni el tiempo ni el espacio de que disponemos nos permiten hoy hacer el trabajo necrológico-biográfico que se merece esa gran figura literaria que acaban de perder las letras españolas, razón por la cual nos concretaremos á llorar su muerte, acompañar en su justo duelo á su amantísimo esposo el eximio vate Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa, y á su distinguida familia.

Pero no podemos prescindir en modo alguno de consignar breves apuntes, que indiquen á los que no tuvieron la dicha de conocerla, la importancia de la irreparable pérdida que hoy lamentamos.

La Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz y Fernández vió la luz primera en la ciudad del sol y de las flores, del amor y de la hidalguía, en la tierra de la gracia y de María Santísima, en Sevilla, y desde muy niña cultivó las letras, siendo la admiración de cuantos vieron los primeros frutos de su privilegiado ingenio.

Sus poesías, siempre castizas, elegantes, sentidísimas, sobre-

salieron entre las de Bueno, Zapata, Benavides, de Gabriel, Campillo, Justiniano, D. José María Capitán y otros, que colaboraron en los periódicos literarios publicados desde 1845 en adelante en esta capital.

Muy joven contrajo matrimonio con nuestro respetable amigo el Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa; y habiéndose juntado dos almas gemelas, sólo la muerte ha podido interrumpir en algún modo las dulzuras del amor santificado por la religión y la práctica de todo género de acciones generosas. Los esposos Lamarque, profunda y sinceramente religiosos, consagráronse á cantar y defender las bellezas y verdades del Catolicismo, ejercitaron con largueza la caridad cristiana, y dedicaron entrañable amor á las letras, estudiando á conciencia nuestros clásicos, y en particular los grandes maestros de la escuela sevillana.

Muchos, y todos muy valiosos, son los trabajos que deja la Sra. Díaz de Lamarque, cuya portentosa imaginación corría parejas con el perfecto dominio de la forma. Entre sus obras recordamos las siguientes:

Poesías: un elegante tomo, con el retrato de la autora; libro que mereció que muchas de sus composiciones fueran traducidas por insignes vates al italiano, al francés y al alemán.

Flores Marchitas: dos tomos de baladas y leyendas, que bastarían para labrar una reputación de poetisa de primer orden.

Aves y Flores: lindísima colección de poesías, de la que no hace muchos meses que nos ocupamos detenidamente en las columnas de LA ANDALUCÍA MODERNA, haciendo justicia á su relevante mérito.

Poesías religiosas: un tomo, encantador por la variedad y grandeza de los asuntos y por el feliz desarrollo de los sublimes pensamientos.

Monserrat: poema premiado por la Academia bibliográfico-mariana de Lérida.

La Academia Sevillana de Buenas Letras premió varias poesías de la Sra. Díaz de Lamarque, que mereció el honor de figurar entre los Árcades Romanos con el nombre de *Eufrosina Elísea.*

La crítica seria consideró siempre á nuestra autora entre los

grandes poetas españoles de nuestro siglo y á la cabeza de la moderna escuela sevillana.

Reunía la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque todas las excelencias y virtudes de la dama genuinamente española, sobresaliendo por su piedad religiosa, por su gran caridad y por su modestia, que era tan grande y sincera que casi resultaba excesiva.

Persona de tales prendas morales y literarias es la que acaba de bajar á la tumba, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de su Santidad.

¡Dios acoja en su seno alma tan privilegiada, y otorgue á su desconsolado viudo el Sr. Lamarque resignación cristiana para sobrellevar tan grande como irreparable pérdida!

(Sevilla, 21 de Mayo de 1892.)





EL ESPAÑOL

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE



La virtuosa señora, la distinguida sevillana, la eminente poetisa española, cuyo nombre encabeza estas líneas, ha muerto. La traidora enfermedad que incesantemente venía combatiendo su organismo, tuvo fatal desenlace en la noche de anteayer, arrebatando la existencia de esta noble señora, que unía á su preclaro talento las más altas virtudes, que la hacían acreedora al cariño y respeto de cuantos la trataban.

Su vivísima imaginación, inspirada siempre en cuanto hay de grande, generoso y digno, producía esas bellísimas poesías que se conservan en sus notables obras, y que siempre tenían por objeto presentar la virtud bajo las más encantadoras y gallardas formas de dicción. Verdad es que su organismo débil y enfermizo la retraía algo de las tareas literarias; mas no por eso abandonó un momento su bien templada lira, pues «cuando las fuerzas del cuerpo están reprimidas, sube el fuego del alma al cielo».

D.ª Antonia Díaz de Lamarque deja escritas tres obras: una de poesías religiosas, en dos tomos; otra de poesías de todas clases, que es un manantial fecundo de inspiración y de harmonía, y la tercera su tan renombrada *Aves y Flores,* de la que no hace mucho teníamos el gusto de ocuparnos al imprimirse en Barcelona.

Las letras están de duelo; con la muerte de esta poetisa, pierden á una de sus más preclaras cultivadoras y á una de las hijas más predilectas del Parnaso. Sevilla debe estar también de duelo, porque la capital de Andalucía se enorgullecía con encerrar en su recinto á una de las imaginaciones más preclaras de España, y que aumentaba la lista de los gloriosos genios que tanto renombre han dado á esta Ciudad.

Desde hace años vivía en Dos-Hermanas en la preciosa Alquería del Pilar, donde, con su amante esposo el excelentísimo Sr. D. José Lamarque de Novoa y su señora hermana D.ª Pilar Díaz, disfrutaba la tranquilidad y reposo necesarios á su salud.

En el vecino pueblo de Dos-Hermanas tendrán lugar hoy á las once de la mañana, como indica la invitación que en otro lugar de este número insertamos, el funeral por su alma y el sepelio, después, del cadáver al cementerio de San Sebastián de dicha villa.

Dios conceda su santa gloria á la que en vida tantos beneficios ha otorgado por medio de una caridad tan excesiva, como habitual en ella, y dé cristiana resignación, como único lenitivo para tan irreparable pérdida, á su desconsolada familia, á cuyo dolor profundo se asocia muy de veras la redacción de EL ESPAÑOL, que tanto afecto profesaba á la finada y en tanto estima á su atribulado esposo.

(Sevilla, 21 de Mayo de 1892.)





EL UNIVERSAL

LA EXCMA. SRA. D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

¡Día de júbilo habrá sido anteayer en la eterna morada donde se complace Dios en premiar las obras del justo sobre la tierra!

Día de luto ha sido en cambio, fatal y memorable día, para un esposo amantísimo y para las letras españolas, pues si dijéramos sólo para las sevillanas, no hablariamos con exactitud.

Aquella ilustre é intachable dama; aquella sublime poetisa en cuyos preciosos trabajos literarios, dice uno de sus críticos, que se aspira un ambiente de bondad ingénita y de dulcísimas esperanzas; aquella superior inteligencia que supo dominar todos los géneros de poesía y vencer todas las dificultades del metro; aquella «poetisa de gran inspiración, poetisa de primera línea», como muy acertadamente la llama un insigne escritor académico; la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque, en fin, ha fallecido en su bella Alquería de Dos-Hermanas el 19 del corriente, después de recibir los Santos Sacramentos y la Bendición de su Santidad; que justo es que, al dejar una vida consagrada al bien y al ejercicio y enseñanza de la moral más pura, haya gozado la virtuosa é inolvidable escritora sevillana el supremo consuelo de ser bendecida en su última hora por el Representante

en la tierra del Dios á quien tanto amó y en cuyo seno estará disfrutando la vida perennal reservada á los buenos.

«¡Esperad y creed!... Es infinita
La clemencia de Dios. ¡Feliz mil veces
Quien fiel lo aclama y en su amor confía!»

Así se expresa la difunta poetisa en una de sus más sentidas composiciones, y en esos tres versos, dice el notable publicista D. Luís Vidart, que «ha resumido el fondo general de todos sus pensamientos».

No pretendemos hacer hoy un examen detenido de las obras de la respetable señora cuya muerte lloramos.

La premura del tiempo y la falta de espacio nos impiden hacerlo en este momento.

Deja la inspirada poetisa varios volúmenes de versos, entre los cuales recordamos ahora los titulados *Aves y Flores, Poesías religiosas* y *Flores Marchitas,* que rivalizan por la facilidad del lenguaje, la corrección y alteza del estilo y la acendrada fe religiosa.

Como poetisa católica deja en Sevilla igual vacío que como novelista dejó la nunca bastante llorada Fernán-Caballero.

Sus relevantes dotes de inteligencia, de las cuales deja elocuentes pruebas, unidas á la bondad de su carácter, hacen doblemente sensible su pérdida.

El nombre de D.ª Antonia Díaz de Lamarque ha sido repetido con admiración y respeto por sus merecimientos. Y si sus composiciones poéticas ganáronle un renombre envidiable en el mundo literario, su caridad cristiana y su amor al desvalido granjeáronle el respeto y consideración de la sociedad.

No hay revista de importancia, ni periódico de Sevilla, y muchos de otras provincias de España, cuya colección no guarde algunas composiciones poéticas de la Sra. de Lamarque.

Muy sensible es siempre la muerte, pero aún lo es doblemente cuando toca en persona cuyas cualidades la hacían acreedora al cariño general.

Terminemos aquí, asociándonos al natural dolor que experimenta el gran corazón de nuestro querido y respetable amigo el Sr. Lamarque de Novoa por la irreparable pérdida de su santa compañera, de aquella con quien caminó tantos años «por el

valle de la vida, llevando en el alma la santa llama de la poesía», y sobre cuya tumba pueden recitarse los siguientes versos, que la misma célebre poetisa escribió en su composición *El verdadero mérito:*

«¡Honor al genio que triunfante alcanza
Con ígneas alas levantar el vuelo,
Y grabado dejar en sus creaciones
De la inmortalidad el alto sello!
Su nombre, que preclaro resplandece,
Lleva la Fama á los distantes pueblos,
Y entre aplausos sin fin, digno homenaje
Entusiasta le rinde el Universo!»

(Sevilla, 21 de Mayo de 1892.)





EL POSIBILISTA

UNA POETISA MENOS

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Allí, en su hermosa *Alquería del Pilar*, donde concibiera en tiempos mejores todas ó casi todas sus originales y encantadoras poesías, ha muerto la ilustre Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque, poetisa insigne, honra del Parnaso moderno español.

Entre las primeras escritoras, al lado de Feliciana Enríquez de Guzmán, Rosalía de Castro, Carolina Coronado, Cristobalina Fernández de Alarcón, Fernán-Caballero, Blanca de los Ríos, María del Pilar Sinués, Mercedes de Velilla, Isabel Cheix, Carolina de Soto y Corro y otras poetisas, vivas ó muertas, que no recuerdo ahora, tiene su puesto la Sra. de Lamarque, que compartió con su esposo, también distinguido poeta, sus mayores triunfos, sus más brillantes éxitos.

Todas las composiciones de D.ª Antonia Díaz tienen, á mi entender, un sabor místico que hace recordar á Sta. Teresa, fray Luís de León, S. Juan de la Cruz y otras grandes figuras del misticismo poético.

Mujer tierna y delicada, llena de fe y de entusiasmo por Cristo, se mostró siempre la excelente autora de *Aves y Flores*.

El mayor mérito de ésta—como dice muy bien el insigne y docto literato D. José M.ª Asensio en el prólogo de la citada obra—consistió siempre en que á su alta inteligencia reunía toda la sensibilidad y la dulzura de un corazón de mujer.

Cierto. La Sra. Díaz de Lamarque tuvo un corazón generoso y una afabilidad exquisita, y esa afabilidad exquisita y ese corazón generoso se revelan en todas sus poesías, que si han sido juzgadas favorablemente por críticos ilustres como Fernández-Espino, Vidart, Rubió y Ors, Fastenrath, el ya citado Asensio y otros igualmente autorizados, no son, al menos en España, todo lo populares que debieran serlo con relación á sus méritos.

Con los de Gabriel y Justiniano, Campillo y Velarde, Montoto y Velilla, Cano y Cueto y Rodríguez Marín, Cavestani y Lamarque de Novoa, más los que dejo sin nombrar por olvido, vivirá siempre ocupando lugar preferente en la literatura sevillana el nombre de D.ª Antonia Díaz.

Poesías religiosas y *Aves y Flores* son los libros más recientes, aunque no los únicos, de esta insigne señora. El primero, como da á conocer su mismo título, es una colección de singulares poesías inspiradas en el cristianismo más ardiente; el segundo es una serie de fábulas morales, que pueden competir en su clase con las ascéticas del glorioso poeta D. Cayetano Fernández.

La introducción de *Aves y Flores* bastaría á conquistarle á la Sra. Díaz de Lamarque una envidiable reputación de poetisa delicada y excelente.

«No hay en la Primavera flor alguna
Que superarla en gentileza pueda.
¡Dichoso el prado ameno
Donde apacible asoma,
Donde vierte su seno
El celestial tesoro de su aroma!
»Dichosa tú, feraz Andalucía,
Que entre morados lirios y claveles,
Entre acacias y frescos azahares,
Más rosas dan tus plácidos verjeles
Que arenas cuentan los extensos mares.»

La que ha escrito estos versos tan harmónicos é inspirados

merece bien de la crítica y de las letras patrias. De ser posible, insertaría aquí trozos de otras composiciones; pero de hacerlo veríame en grave aprieto, porque para mí todas las que trazó la pluma de D.ª Antonia Díaz son igualmente bellas.

¡Descanse en paz la virtuosa escritora sevillana!

ALFREDO MURGA.

(Sevilla, 22 de Mayo de 1892.)





EL RESUMEN

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

El telégrafo nos da cuenta de una sensible desgracia. La inspirada poetisa sevillana D.ª Antonia Díaz de Lamarque ha fallecido ayer en Dos-Hermanas, pueblo próximo á Sevilla, al cual había ido en busca de alivio para la terrible dolencia que la ha llevado al sepulcro, cuando todos abrigaban la esperanza de que cedería algo la enfermedad que sufría.

La poesía ha perdido, con la muerte de esta virtuosa señora, uno de sus mejores cultivadores.

No era la Sra. de Lamarque de aquellas damas á quienes caía de molde la frase del escritor que condena á las del sexo bello que desatienden sus obligaciones, trocando la aguja por la lira.

La respetable finada hacía versos en sus ratos de ocio, y los publicaba á excitación de sus amigos, pues ella de por sí jamás habría dado á la prensa las producciones de su inspirada fantasía.

La Sra. de Lamarque alcanzó en poco tiempo un gran nombre, merced á su vasto talento y á las singulares condiciones que la adornaban para cultivar la literatura.

Sus composiciones eran delicadísimas y estaban impregnadas de cierta melancolía que las daba más realce.

La ilustre poetisa colaboró en cuantos periódicos literarios vieron la luz en Sevilla, y ha honrado además con su firma las columnas de algunos de esta Corte.

En sus poesías hallábase siempre de manifiesto la grandeza de alma de la Sra. Díaz de Lamarque, á quien todos respetaban y querían, y por quien todos sentían admiración en Sevilla.

Así vemos, que á la vez que la noticia de su muerte, vienen hasta nosotros ecos del dolor que ha causado en la capital de Andalucía esta pérdida irreparable, llorada por los sevillanos y sentida por cuantos tuvieron ocasión de conocer á la finada y apreciar sus envidiables méritos.

Nosotros participamos hondamente de igual pena, y nos asociamos al sentimiento que embarga á la familia de la ilustre señora, cuya alma disfrutará seguramente de la paz reservada á los buenos.

C. J. DE ARPE.

(Madrid, 22 de Mayo de 1892.)





DIARIO DE CÁDIZ

UNA POETISA CRISTIANA

El telégrafo nos ha comunicado la triste nueva del fallecimiento de una de las mujeres que más honraban á su sexo en España; inspirada poetisa, cuyos cantos de una dulzura incomparable han elogiado propios y extraños, esposa modelo, católica fervorosísima, mujer, en suma, que Dios había enriquecido con los más preciosos dotes del ingenio y del corazón: para el público en general escritora eminente y poetisa sincera; para su esposo la felicidad en la tierra; para la Iglesia una hija predilecta; para la patria una de sus glorias más puras; para los pobres una madre; para todos los afligidos un paño de lágrimas. Sevilla ha perdido uno de sus ornamentos más preciados, y la generación que se va en toda España uno de sus títulos legítimos al aprecio, al respeto y á la gratitud de la generación presente.

D.ª Antonia Díaz de Lamarque, á quien se refieren estas líneas, trae involuntariamente á la memoria el recuerdo de Fernán-Caballero. Aunque tan desemejantes entre sí por la índole de sus respectivas vocaciones literarias, novelista de costumbres la una, poetisa lírica la otra, coincidieron ambas en la profundidad y ternura de sus sentimientos religiosos, en el amor á las letras, en las felices disposiciones que demostraron para cultivarlas, y muy especialmente en la modestia con que supieron seguir la carrera de las letras, harmonizando perfectamente, y de

modo que ganaba los corazones de todos, la publicidad de la bien adquirida fama con la humildad, que es uno de los más simpáticos atractivos del sexo femenino.

Ni Antonia Díaz, ni Cecilia Bolh, se juzgaron mujeres superiores, ni soñaron con *emanciparse de la tiranía* del hombre, ni con la igualdad de derechos, ni con tener voto en las Cámaras legislativas, ni aun con ser académicas; por ser escritoras, y escritoras insignes, no se creyeron en el caso de abdicar de sus positivas y dulces prerrogativas sociales de *señoras* de su casa. Vivieron en la interioridad del hogar, sin estruendo ni escarceos, siendo, según los diferentes estados en que Dios las fué poniendo, hijas obedientes y sumisas esposas, según el eterno modelo esculpido por Fr. Luís. Ni á una ni á otra concedió la Divina Providencia la suprema prerrogativa de la maternidad; pero así como el deseo hace mártires, la caridad hace madres de mujeres que no lo son maritalmente, y Antonia y Cecilia fueron madres de los pobres y de los afligidos.

La insigne poetisa que acaba de morir fué un ejemplo vivo de cómo puede harmonizar una mujer cristiana el talento extraordinario de la escritora con las virtudes sencillas de la señora. Fué buena hija, excelente esposa, fiel amiga, católica ejemplar, y nada de esto le impidió ser excelsa poetisa. Su poesía, de una dulzura incomparable, no fué más que el desbordamiento, la expansión tranquila de sus insignes virtudes, de su fe ardentísima, de su esperanza y de su caridad.

«Los afectos religiosos y morales (escribe el padre Blanco en su celebrada obra *La Literatura Española en el siglo XIX*) han guiado constantemente su pluma, dando ocasión para que alguien le aconsejase descender á la ardiente arena de la poesía filosófica; pero la Sra. Lamarque ha preferido, con mucho acierto, seguir el impulso de su vocación propia, y el ejemplo de la Avellaneda y de Cecilia Bolh, antes que el de Mad. Ackerman y la autora de *Ledia,* de las que en todo caso la separaría el abismo que media entre la negación y la fe.»

El eminente crítico Fastenrath dice á propósito de las composiciones de Antonia Díaz cosas tan bellas como éstas:

«..... sus poesías son como el incienso de la plegaria, y se han inspirado á la sombra de la Cruz; todas ellas son un himno

de gloria á la Redención del Crucificado, ya las que han nacido de la contemplación íntima de la paz del propio espíritu, ya las que han brotado junto á los muros del templo, ya las que en el interior doméstico, en su dicha suprema de Nochebuena, ha sugerido á la poetisa. Ésta sí que puede decir lo que pone en labios de Colón en su romance *La Virgen de la Rábida:*

«Devota soy de María
Desde mi infancia más tierna.»

»Aromáticas flores de María son indudablemente muchos de los cantos de Antonia; pero no por eso deja de alentar en ellos el perfecto sentimiento de la naturaleza, que tan grato es siempre para un corazón germánico. ¿Qué alemán no palpita oyendo estas primeras estrofas de *La Despedida de la Primavera*?

«Ya te alejas presurosa,
Bella estación encantada;
Ya te alejas presurosa
De los campos de mi patria.

»El prado y el bosque umbrío
En breve tus ricas galas,
Al rayo del sol ardiente,
En polvo verán trocadas.

»Moradoras de las selvas,
Leves, apacibles auras,
¿Para las flores de hoy
No habrá un recuerdo mañana?»

Como en otra ocasión, menos triste que la presente, escribimos ya, no se necesita ser alemán para que estos acentos inspirados lleguen á lo más íntimo del corazón.

No son únicamente el padre Blanco y Fastenrath los que hân celebrado como merecen serlo las dotes poéticas de la respetable dama que acaba de bajar al sepulcro. Fernández-Espino, el eminente literato sevillano; Rubió y Ors, y otros muchos, enaltecieronlas, colocando á la insigne Antonia en la cima del Parnaso español.

Otra escritora, no ciertamente del mérito de la Sra. de Lamarque, dijo de ella:

«Todo es en Antonia poético: su figura, la expresión de su rostro y sus costumbres.»

No podían ser estas últimas más sencillas, tratándose de una dama que por su matrimonio podía considerarse opulenta. Los Sres. de Lamarque han invertido durante su largo matrimonio los cuantiosos bienes que poseían en hacer muchas limosnas y en proteger las letras, por las que ambos cónyuges han sentido el mismo cariño entrañable y entusiasta. Su lujo era tener cerca de Sevilla un verdadero paraíso en la famosa y hospitalaria Alquería del Pilar. La Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque (escribió también Fastenrath), la bella y distinguida esposa del celebrado poeta, amigo y protector del arte, D. José Lamarque de Novoa, pulsa la lira al par que cantan las aves en su magnífico jardín de la poética Alquería del Pilar.

En ese delicioso retiro han vivido felices los esposos Lamarque, cultivando las letras, ejerciendo la hospitalidad con españoles y extranjeros distinguidos, y la caridad con todos los pobres de la comarca; viviendo en suma como dos grandes señores de los antiguos tiempos, en aquel momento feliz en que el espíritu cristiano de la Edad Media se alió con el entusiasmo literario despertado por el Renacimiento. En ese retiro, finalmente, ha sorprendido la muerte á la Sra. de Lamarque. Si es indudable que cada uno muere como ha vivido, podemos afirmar desde luego que la muerte de la insigne poetisa habrá sido ejemplar, la muerte de una cristiana digna de serlo.

Cerremos estos deshilvanados apuntes con un hermoso párrafo dedicado por el Sr. Rubió y Ors á la ilustre escritora que acaban de perder la Iglesia y la patria:

«La fe, escribía no hace mucho el crítico catalán, es como la fuente de donde nacen los ríos de poesía que brotan de todos sus versos... No la fe fría y más ó menos sujeta á dudas ó á vacilaciones, sino la fe sumisa, y, como tal, ciega, y por sumisa y ciega favorecida por el Cielo con resplandores á veces hasta sobrenaturales. Podría decirse de la Sra. de Lamarque lo que de sí propio escribía Fr. Luís de León; á saber: *que era poeta por inclinación de su estrella, y no por su juicio y voluntad.*»

Que descanse en paz la dulce poetisa, fervorosa cristiana, y respetabilísima señora.

A. S.

(Cádiz, 30 de Mayo de 1892.)



EL DEFENSOR DE GRANADA

D.ª ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Las musas españolas están de luto; la poesía lírica ha perdido una de sus más inspiradas cultivadoras; Sevilla y España una de sus más legítimas glorias; los desvalidos y los menesterosos, un sér en quien sus miserias y sus dolores hallaron en toda ocasión lenitivo y consuelo.

La Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque, la genial poetisa, á cuyo nombre van unidos los esclarecidos timbres de un peregrino talento, de un gran corazón, de una sensibilidad exquisita y de una inmaculada aureola de virtudes cristianas, ha bajado al sepulcro, dejando un inmenso dolor á cuantos la conocieron y un vacío en la literatura genuinamente castellana, difícil de llenar en estos azarosos tiempos, en que las escuelas extranjeras llevan su influjo á las producciones de casi todos nuestros poetas, y la lírica española apártase más cada día de la hermosa senda por donde la encaminaron Fr. Luís de León, Herrera, Rioja, Cetina, Garcilaso, el celebrado Lista y otros eminentes varones.

Sevilla, santuario en todos los tiempos de la belleza y del arte, tuvo como una de sus más brillantes galas el estro fecundo y luminoso de la malograda poetisa, cuyo nombre, como el de Bécquer, murmurarán siempre con melancólica nostalgia las on-

das cristalinas del Guadalquivir, tantas veces cantado por la lira de oro del autor de las *Rimas* y por el plectro harmonioso de D.ª Antonia Díaz de Lamarque.

La ciudad del Betis, que rindió constante tributo de admiración y cariño á su predilecta poetisa, hállase hoy bajo el peso del justo dolor que su muerte le ha producido, y que refleja de modo gráfico la prensa sevillana, rindiendo desde sus columnas sentido homenaje de admiración y afecto á las virtudes y talentos de esta renombrada escritora, cuyas obras no pasarán nunca, porque están inspiradas en lo bello y en lo bueno, en lo que subsistirá siempre, y por encima de todas las escuelas, como norma inmutable y eterna del arte.

Como mujer, D.ª Antonia Díaz de Lamarque fué el más acabado modelo de la dama cristiana; firme en sus creencias religiosas, avara de sus virtudes, pródiga para los pobres, sencilla y afable en su trato, digna y correcta en todas ocasiones. Como poetisa llegó donde pocas, ocupando preeminente puesto entre las escritoras españolas, y figurando honrosamente en las nutridas filas de los mejores poetas sevillanos, antiguos y modernos.

Su fecundidad literaria ha corrido siempre parejas con su inspiración, y sus composiciones líricas son en tan gran número y de tal valía, que para estudiarlas detenidamente menester fuera el espacio de un extenso volumen. Las últimas obras suyas que conocemos son dos hermosas colecciones poéticas, tituladas *Aves y Flores* y *Poesías religiosas*, en que la Sra. Díaz de Lamarque ha vertido copioso raudal de bellezas, y ha conquistado uno de sus más brillantes laureles literarios.

Inspirándose siempre en los sublimes idealismos de la moral cristiana, dejando volar su imaginación por las eternas regiones de lo infinito, embriagando su alma de artista en las ondas perfumadas de azahares del ambiente de su patria, tomando harmonía y corrección para sus versos de los buenos modelos de la clásica escuela sevillana, Antonia Díaz de Lamarque, imitando á Fr. Luís de León, ha harmonizado la grandeza del fondo con la sencillez y belleza de la forma, pudiendo decirse de cada una de sus composiciones que son como sartas de perlas desgranadas en copas de finísimo cristal.

La crítica le rindió en todas ocasiones tributo de considera-

ción y respeto, elogiándola como poetisa de altos vuelos y contándola como á una verdadera gloria de la literatura patria.

Fastenrath, el padre Blanco, Rubió y Ors, Fernández-Espino, María del Pilar Sinués, D. José María Asensio, Castro y Serrano y otros literatos y críticos eminentes, han elogiado en más de una ocasión á esta insigne poetisa, herida por la muerte en desdichada hora para el arte patrio, y cuando su numen lozano aún podía enriquecer con nuevas joyas literarias nuestro Parnaso.

La muerte, que, como el rayo, siente más atracción hacia aquello que más alto descuella, descargó su golpe terrible en aquella inteligente cabeza, que hoy duerme sobre sus laureles el sueño de la eternidad. Hay, sin embargo, algo sobre la materia que halla vida en la muerte y nueva luz entre las sombras de la tumba; el alma virtuosa, que se siente arrastrada hacia Dios desde las honduras del sepulcro, y el nombre de los genios que la posteridad graba en su libro. Con la muerte de la Sra. de Lamarque, un alma ha subido hasta el Cielo y un nombre esclarecido acaba de escribirse en los anales de la posteridad.

(Granada, 3 de Junio de 1892.)





EL ESPAÑOL

EN EL ATENEO

Anteanoche, como estaba anunciado, tuvo lugar en este centro docente la velada literaria en honor de la insigne é inspirada poetisa sevillana excelentísima Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque, que desapareció de este mundo no hace un mes, llenando de luto á las letras españolas.

El salón de conferencias se hallaba ocupado en toda su extensión por gran número de socios, conocidos en su mayor parte por su amor á la literatura, por su ciencia y por su notoria ilustración, y de muchas personas de la amistad de la malograda escritora en cuya memoria se celebraba el acto.

Ocupaba la presidencia D. Salvador Calderón, Presidente del Ateneo, y á uno y otro lado se sentaron los eminentes poetas y escritores sevillanos, Montoto, Cano y Cueto (que, aunque algo molesto de la vista, no quiso dejar de tomar parte activa en esta fiesta literaria), Velilla, Angulo y Laffón (D. Amante).

Á cargo de este último estaba el discurso inaugural del acto, pronunciando uno tan elocuente como inspiradísimo y lleno de verdadera erudición. El Sr. Laffón busca al poeta de corazón, al poeta que no sigue más que esta preceptiva, al que sin desatender la forma y el clásico estilo, no se inspira más que en su propio sentimiento, en su alma de artista. Esto lo encuentra el

orador en los versos de la Sra. Díaz de Lamarque; sintetizando en este precioso pensamiento el asunto de su hermoso discurso, que fué aplaudido con entusiasmo y elogiado como merecía por cuantos tuvieron el gusto de escucharlo.

Á continuación leyeron poesías de la autora de AVES Y FLORES, entre otras las tituladas *La destrucción de Numancia*, *El buen camino*, *La sátira y la crítica*, *La vuelta de la Primavera* y *Las poetisas españolas* (epístola á una amiga), los Sres. Montoto, Angulo, Cano y Cueto, Velilla y Laffón, aplaudidísimas todas.

El Sr. Velilla dió lectura al siguiente inspiradísimo soneto, escrito por su hermana D.ª Mercedes, que fué muy aplaudido también:

Á LA MEMORIA

DE LA EMINENTE POETISA

EXCMA. SRA. D.ª ANTONIA DÍAZ Y FERNÁNDEZ

SONETO

Vibró en su lira la postrera nota,
Y en sus labios el último gemido;
Su espíritu, del polvo desprendido,
Surcó feliz la inmensidad ignota.

El cuerpo inerte, con el arpa rota,
Al fondo de la tumba ha descendido:
Tesoro de virtud ¡ay! ya perdido,
Raudal de inspiración que ya no brota.

Ella, al partir hacia el divino puerto,
Dejó cerrado al bien y á la alegría
El templo del amor, su hogar desierto.

Mas si lo cierra la desgracia impía,
Otro á su nombre resplandece abierto:
El templo de la gloria y la poesía.

MERCEDES DE VELILLA.

Por último, el Sr. Presidente pronunció breves pero sentidas frases con motivo de esta reunión y para dar gracias á cuantos en la misma habían tomado parte, dándose por terminado el acto.

(Sevilla, 21 de Junio de 1892.)



LA ANDALUCÍA MODERNA

MERECIDO GALARDÓN

HEMOS visto con singular satisfacción que el Ayuntamiento, en el Cabildo celebrado el día 24, acordó por unanimidad, á propuesta del Teniente de Alcalde Sr. Gómez Imaz, honrar la memoria de la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque poniendo á la calle Áncora, donde, según tenemos entendido, residió mucho tiempo y aun escribió algunas de sus más famosas composiciones la ilustre poetisa sevillana, el nombre de *Antonia Díaz*.

LA ANDALUCÍA MODERNA, que fué uno de los primeros periódicos que iniciaron el pensamiento, y el que con mayor extensión lo desarrolló, no sería consecuente con sus propias convicciones en este punto si no tributara elogios á la Corporación Municipal por haber acogido favorablemente la idea y haberla llevado á efecto por unánime consentimiento de los Sres. Concejales, para hacer todavía más honorífica la resolución.

La egregia vate Antonia Díaz será considerada siempre como una de las figuras más interesantes de la literatura sevillana en el presente siglo, y el Ayuntamiento de Sevilla, perpetuando su memoria, cumple con uno de los deberes más estrechos que tienen los representantes de un pueblo, que es glorificar á sus hijos ilustres.

(Sevilla, 28 de Junio de 1892.)



EL GLOBO

SEVILLA INTELECTUAL
SUS ESCRITORES Y ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE



OMPARABLE á Sta. Teresa de Jesús ha llegado á ser la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque, la más hermosa personificación de la poesía religiosa en España. Sus cantos revelan un corazón enamorado de Dios sinceramente, y en sus versos, como en su prosa, palpita el mismo espíritu que en los de la sublime doctora, y en las bellísimas novelas de Fernán-Caballero.

Uniendo á una superior inteligencia la sensibilidad y la dulzura de un corazón de mujer, en su lira de oro han encontrado suavísimo y delicioso eco los más puros sentimientos del sér humano. Cristiana á la vez que artista por temperamento y por educación, pudiera decirse de ella, como oportunamente observa uno de sus biógrafos, lo que de sí propio escribía Fr. Luís de León: «que era poeta por inclinación de su estrella, y no por su juicio y voluntad.»

Nacida en la villa de Marchena el 31 de Octubre de 1827, sus padres, D. Ramón Díaz y Giráldez y D.ª María de los Dolores Fernández, procuraron desde un principio darle una educa-

ción esmeradísima, instruyéndola desde la cuna en los altos misterios de la Religión cristiana, de la cual estaba destinada á ser inspirada cantora.

Desde muy joven comenzó Antonia Díaz á revelar sus grandes aptitudes para la poesía escribiendo versos á la Virgen, de quien siempre fué ferviente devota; y en pocos años llegó á ser admirada por cuantos escritores y eruditos conocían sus trabajos, mereciendo por la profundidad de su genio que D.ª María del Pilar Sinués de Marco escribiera y publicara en *El Correo de la Moda,* el año 1861, la primera biografía de la ya célebre poetisa, acerca de quien se expresaba así la Sra. Sinués:

«No hay en el moderno Parnaso lira alguna que aventaje en ternura, melodía, suavidad y sentimiento á la de D.ª Antonia Díaz; sus cuerdas, siempre que suenan, parecen pulsadas por las delicadas manos de las Gracias; el ángel de la castidad la ha coronado de flores, el querube guardador de la pureza la cobija bajo sus alas; perlas y azucenas brotan de esa arpa de oro, y si alguna vez entre sus notas nace el llanto, sólo es como el dulce rocío de la virtud.»

Casada con el notable poeta Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa, en vez de abandonar el cultivo de las letras, le siguió dedicando principal atención, y en su magnífica Alquería del Pilar (en Dos-Hermanas), donde ha pasado casi toda su vida, continuó pulsando la lira, acompañada por el canto de las aves, y dando á la prensa los bellísimos frutos de su ingenio.

Rodeados de cuantas comodidades se pueden apetecer, se consagraron al estudio los dos felices esposos en una mansión tan deliciosa que sólo es comparable á uno de aquellos verjeles que los califas de Damasco regalaban á sus vates favoritos. Cuando yo visité aquellos extensos jardines, en cuyo centro se levanta artístico palacio, me creía transportado á la *isla encantada* donde Armida detuvo enamorada al valiente Reinaldo, y seguramente les ocurrirá lo mismo á cuantos hayan leído la inmortal obra de Tasso y contemplen aquel sitio en que la Sra. de Lamarque ha escrito sus mejores libros, de los cuales ha publicado: en Sevilla, un tomo de poesías, precedido de un prólogo de Fernández-Espino, que vió la luz pública en 1867 y en el cual figuran sus odas *Á Marchena* y *La destrucción de Numancia,* así

como también una epístola titulada *Las Poetisas españolas,* que dedica á una amiga suya.

En los años de 1877 y 1882, respectivamente, publicó dos tomos de baladas y leyendas con el título de *Flores Marchitas,* á que puso el prólogo D. Luís Vidart; y en 1881 dió á la estampa una interesante novela original, que lleva por título *El precio de una dádiva.*

Para juzgar del mérito de estas obras, baste decir que fueron aplaudidas por notables críticos y celebradas por toda la prensa tan pronto como empezaron á circular; porque ese bendito entusiasmo por las cosas excelsas que se revela en estos como en todos sus trabajos, no se manifiesta de un modo irregular é impetuoso, sino que á la vehemencia del sentir corresponde admirablemente la intachable pureza de la forma.

El eminente crítico alemán Fastenrath, que hace años publicó en su patria una biografía de la Sra. de Lamarque, de quien ha traducido varias composiciones al idioma de aquella nación, dice refiriéndose á las poesías religiosas de Antonia Díaz que «son como el incienso de la plegaria y se han inspirado á la sombra de la Cruz; todas ellas son un himno de gloria á la Religión del Crucificado, ya las que han nacido á la contemplación de la paz del propio espíritu, ya las que han brotado junto á los muros del templo...

»Cantando himnos á la amistad, á los deberes de esposa y madre, á los purísimos goces del espíritu, ha sido juzgada por los críticos más severos como una gloria del Parnaso moderno, y ha escuchado aplausos de la multitud, entusiasmada por su talento, en cuantas lides ha tomado parte.»

Los dos últimos libros publicados en Barcelona por D.ª Antonia Díaz en los años 1889 y 1890 han merecido de los inteligentes el mismo elevado juicio y los mismos elogios que todos sus escritos.

El primero, titulado *Poesías religiosas,* preciosamente ilustrado por D. Joaquín Diéguez y con un prólogo del Sr. Rubió y Ors, es una verdadera joya literaria, acerca de la cual dice uno de nuestros más ilustres escritores:

«Todas sus composiciones, ora sean las consagradas á ensalzar verdades dogmáticas, tales como, por ejemplo, las tituladas

Á Dios en el Augusto Sacramento de la Eucaristía, Á la Inmaculada Concepción de la Virgen, etc., ora á enaltecer las virtudes y las soberanas bellezas ó las más que humanas aflicciones de la que lleva el tristísimo dictado de Reina de las Angustias; ya á describir las delicias de un alma que se da toda á Dios, como la esposa al esposo; ó ya, en suma, para no amontonar más ejemplos, las dedicadas á cantar las bellezas de la Naturaleza, que por admirable manera ama y siente en todas sus composiciones, crúzanse y se confunden las bellezas inspiradas directamente por aquella su fe ardiente, con las que traen su origen de su fantasía y de su corazón . . . .

»*La Religión Cristiana, La Nochebuena, La Soledad de María,* y cuantas contiene la obra, son composiciones que bastaría unā cualquiera de ellas para merecer un puesto preeminente en el Parnaso español.»

El segundo libro que ha dado á la prensa, en Barcelona, con el título de *Aves y Flores,* ilustrado por D. Francisco Blanch, es una preciosa colección de fábulas morales: fué declarado de texto por el Consejo General de Instrucción Pública, y del cual libro nada puede decirse con más acierto que lo hace el excelentísimo Sr. D. José María Asensio en el prólogo que puso á este trabajo.

«Las fábulas de la Sra. de Lamarque (dice Asensio) admiran por su originalidad y pasman por su ejecución. Todos los aplausos que con tanta justicia se tributaron á los autores de las fábulas políticas, literarias y ascéticas, toda la gloria que circunda sus ilustres nombres, debe reflejar en la autora de *Aves y Flores,* abrillantando el nimbo de su fama. Porque en éstas se encuentran todas las cualidades superiores que avaloran aquéllas, realzadas con la dificultad mayor de la limitación de los medios, pues no parece posible que en tan reducidos términos se presente tanta variedad de asuntos y se realicen tales exposiciones de pensamientos, ora profundos, ora ligeros, en formas por demás atractivas llenas de belleza y de novedad.

»Poco más de sesenta fábulas contiene este volumen, y aunque en ellas se encuentran todas las condiciones literarias que resplandecen en los demás escritos de la célebre poetisa, admiramos aquí en más alto grado, tal vez, la expresión clara de los

conceptos, las frases gráficas y en alto grado significativas, unidas á una concisión que sorprende.»

Si fuéramos á citar solamente los nombres de los esclarecidos ingenios que han admirado á esta poetisa y ensalzado sus producciones, aunque no transcribiésemos ni un fragmento de los juicios que han emitido, sería necesario llenar un volumen de muchas páginas; y como los méritos de esta ilustre señora son más que conocidos por cuantos cultivan las letras patrias, sólo diré, para terminar, que Antonia Díaz ha logrado ser una verdadera gloria sevillana y la representación más genuina de nuestra gran poesía religiosa.

La Sra. de Lamarque ha muerto en los últimos días del pasado mes de Mayo: la Religión del Crucificado ha perdido con ella á una de sus más sublimes cantoras.

MATHÉSFILO.

(Madrid, 1.° de Julio de 1892.)





CRÓNICA DE CÁDIZ

MUERTOS ILUSTRES

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Las letras españolas en general, y las andaluzas en particular, han sufrido una pérdida muy sensible con la muerte de esta distinguida señora, cuyo talento hermanaba con sus virtudes para hacerla tan digna de admiración como de respeto.

La que fué esposa feliz del también ilustre poeta excelentísimo Sr. D. José Lamarque de Novoa, había nacido en Marchena el día 31 de Octubre de 1827.

En 1857 publicó su primer tomo de poesías, habiendo aparecido en distintas publicaciones sus delicados versos, y mereciendo premios de importancia en diversos certámenes y sinceros elogios de todas las personas amantes de la amena literatura.

Su salud, nunca muy fuerte; su género de vida apacible y retirada en la deliciosa Alquería del Pilar, situada en las inmediaciones de Dos-Hermanas, verdadero nido de flores preparado por un esposo amante para el descanso de su dulce compañera, ó en su hermosa casa de Sevilla, donde parecían seguirla *sus aves y sus flores*, así como la seguían la casta sencillez de sus

pensamientos y el suave reposo de su corazón, han influído en la forma poética de sus creaciones, manteniéndola apartada de los vaivenes que las corrientes modernas imprimen al gusto literario, ora empujándolo hacia un realismo falso, puesto que tiende á negar la poesía de la naturaleza y del espíritu; ya engolfándolo en descripciones tan minuciosas que fatigan el pensamiento que las sigue, ó bien perdiéndose en tales profundidades psicológicas, que resultan más vagas y confusas, pretendiendo ser profundas y sentenciosas, que las fantasías líricas del romanticismo.

Antonia no pudo luchar con tales tendencias, que acaso llegó á conocer por referencias de su ilustrado esposo, que sigue desde su retiro el movimiento artístico y social, más que por su propio estudio; pues resguardada de las impurezas del exterior en la santidad de su hogar, realizando en un rincón de la tierra murado de flores un idilio del Cielo, jamás pudieron herirla luchas que no están exentas de amargura, puesto que destruyen ideales venerados y arrancan arraigadas creencias.

El estilo de Antonia, siempre igual, refleja la tranquilidad de su alma, como se copia en el mar la del cielo.

Sencilla, plácida, feliz, resignada en los dolores, religiosa siempre, con una elevación de sentimientos digna de la alteza de su pensar, con una dulzura de frase que es por sí sola una cadencia, sus poesías se impregnan en la ternura de su alma; son, no la obra de su talento, sino el eco de sus sensaciones; resultan artísticas en fuerza de ser sencillas: que la verdad es el ideal del arte, y jamás lo que se imita puede superar en belleza al modelo.

En sus libros, *Flores Marchitas,* dos tomos de baladas y leyendas; *Poesías religiosas,* un tomo, y *Aves y Flores,* fábulas morales, impresas con gran lujo, hay pensamientos delicadísimos, acertadas reflexiones filosóficas, máximas de piedad, oraciones sentidísimas, y una corrección de forma, una elevación de conceptos y una sobriedad de frases verdaderamente admirable.

La poetisa expresa su sentimiento con la facilidad con que cantan los suyos los ruiseñores de su jardín.

Si la vida humana, si el pensamiento, si cuanto emana del hombre se amolda al medio en que se desarrolla, y el ambiente exterior da forma y sér á las vagas nebulosas del espíritu, los

versos de Antonia se han hecho con jugo de flores y cantos de aves, con rayos de sol y murmullos de brisas, con santas afecciones y recuerdos de gratitud.

En ellos no hay quejas, no hay reproches, no hay amarguras, ni soñadas siquiera, como se complacen los poetas llorones de la antigua escuela en ofrecérnoslas; no hay una sola nota exagerada ó falsa: todo es dulce, sencillo, poético en su verdad, simpático por su poesía.

Y no se crea que esta forma, tersa y limpia como el cristal, sirve tan sólo para solaz del gusto y recreo del oído, nó; los versos de Antonia, si son sencillos, como su vida, no son frívolos ni insignificantes, como tampoco lo fué aquélla, consagrada al bien, y ocupada con la práctica de la virtud.

En ellos hay revelaciones de un alto espíritu, al par que bellezas de primer orden.

Consolando al ilustre escritor alemán-español D. Juan Fastenrath de la muerte de un sér querido, escribe:

«La muerte impía arrebatarlos puede,
Mas no el amor con ellos arrebata;
Que el mismo Dios, con nudo indisoluble,
Nuestra existencia con la suya enlaza.
»Sí; de mi padre, de mi madre tierna,
Aún contemplo las sombras venerandas,
El bien recojo que sembraron ellos,
Y su recuerdo bienhechor me ampara.
»Su espíritu latir siento en el mío;
Y si la dicha en derredor me halaga,
Tiendo las manos á invisibles seres,
«Gracias» diciendo con amor, «¡oh, gracias!»

¡Qué hermosa fe revelan esos versos, y qué noble gratitud la que así conserva el recuerdo del bien recibido!

No entra en nuestro plan el extractar poesías de nuestra llorada autora para confirmar nuestros asertos; qué, sobre ser muy conocidas y merecidamente ensalzadas, son tantas las que merecen la preferencia, que deberíamos formar un nuevo libro para ser justos en la elección: pero no podemos dejar de citar su magnífico poema religioso *Á María en Monserrat* en octavas reales, de tan hermosa estructura como rico de inspiración, que con-

trasta por sus tonos viriles y su entonación poderosa con la suave timidez de sus fábulas y la dulzura de sus plegarias.

También pertenecen á este género su celebrada oda á *La destrucción de Numancia,* traducida al alemán y al italiano; su oda *Á Marchena,* su pueblo natal, y su epístola en tercetos á *Las Poetisas españolas.*

Estas composiciones figurarán en un libro que recopilará todo lo inédito que se conserva de la ilustre poetisa, y las composiciones que figuraron en el primer tomo de sus poesías, cuya edición está agotada hoy.

Confiada esta tarea al Sr. Lamarque, no hay que decir más, pues ya se adivina que la obra póstuma de su bien amada esposa habrá de ser esmeradamente editada. Este libro aparecerá en Barcelona en el próximo año.

El talento de la Sra. Díaz de Lamarque no se prestaba con facilidad á la ficción, si bien ésta fuera artística; y se prueba en que intentó cultivar la novela, escribiendo una que se titulaba *El precio de una dádiva,* y, no satisfecha del ensayo, abandonó el género.

No era, sin embargo, refractaria á la prosa, que muy fácil, muy correcta y muy florida demostró saber escribirla en un bello artículo consagrado á *La sevillana* en la notable obra, redactada por señoras, donde se dan á conocer *las mujeres españolas, americanas y lusitanas,* y que debe satisfacer á sus paisanas por la perfección del retrato.

La muerte de Antonia Díaz de Lamarque, lamentada por la prensa andaluza, ha despertado un eco de sentimiento en la de España, pero no todo lo intenso que debería ser para cumplir con la poetisa preclara el deber de una honrosa despedida, en pago de la ilustración que ha difundido con su pluma y de las virtudes que ha sembrado con la tendencia moral de sus escritos, mucho más útil á la sociedad que las tesis realistas con que se despiertan pasiones y se halagan vicios en los espíritus débiles.

Es cierto que con su pluma no ha levantado tempestades, pero también lo es que ha despertado sentimientos; y si se cree que la compensación de una vida feliz y de una tranquila posesión de goces debe ser el olvido, contribuiremos á la pereza

egoista de los seres dichosos, que comprenderán que la humanidad no habrá de agradecer ni recordar las molestias que por su bien se impongan.

Al ofrecer nuestro homenaje de admiración á la santa muerta, enviamos á su ilustre viudo los sentimientos de pésame que su dolorosa pérdida nos ha inspirado.

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Cádiz, 6 de Agosto de 1892.)





DIE GESELLSCHAFT

DE LEIPZIG

PERIÓDICO MENSUAL DE LITERATURA Y ARTE

En Sevilla, en toda Andalucía y por toda España cunde esta triste nueva: Antonia Díaz de Lamarque, la poetisa de Dos-Hermanas, la cantora de la Religión y de la patria, de Sta. Justa y Sta. Rufina, de los monjes y de los Santos, de las flores y de las aves, no existe ya. La buscamos en vano en su encantadora Alquería, donde fué la filomela de más preciada voz, y donde ella, Fernán-Caballero de la poesía, llamaba hermanas á las flores y á las aves. No la busquemos ya en las orillas del Betis, susurrante de leyendas y exhalando el aroma del azahar; no ya en los templos andaluces, cuyas campanas no suenan nunca más alegres que cuando tocan en alabanza de la Virgen: busquémosla en aquel país lejano, hermoso, desconocido, en el que no penetra ningún ojo humano, y á donde huyó del polvo de la tierra. Ella demostró la entereza de Ana de Droste-Hülsdorf y la fe y ternura de Luisa Heusel. Como Blanca de los Ríos y Velarde, tenía más espíritu que cuerpo; era ligera como una pluma y apacible como el céfiro que descansa un momento en el cáliz purpúreo de la rosa. El 19 de Mayo fué el día de su muerte. Sus hermanos y hermanas españoles en Apolo le han dedicado poesías ante su sepulcro, y el Ateneo Sevillano ha consagrado una sesión á su memoria.

En una de sus más hermosas fábulas poéticas aparece un jurado constituído por el cedro, el olivo y la encina, cuyos árboles representa como los más perfectos de los hijos de la selva. Lidian por el premio, la acacia, como símbolo de la belleza, el laurel como símbolo del valor, y la palmera como símbolo del genio. Ya iban á coronar como vencedora á la palmera oriental, cuando se levanta el ciprés, señalando al sauce, que, imagen fiel de la santa virtud, guarda cariñoso los sepulcros. Sólo él, que inclina con tanta ternura sus ramas, es declarado rey de las selvas.

Hoy se inclina el sauce sobre la tumba de su noble cantora, que en larga enfermedad sólo de ilusiones vivía, y la palmera, el laurel y el sauce discuten cuál entre ellos es más digno de prestarle su apacible sombra.

Si D.ª Antonia Díaz, que en oposición á los poetas de la duda, Bécquer, Campoamor y Núñez de Arce, llevó en sus manos la luz de la esperanza, no viviese en la memoria fiel de los andaluces, á los cuales dejó, á más de sus poesías, el recuerdo de sus virtudes, siempre viviría en el corazón de su esposo, del poeta excelente, D. José Lamarque de Novoa, el cantor de la época caballeresca de España y de las bellezas de la Catedral de Santiago.

JUAN FASTENRATH.

(Colonia, 12 de Agosto de 1892.)
(Traducción.)





LA MASSUE DE CEVENNES

UNA POETISA CRISTIANA

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

UNA literata? ¿Una poetisa? me dirán.—¡Una marisabidilla! añadirán los escépticos.

Nó; la lepra de las *marisabidillas,* que debemos á la anglomanía, y que se desarrolló principalmente en las regiones septentrionales, es, hablando con propiedad, desconocida en España, lo mismo en la literatura castellana que en la regional de Cataluña.

Del otro lado de los Pirineos existen mujeres, en su mayoría de gran mérito, que se han consagrado á las *buenas letras,* como dicen nuestros amigos los españoles; pero,—me es grato citar aquí una frase de mi compatriota Alberto Savine, miembro correspondiente de la Real Academia Española, consignada en su traducción de la *Atlántida* de mossén Jacinto Verdaguer,—«como nuestras gentiles *felibresas* (1), ellas (las españolas) no han pretendido jamás cambiar de sexo, disfrazándose de hombres. Han comprendido admirablemente su misión, y se han concretado á recoger leyendas populares y á narrarlas con ingenio y

(1) Literatas provenzales de la Academia de los *Félibres.* (N. del T.)

delicadeza... ellas han arrancado á su corazón los asuntos para sus poesías.»

Esto es lo que ha hecho la Sra. Díaz de Lamarque en sus *Flores Marchitas*, baladas y leyendas, cuyo primer volumen apareció en 1877, con un prólogo de D. Luis Vidart, á la vez poeta, filósofo y crítico, que durante el año del Centenario luchó con una energía digna de mejor causa en favor de Bobadilla, el implacable enemigo de Cristóbal Colón, contra los innumerables defensores del inmortal descubridor (1).

Este *prólogo*, que está lejos de ser lo que en Francia se llama *prefacio* ó introducción, lo escribió en 1869 el ilustre escritor castellano para un volumen de versos que no dió á la prensa entonces la Sra. de Lamarque.

Quisiera poder resumir todo lo que en este prólogo hace referencia á las mujeres en la literatura española y á la antigua é ilustre escuela poética sevillana, de la cual la Sra. de Lamarque era una de sus glorias; pero debo poner límites á mis deseos.

Flores Marchitas son las flores olvidadas de las tradiciones andaluzas y de las leyendas de Sevilla: bajo la hábil pluma de la poetisa, estas flores descoloridas, recobran su aroma y su color. No pudiendo hacer mención de todas, citaré solamente *Sueños del alma, Las dos rivales, Sin corazón, La calle de la Gloria, Oro y doublé, Las mensajeras*, y por último *Leonor Dávalos*, magnífico romance que apareció en el primer tomo del *Romancero popular*, publicado por Gutiérrez de Alba en Madrid.

En el segundo volumen, que vió la luz pública en 1882, he leído con vivo interés y verdadera satisfacción las dos leyendas de que se compone. *El alma de Garibay* tiene algo de fantástico que no desagrada. Con *El ave prisionera* nos transportamos al Mediodía de Francia, á las *landas* de esta Gascuña, patria de los antepasados del Sr. Lamarque.

En 1889 aparecieron las *Poesías religiosas* (2) de la Sra. Díaz de Lamarque: el prólogo de este libro está firmado por el vene-

---

(1) Véanse á propósito de esto el *Exordio*, la *Apoteosis* y el *Post scriptum* de *Cristóbal Colón*, notable poema de D. José Lamarque de Novoa. (Sevilla, 1892.)

(2) *Poesías religiosas* de la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque.—Edición ilustrada por Joaquín Diéguez Díaz. (Barcelona, 1889.)

rable decano de la facultad de Letras de Barcelona, el ilustre poeta catalán *Lo gayter del Llobregat*, para llamarlo por su glorioso pseudónimo. D. Joaquín Rubió y Ors, nombre bien conocido del *Felibrige*, ha hecho, después del de Vidart, un trabajo notable sobre la escuela literaria de la ciudad de San Fernando, donde, como en todas partes, la antigua lucha de clásicos y románticos ha dado plaza á la no menos viva de idealistas y realistas. Sigue después un estudio profundo sobre la obra de nuestra poetisa. El Sr. Rubió cita las opiniones de autores ya difuntos: Fernández-Espino, á quien sorprendió la muerte en el momento en que trabajaba en una magistral historia de la Literatura española; las señoras María del Pilar Sinués de Marco, autora de notables novelas; Gertrudis Gómez de Avellaneda, poetisa lírica y dramática de gran valer; Concepción Arenal, llamada con justo título la mujer más sabia de la España moderna; y en fin, Fernán-Caballero (Cecilia Böhl de Fáber), cuyas célebres novelas populares han sido traducidas á casi todas las lenguas. Todas fueron amigas de Antonia, que no debía tardar en reunirse con ellas en la otra vida.

Si las poesías de esta colección contienen un pensamiento común, la glorificación de la Fe cristiana, se distinguen por una feliz variedad de inspiración: se las puede, pues, clasificar por series, como ya lo hizo el Sr. Rubió.

En la primera serie cita las siguientes: *Á Dios en el Augusto Sacramento de la Eucaristía*, *Á la solemne declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María* y *Á la Inmaculada Concepción de la Virgen María en la festividad del Santísimo Sacramento*, donde se exponen los dogmas del catolicismo, y se celebran bella y ardientemente las grandes fiestas de la Iglesia Católica. En la segunda, *La Religión Cristiana*, *El último momento de la vida*, *La Nochebuena* y *La Aurora de la Redención*, son actos poéticos de Fe dignos de una Sta. Teresa, donde se cantan con entusiasmo las delicias de la vida futura. La tercera, *María al pie de la Cruz* y *La Soledad de María*, se distingue por una religiosa tristeza. La cuarta, *El dos de Noviembre*, *Ante un cadáver*, *Inquietud del alma*, *Meditación*, *Al disiparse la tristeza* y *Plegaria de un niño en el primer día del año*, comprende meditaciones filosófico-religiosas y oraciones. La quinta,

La Primavera, Adiós á la Primavera, En el campo, La vuelta del Verano, El Otoño y *Después de la lluvia,* canta la grandeza de Dios en las bellezas de la Naturaleza. En la sexta citaré: *Á Nuestra Señora de Castellanos en el día de su traslación á la iglesia de Chamberí, La Virgen de la Rábida,* romance histórico, y *María en Montserrat,* poema en cinco cantos, con el cual se termina el libro.

Esta última serie sobresale de las demás por un nuevo concepto: el patriotismo más puro, unido á la fe más ardiente. Por esto, en el certamen poético verificado en 1864 por la Academia de Lérida en honor de la Virgen de Montserrat, venerada patrona de Cataluña, el poema precitado obtuvo el primer premio.

Aves y Flores (1) ha tenido por prologuista al excelentísimo Sr. D. José M.ª Asensio, ilustre autor de *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos:* éste nos demuestra que escribir fábulas no es obra fácil, sobre todo en España, donde hay escritas fábulas de todos los géneros: *fábulas literarias de Iriarte,* fábulas ascéticas del venerable sacerdote Ilmo. Sr. D. Cayetano Fernández, y, en fin, fábulas morales de diversos autores.

Aves y Flores son unas fábulas morales en las que domina la nota cristiana; *aves* que cantan á los inspirados acentos de doña Antonia Díaz; *flores* que exhalan el aroma de su privilegiado talento, que revisten los colores de su delicado pincel: nada falta en ellas para cautivar de seguida la atención del lector. Todas estas fábulas brillan por su originalidad y por su hábil dicción. En la obra de la Sra. de Lamarque la forma no es inferior al pensamiento.

Y ahora, si se pregunta cuál es la mejor de las fábulas, yo responderé con el Sr. Asensio: «¡todas!»

He leído con sumo placer las siguientes: *La Inocencia, La Piedad, Falsa y verdadera gloria, La virtud modesta, La Desconfianza,* y sobre todo *La Amistad* y *El Pudor.*

Una de estas fábulas ha sido traducida en *lengua d'Oc* por un *Félibre* (2): es la traducida ya al francés por Mr. Millien con

(1) *Aves y Flores,* fábulas morales de la Excma. Sra. D.ª Antonia Díaz de Lamarque, con un prólogo del Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo, edición ilustrada por Francisco Blanch. (Barcelona, 1890.)

(2) Miembro de la Academia Provenzal de los Félibres. (N. del T.)

el título de *Vaine présumption*. Me permitiré insertar aquí esta versión languedociana, aún inédita:

LOU MIRAL E LOU SOUREL

Disiè lou miral à la dardaiado:
«Sièi toun parié, dau mounde ai mai que tus l'uiado,
Es que retrase tout dedins la creaciéu
E belugueje cent cops mai que toun caliéu.»

L'astre-rèi l'ausissiè, mès empurant sa flamo
I diguè despietous (lous astres an uno amo):
«O tus, fa de pousso e de fum,
E de que sarïès sans moun lum?»

El mismo *Félibre* ha traducido igualmente en lengua d'Oc la composición titulada *Las rosas españolas*, que no inserto por su mucha extensión.

Como se ve, la Sra. de Lamarque, con superior talento y con igual fortuna, ha cultivado diversos géneros: por eso es difícil de determinar el genio de esta poetisa. La nota sobresaliente de su poesía es indescriptible, porque ella se abandona al azar de su brillante imaginación, guiada solamente por su razón firme y despejada, por su exquisito corazón de mujer y de amante esposa, por su ardiente patriotismo y su fe inquebrantable.

. . . .

El 19 de Mayo de 1892 ha sido un día de luto para la Escuela sevillana. Ella ha perdido una de sus mejores poetisas, conocida no solamente en España, sino también en Italia y en Alemania, donde se han traducido sus obras; y sobre todo en Francia, donde nuestro eximio poeta Achille Millien, laureado por la Academia francesa, la ha popularizado por las bellas traducciones que ha hecho de sus más notables poesías, sin contar aquellas que va á publicar en su *Parnaso del siglo XIX*, del cual con seguridad esperamos poder utilizar para nuestros lectores algunas perlas poéticas de esta excelente escritora.

Toda Sevilla ha llorado á la perfecta cristiana, cuyas virtudes

no eran inferiores á su talento, y á la que aún echan de menos los pobres.

Antonia Díaz Fernández estaba casada con D. José Lamarque de Novoa, que, por su parte, brilla como astro de primera magnitud en el cielo de la literatura sevillana.

LUIS DE SARRAN D'ALLARD.

(Alais (Gard), 27 de Febrero de 1894.)
(Traducción.)



CARTA AL SR. D. JOSÉ DE VELILLA



Sr. D. JOSÉ DE VELILLA.

MI APRECIADO Y BUEN AMIGO:

AL dar fin á la impresión de esta obra dejaría de cumplir un deber de cortesía, si no consignara en su última página mis sentimientos de gratitud á todos los distinguidos poetas que con sus hermosas composiciones han honrado la memoria de mi inolvidable esposa (q. s. g. h.), y muy especialmente á V., mi querido amigo, que, con un interés vivísimo, no sólo ha procurado que la *Corona Poética* á ella dedicada apareciera con firmas numerosas y de gran valía en la república literaria, sino que en el artículo crítico-biográfico que la precede ha demostrado cuánto apreciaba como poetisa y como señora á la que fué para mí amante compañera y á la vez amiga cariñosa en la constante lucha de la vida.

Debo también hacer extensivo mi agradecimiento á la prensa nacional y extranjera, que ha dedicado, al saber su muerte, sentidos artículos en su honor, de los cuales, y por no haber espacio para tantos, sólo he insertado en este libro los que se deben á la pluma de mis amigos.

Reciban, pues, todos la sincera expresión de mi gratitud por estos favores, que nunca olvidaré, y V. particularmente sabe cuán reconocido le queda á sus bondades y atenciones su devoto amigo y seguro servidor,

Q. L. B. L. M.,
JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

(Alquería del Pilar, Dos-Hermanas,
9 de Abril de 1894.)



ÍNDICE

CORONA POÉTICA

HOMENAJE DE LA PRENSA



Acabóse de imprimir esta obra el día 16 de Abril de 1894.

